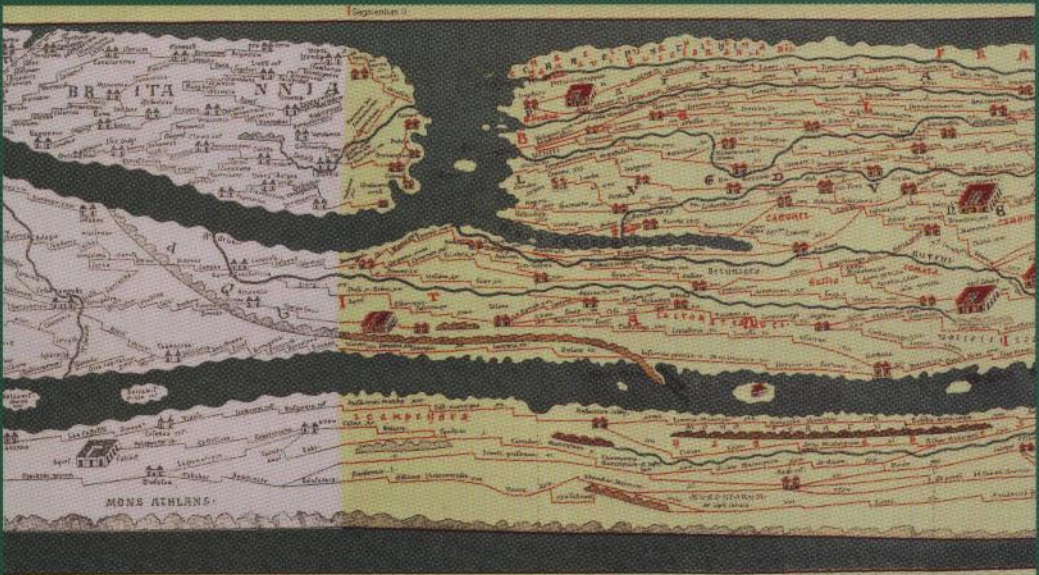


UNIVERSIDAD DE MURCIA
ÁREA DE HISTORIA ANTIGUA

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS SOBRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

XXVII



Antonio Ignacio Molina Marín

**GEOGRAPHICA: CIENCIA DEL
ESPACIO Y TRADICIÓN NARRATIVA
DE HOMERO A COSMAS
INDICOPLEUSTES**

2010

UNIVERSIDAD DE MURCIA
ÁREA DE HISTORIA ANTIGUA

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS SOBRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Serie dirigida por el Dr. D. Rafael González Fernández

XXVII

Antonio Ignacio Molina Marín

**GEOGRAPHICA: CIENCIA DEL ESPACIO
Y TRADICIÓN NARRATIVA DE HOMERO A
COSMAS INDICOPLEUSTES**

2010 (Ed. 2011)

REVISTA ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

Nº 27

AÑO 2010

La revista *Antigüedad y Cristianismo* es una revista científica, internacionalmente respetada, especializada en la Antigüedad Tardía y publicada anualmente por la Universidad de Murcia. Fundada en 1984 por el catedrático Antonino González Blanco, a lo largo de sus años de existencia ha evitado los trabajos de síntesis o meramente descriptivos y ha acogido una amplia diversidad de monografías, artículos, noticias y contribuciones siempre originales en todos los campos de la Tardoantigüedad (cultura material, fuentes literarias, mentalidad, historiografía, repertorio de novedades y crítica de libros). Esta dimensión de amplio espectro no implica, llegado el caso, una desatención de las investigaciones en zonas geográficas concretas abordando aspectos históricos en su manifestación regional, con la misma exigencia de hacer aportaciones en temas originales y no reelaboraciones o síntesis. Esta revista está abierta a todos los planteamientos y orientaciones metodológicas que superen el estricto examen del consejo de redacción, pero a la vez se puede plantear un tema central de discusión o incluso monografías que sirva de marco conceptual y temático a los originales. El rasgo distintivo de la línea editorial de esta revista es su búsqueda de aportaciones originales, claras, de carácter inédito, que vayan a hacer una aportación nueva, profesional y metodológicamente solvente, que sea significativa en el ámbito de los estudios de la Tardoantigüedad. La veracidad y honestidad son las señas de identidad más apreciadas para la revista *Antigüedad y Cristianismo*.

Departamento de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua, Historia Medieval y CC.TT.HH.

Área de Historia Antigua

Universidad de Murcia

DIRECTOR: Rafael González Fernández (Universidad de Murcia)

SECRETARIO: José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

CONSEJO DE REDACCIÓN: María Victoria Escribano Paño (Universidad de Zaragoza), Santiago Fernández Ardanaz (Universidad Miguel Hernández, Elche), Antonino González Blanco (Universidad de Murcia), Sonia Gutiérrez Lloret (Universidad de Alicante), Jorge López Quiroga (Universidad Autónoma de Madrid), Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia), Artemio M. Martínez Tejera (Institut de Recerca Històrica, Universitat de Girona), Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá), Isabel Velázquez Soriano (Universidad Complutense), Gisela Ripoll López (Universidad de Barcelona).

COMITÉ CIENTÍFICO:

Juan Manuel Abascal Palazón (Universidad de Alicante), Alejandro Andrés Bancalari Molina, (Universidad de Concepción, Chile), Pedro Barceló (Universität Potsdam), Francisco Javier Fernández Nieto (Universidad de Valencia), Juan José Ferrer Maestro (Universidad Jaime I), Pietro Militello (Universidad de Catania), José Carlos Miralles Maldonado (Universidad de Murcia), Iwona Mtrzewesky-Pianetti (Universidad de Varsovia), Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante), Isabel Rodá de Llanza (Instituto Catalán de Arqueología Clásica), Klaus Rosen (Universität Bonn), Sabine Schrek (Universität Bonn), Juan Pablo Vita Barra (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Zaragoza).

La correspondencia de carácter científico habrá de dirigirse al Secretario de la revista (Facultad de Letras, Campus de la Merced, 30001, Murcia). Los pedidos e intercambios, al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, c/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.

Correo electrónico de la revista: antiguedadycristianismo@um.es

URL: <http://www.um.es/antiguedadycristianismo>

Portada: *Tabula Peutingeriana* (Österreichische Nationalbibliothek)

ISSN: 0214-7165

Depósito Legal: MU 416-1988

Fotocomposición e impresión: COMPOBELL, S.L. Murcia

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
PREFACIO	15
INTRODUCCIÓN	17
Geografía y literatura	18
Geografía e historia	22
Imperialismo y geografía	25
Geografía, religión y mitología.....	26
Geografía y medio.....	28
Espacio y <i>oikoumene</i>	29
Geografía y astronomía.....	30
Geografía y filosofía.....	31
Tradición y ciencia.....	32
¿Tradición dinámica o inmovilista?.....	39

I. ÉPOCA ARCAICA

1. LA GEOGRAFÍA EN LA ÉPOCA HEROICA: LA PRIMERA TRADICIÓN .	47
Homero.....	47
El Océano.....	55
Hesíodo.....	58
Conclusión.....	60
2. LAS COLONIZACIONES: LA PRIMERA EXPANSIÓN	63
Las colonizaciones	63
Conclusión.....	73

3. JONIOS A LA SOMBRA DEL GRAN REY: IMPERIALISMO Y GEOGRAFÍA	75
Los griegos y el Imperio Persa.....	76
Anaximandro.....	80
Hecateo.....	83
Escílax.....	86
Ctesias.....	88
Conclusión.....	89

II. ÉPOCA CLÁSICA

4. LA GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA EN ÉPOCA CLÁSICA: EL DESCUBRIMIENTO DE LA ALTERIDAD	93
Alteridad y relativismo en el teatro.....	96
Alteridad y relativismo en la historiografía.....	99
Heródoto.....	99
Tucídides.....	102
Jenofonte.....	104
Éforo.....	106
Filosofía y alteridad.....	108
Escuelas Socrática y Platónica.....	108
La escuela del Liceo: Aristóteles.....	111
Teofrasto.....	118
Dicearco.....	120
Conclusión.....	122
5. GEÓGRAFOS Y GEOGRAFÍA EN EL IMPERIALISMO MACEDONIO: AUTOPSIA VS TRADICIÓN	125
Alejandro geógrafo.....	126
Los geógrafos de Alejandro.....	132
Vegetación.....	137
Fauna.....	138
Orografía.....	140
Hidrografía: El mar Caspio y el problema del Tanais.....	141
Las fuentes del Nilo.....	143
Seísmos.....	144
Utopías.....	145
Los Gimnosofistas.....	147
La alteración del espacio.....	148
Conclusión.....	152

III. ÉPOCA HELENÍSTICA

6. LAS EXPLORACIONES EN ÉPOCA HELENÍSTICA: FIJANDO LOS CONFINES DEL MUNDO	157
Exploraciones alejandrinas.....	158

Exploraciones seléucidas	162
Exploraciones ptolemaicas.....	165
El viaje de Píteas.....	166
Conclusión.....	171
7. LOS GRANDES GEÓGRAFOS HELENÍSTICOS: LA FIJACIÓN DE LA TRADICIÓN.....	173
El mundo helenístico	173
La ciencia en la época helenística	177
La geografía helenística	185
Aristarco de Samos	188
Eratóstenes	190
Hiparco	197
Crates de Malos	200
Agatárquides.....	202
Polibio	206
Periplo de Polibio.....	208
Artemidoro	209
Posidonio.....	211
Conclusión.....	220
IV. REPÚBLICA E IMPERIO ROMANO	
8. LA GEOGRAFÍA EN ÉPOCA ROMANA: ¿DESCONFIANDO DE LOS DONES DE LOS GRIEGOS?	225
Cartografía y geografía	225
Las calzadas y rutas romanas	231
Exploraciones romanas	234
Conclusión.....	237
9. IMPERIO Y CARTOGRAFÍA EN LA ÉPOCA IMPERIAL ROMANA: <i>ORBIS ROMANUM ET ORBIS TERRARUM</i>	241
El mapa de César	241
Isidoro Cárace	245
Ecumenismo.....	246
El mapa de Agripa	249
Conclusión.....	255
10. ESTRABÓN, POMPONIO MELA Y PLINIO: LAS ENCICLOPEDIAS DEL SABER	257
Estrabón.....	258
Obra.....	258
La geografía en Estrabón	260
Estrabón y el Imperio Romano.....	261
Geografía regional.....	264

Pomponio Mela.....	271
Plinio el Viejo.....	276
Conclusión.....	281
11. GEOGRAFÍA ETNOGRÁFICA E HISTÓRICA EN LOS HISTORIADORES DEL IMPERIO ROMANO.....	283
Germania (Julio César; Tácito).....	284
Galia (César; Amiano Marcelino).....	288
Britania (César, Tácito).....	289
Numidia (Salustio).....	293
Grecia (Pausanias).....	295
Palestina (F. Josefo).....	297
Egipto (Juba, Amiano Marcelino).....	298
Persia (Amiano Marcelino).....	299
India (Arriano).....	302
Sérica (Pausanias; Amiano Marcelino).....	303
Geografía en la novela.....	305
Conclusión.....	308
12. CLAUDIO PTOLOMEO: EL CANTO DEL CISNE DE LA CARTOGRAFÍA ANTIGUA.....	311
Marino de Tiro.....	311
Claudio Ptolomeo.....	312
Obra.....	313
Cartografía.....	319
Conclusión.....	320
13. LOS PERIPILOS Y RELATOS DE VIAJE EN ÉPOCA IMPERIAL ROMANA.....	323
Menipo de Pérgamo.....	324
Estadiasmo.....	325
Alejandro de Mindos.....	325
Filemón.....	325
El Periplo del mar Eritreo.....	326
Dionisio de Bizancio.....	327
Dionisio el Periegeta.....	327
Flavio Arriano.....	329
Marciano de Heraclea.....	330
Rutilio Namaciano.....	331
Avieno.....	332
Periplo del Ponto Euxino.....	334
Conclusión.....	334
14. ITINERARIOS ROMANOS: LA TABULA PEUTINGERIANA.....	337
El itinerario de Antonino.....	338
La <i>Tabula Peutingeriana</i>	338

Conclusión.....	342
-----------------	-----

V. TARDOANTIGÜEDAD

15. EL ESTADO DE LA CIENCIA EN EL SIGLO IV: PÉRDIDA DE VIGOR DE LA RAZÓN.....	345
Cristianismo y paganismo antes de la Paz de la Iglesia	346
Las aportaciones de la nueva cultura a la ciencia geográfica	353
El devenir de la ciencia tras el Edicto de Milán: La redefinición de los valores.....	360
Conclusión.....	366
16. COSMOGRAFÍAS PAGANAS Y CRISTIANAS EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA.....	371
Macrobio	371
Julio Honorio.....	373
Pseudo-Ético.....	374
<i>Expositio/Descriptio Totius Mundi</i>	374
Anónimo de Rávena.....	375
Conclusión.....	376
17. LA GEOGRAFÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA CRISTIANA: EL INICIO DE LA SEPARACIÓN ENTRE GEOGRAFÍA E HISTORIA	379
Solino	379
Eusebio de Cesarea	381
Orosio	382
Jordanes.....	385
Isidoro.....	387
Beda.....	394
Conclusión.....	396
18. RELATOS DE VIAJES Y PEREGRINACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA: LA DECADENCIA DE LA AUTOPSIA	399
<i>Peregrinatio</i>	399
<i>Itinerarium Burdigalensis</i>	401
El viaje de Egeria.....	403
Las cartas de Jerónimo.....	406
Juan Crisóstomo	406
Eremitas y estilitas	407
Conclusión.....	408
19. LA GEOGRAFÍA BIZANTINA: COSMAS INDICOPLEUSTES	409
Mosaico de Nicópolis	410
El mapa de Madaba	411
Cosmas Indicopleustes	412

20. COLOFÓN: LA GEOGRAFÍA DESPUÉS DE COSMAS	423
I. La ciencia en las escuelas bizantinas.....	423
II. La ciencia eclesial.....	426
III. La ciencia árabe.....	430
IV. Un nuevo mundo, una nueva geografía.....	433
Conclusión.....	439
21. SINTESIS EPISTEMOLÓGICA Y REFLEXIONES FINALES	441
Los universales de la geografía grecorromana.....	441
Geografía y tradición.....	446
LISTADO DE ILUSTRACIONES.....	457
ÍNDICES.....	459
BIBLIOGRAFÍA.....	481
ABSTRACT.....	519

LOS FORJADORES DE LA HISTORIA TARDOANTIGUA

Antonino González Blanco	
<i>Emil Hübner y la historia de los siglos que hoy agrupamos bajo el marbete «Antigüedad Tardía»</i>	529

RECENSIONES

<i>El oficio de historiador</i>	541
<i>La Seu d'Egar</i>	545

II. ÉPOCA CLÁSICA

4. GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA EN ÉPOCA CLÁSICA: EL DESCUBRIMIENTO DE LA ALTERIDAD

«*La geografía griega es ante todo geografía del otro*».
(PRONTERA, Fr., *Strabone: Contributi allo studio della personalità...*, Perugia 1984, p. 194).

«*El estudio serio de otra forma de vida significa necesariamente el propósito de ensanchar la nuestra, y no sólo incluir a la otra forma dentro los límites ya existentes de la nuestra*»
(WINCH, P., «*Understanding a Primitive Society*», *APQ* Vol. I 1964, p. 307-324).

«*...podemos reconocernos a nosotros mismos sólo en presencia de un otro, y en esto se basan las reglas de convivencia y mansedumbre. Pero más a menudo encontramos a este otro insoportable porque en cierta medida no es nosotros*» (ECO, U., *Construir al enemigo*, Barcelona, Lumen 2010, p. 33)

La época clásica marca un punto culminante en la ciencia griega. El mito comienza a ser desterrado de la representación del mundo, y el espacio se expresa en números, medidas y sobre todo en valores antropomórficos. Pero, pese a la indudable brillantez de la Atenas de Pericles, los logros de este período no superan sustancialmente a los del período anterior. La velocidad de los cambios se reduce como si se avistase el largo inmovilismo de los siglos venideros.

Un hecho decisivo para que no pudieran surgir la antropología o la geografía humana en Grecia, fue el nacimiento de la noción del bárbaro. Este concepto está relacionado con la lengua griega, pues, en un principio, designaba a aquellas personas que no hablaban el griego. Sin embargo, ni los griegos por aprender otras lenguas eran bárbaros, ni los extranjeros por aprender griego pasaban a ser miembros de esta comunidad¹. Pese al cosmopolitismo que encierra el axioma de Isócrates (*Panegírico* 50): «*Nosotros llamamos griegos a quienes tienen en común con nosotros la cultura, más bien que a los que tienen la misma sangre*», pueblos como el macedonio descubrieron con amargura que esto no siempre se cumplía.

1 LÉVY, E., «*Naissance du concept de barbare*», *Ktèma* 9, 1984, p. 14.

Al principio, en los poemas homéricos no había un contraste muy acusado entre griegos y troyanos². Con las colonizaciones griegas, se ampliaron los escasos conocimientos que los helenos tenían de otras culturas³, pero cuando se produjo la victoria sobre los persas en las guerras médicas, se exaltaron los valores helénicos frente a los de otras regiones⁴. Una excesiva curiosidad hacia sus vecinos asiáticos podía acarrear la acusación de filomedismo, por lo que había que andarse con pies de plomo.

No obstante, la visión que tenían los griegos del bárbaro era ambivalente, podía ser retratado de una forma próxima a nuestra idea del buen salvaje. Principalmente los pueblos nómadas eran vistos desde esta perspectiva. En una época como la de la sofística, donde se discutía si era conveniente vivir conforme a la naturaleza (*phýsis*) o conforme a la ley (*nómos*)⁵, un pueblo nómada podía ser visto con cierta simpatía al considerar que no estaba corrompido por la civilización. Siempre hay que tener presente que la información que tenemos sobre estos pueblos nos la ofrecen estados sedentarios⁶, por lo que en ella hay mucho más sobre el pueblo que describe que sobre el descrito.

La otra perspectiva cosificaba a los extranjeros hasta al punto de convertirlos en seres inertes, carentes de voluntad y amor por la libertad, como los persas⁷; o en salvajes más cercanos a los animales por su aspecto o su alimentación que a los hombres⁸.

En el momento en que la dicotomía griego-bárbaro quedó establecida fue imposible cualquier estudio antropológico. El método comparativo es un elemento básico en la etnología, pero resultaba infructuoso al quedar de antemano los pueblos extranjeros por debajo de los griegos.

Otro hecho importante que marcó la evolución de la comprensión del otro fue la irrupción de la sofística en la Grecia Clásica. Los sofistas muy rara vez son nombrados en las monografías dedicadas al estudio de la geografía antigua. La razón reside en que entre sus fragmentos no hay ni referencias geográficas ni descripciones espaciales de ningún tipo. Pero sus estudios sobre el hombre y la relación de éste con los dioses y la comunidad son imprescindibles para entender las obras de los escritores que florecieron en el círculo de Pericles. El giro copernicano que supusieron los sofistas respecto a los presocráticos queda reflejado en su exaltación del hombre:

«El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son» (Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica* 1062; PLATÓN, *Teeteto* 151-2; SEXTO EMPÍRICO, *Pyrrhon hyp.*, I 216ss).

Este antropocentrismo está presente en muchos de los autores de este período. Pero el antropocentrismo va unido a un relativismo y escepticismo que ponen en duda el conocimiento de la verdad. ¿Las diferentes normas y costumbres que atestiguan los pensadores jonios acaso no

2 BALDRY, H. C., «The idea of the Unity of Mankind», en *Grecs et Barbares, Fondation Hardt* 8, Génova 1962, p. 167-204; BALDRY, H. C., *The Unity of the Mankind in Greek Thought*, Cambridge 1965, p. 8-16.

3 JENÓFANES, *Fr.* 15; HERÓDOTO III 38.

4 BALDRY, H. C., *op. cit.*, p. 22-23.

5 BOWRA, C. M., *La Atenas de Pericles*, Madrid, Alianza 1994, p. 187-192; WINTON, R., «Herodotus, Tucídides and the sophist», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, p. 97-98.

6 LEVI, M. A., *I nomadi alla frontiera: i popoli delle steppe e l'antico mondo greco-romano*, Roma 1989, p. 14.

7 ESQUILO, *Persas* 241-4; HERÓDOTO VII 102; 104, destacaba el amor por la libertad como el principal rasgo del pueblo griego; ISÓCRATES, *Panegírico* 151, criticaba las almas serviles de los persas (ταπεινά ψυχά) al ser una de las razones de la inferioridad de ellos respecto al heleno; ARISTÓTELES, *Política* 1252b 5-9.

8 AMIANO MARCELINO XXXI 2.21-25, pese a no ser un autor de época clásica su imagen de los hunos encajaría muy bien en este modelo.

certifican la inexistencia de una ley natural? El precursor fue Jenófanes de Colofón (*fr.* 11; 14-6) con sus críticas a la religión tradicional. Ahora el relativismo se extiende a todas las facetas de la cultura humana y su máximo representante es Protágoras de Abdera⁹. En este ambiente donde se intentaba discernir qué era *natura* y qué era costumbre, surgió el caldo de cultivo idóneo para revisar toda la tradición.

No obstante, este feliz hallazgo cultural tenía que hacer frente a la alteridad ¿Se puede conocer una cultura cuando se consideran todas sus pautas culturales como meros formalismos y al mismo tiempo se interpretan como bárbaras aquellas costumbres que no pertenecen a la tradición del pueblo griego? ¿Puede aplicarse por igual el relativismo a un pueblo que se considera superior a las demás naciones por el hecho de que no tienen su cultura? Etnocentrismo y relativismo emergían al mismo tiempo en la Grecia Clásica condicionando cualquier cosmovisión y estudio antropológico. El relativismo era útil porque hacía ver a los griegos que existían múltiples civilizaciones en el mundo, pero si se llevaba demasiado lejos podía ayudar a infravalorar otras culturas. Algo a lo que ya estaban predispuestos por la noción del otro, el no griego, el bárbaro.

Por último, se extendió, entre muchos pensadores de este período, lo que podríamos llamar un adelanto del determinismo geográfico del XIX. Hipócrates había defendido que antes de curar al enfermo se deben conocer todos los aspectos del entorno físico del paciente¹⁰. No es de extrañar, por lo tanto, que la escuela hipocrática investigase sobre los efectos del medio y el clima en el ser humano. El mejor ejemplo de dicha investigación es el tratado del *Corpus Hippocraticum* llamado *Sobre los aires, los lugares y las aguas*, que puede dividirse en dos partes¹¹. En la primera se expone la teoría general de la influencia del medio sobre el hombre (1-11). Se trata de una explicación a la multiplicidad de costumbres y leyes constatadas por los griegos durante la sofística, pero al mismo tiempo quedaba justificada la superioridad del pueblo griego y la consabida inferioridad de los pueblos bárbaros.

En la segunda parte se exponían las diferencias entre Europa y Asia (*Sobre aires, aguas y lugares* 12). En el capítulo 16 se dice que la falta de coraje de los pueblos asiáticos en la guerra se debe a la uniformidad climática y a que son gobernados por un monarca. Entre los capítulos 18-22 se describe la Escitia. Pero, pese a la benignidad y la fertilidad del suelo, la superioridad de unos pueblos frente a otros quedaba más que justificada por la diversidad climática (*Sobre aires, aguas y lugares* 24).

Si Ratzel, en el siglo XIX, escribió su *Antropogeografía* influenciado por la idea de la evolución de Darwin, el autor de este texto hipocrático lo hizo por la convicción de la existencia de pueblos bárbaros no tan desarrollados como los helenos.

En el mismo período Heródoto había llamado también la atención de sus contemporáneos sobre la importancia del clima en los pueblos¹². Zopiro, pedagogo de Alcibíades, elaboró varias teorías al respecto y, según Cicerón (*Tusculanas* IV 37.80), Fedón dio a uno de sus diálogos el nombre de Zopiro intentando extrapolar esta teoría a Sócrates. Platón (*Leyes* 747 D-E) y

9 HERÓDOTO III 38; EURÍPIDES, *Fenicias* 399ss.

10 JANNI, P., «Il mondo delle qualità. Appunti per un capitolo di storia del pensiero geografico», *Aion* 33-5, 1973, p. 445.

11 STASZAK, J. F., *La géographie d'avant la géographie. Le climat chez Aristote et Hippocrate*, París 1995, 127ss; BORCA, F., *Luoghi, Corpi, Costumi. Determinismo ambientale ed etnografia antica*, Roma 2003, p. 11, cree que este tratado junto a la obra de Heródoto es la base de nuestro conocimiento etnográfico.

12 HERÓDOTO II 77.3, dice que los libios y los egipcios son los pueblos más saludables del mundo por la uniformidad de sus estaciones. Cf. HERÓDOTO IV 187, donde se atribuye a la cauterización la razón de su buena salud.

Aristóteles¹³ (*Política* VI 7.1, 1327b) utilizarían este razonamiento para justificar por qué la civilización helena estaba más desarrollada que la de los pueblos extranjeros.

En el Principado de Augusto, Estrabón (II 5.26) todavía esgrimía argumentos similares para demostrar la superioridad del continente europeo y Vitruvio concluyó, tras haber analizado al resto de los pueblos de la *oikoumene*, que su supremacía radicaba en que se encontraba en el centro del mundo (VITRUVIO VI 1.10).

La geografía y la medicina estuvieron ligadas en sus inicios. La razón se debió a la gran dependencia que ambas disciplinas tenían respecto a la autopsia. No será casualidad, por lo tanto, que dos de los más grandes geógrafos del siglo IV a.C. fuesen médicos de la misma ciudad, Ctesias y Eudoxo de Cnido. Tampoco lo será que, cuando decline la ciencia geográfica en la antigüedad tardía, también lo haga la medicina, y en consecuencia, la observación empírica.

ALTERIDAD Y RELATIVISMO EN EL TEATRO

La tragedia griega es la aportación de mayor originalidad del pueblo heleno a la posteridad. Ninguna civilización, antes que la griega, tuvo la audacia de poner en escena los problemas actuales y eternos que acucian a una sociedad utilizando personajes del pasado. La tragedia es, por lo tanto, una fuente para estudiar la sociedad en la que se desarrolló y la cosmovisión que dicho colectivo tenía. Una fuente que puede resultar tan problemática como cualquier otra, debido a que también tiene sus características propias. En primer lugar, hemos de ser conscientes de que los decorados eran muy escasos en la escena. Esto es importante, puesto que el dramaturgo que quiera trasladar a su audiencia a lugares alejados del orbe griego tendrá como principal ayuda el poder de la palabra. Entonces, el autor deberá recurrir a la tradición para poder situar correctamente al espectador. La geografía es únicamente el espacio en donde la acción transcurre, por lo que su papel es secundario en la tragedia, y el poeta no tiene ni obligación ni necesidad de teorizar sobre ella. Pero cuando la obra transcurra en tierras alejadas del mundo griego, sobre las cuales no se sabe mucho, entonces sí, el poeta se verá obligado a situar a su audiencia y a enfrentarse a la representación del espacio.

En la comedia esa situación no se produce, pues la mayoría de las escasas comedias que se han conservado se sitúa en Atenas, pero, dado que como hemos visto la geografía no estaba al alcance de todo el mundo, es de suponer que el comediógrafo emplease todos los recursos a su alcance disponibles para que resultase comprensible a la audiencia cualquier elemento espacial si tenía una mínima relación con la chanza.

Esquilo es el primer trágico cuyas obras han llegado hasta nosotros. La más antigua de las tragedias conservadas no puede dejar de sorprendernos por su temática. No transcurre ni en Atenas ni en la Hélade, y no la protagonizan ni los héroes ni los dioses griegos, sino los persas. Para colmo la historia no es contada desde la perspectiva de los helenos, sino desde la de los persas que acaban de ser derrotados¹⁴. La obra comienza en el palacio real de Susa, donde la madre de Jerjes, Atosa, y los ancianos persas esperan noticias sobre los resultados de la batalla de Salamina. En el año que se representó por primera vez esta obra (472 a.C.), no eran muchas las fuentes de información disponibles para hablar sobre Susa. Heródoto todavía no había escrito sus *Historias* y Ctesias no lo haría hasta casi un siglo después, por lo que su única fuente

13 Cf. ISAAC, B. H., *The Invention of Racism in Classical Antiquity*, Princeton University Press 2006, p. 74, dice que la influencia del medio fue mayor en Aristóteles que en el propio tratado hipocrático.

14 KITTO, H. D. F., *Greek Tragedy. A literary Study*, Methuen 1939, p. 32.

disponible era Hecateo¹⁵. Ahora bien, en el período posterior a las Guerras Médicas muchos atenienses habían estado en contacto con los persas, por haber combatido contra ellos, incluido el propio autor. El logro de Esquilo fue, por tanto, ser el primer autor griego que se aventuró en la construcción de la imagen del persa, como bárbaro¹⁶.

Para poder realizar una representación creíble, Esquilo tiene que recrear nombres, topónimos¹⁷ y costumbres de los persas¹⁸. Pero al mismo tiempo, para resultar comprensible a sus conciudadanos, tiene que helenizar algunas facetas de la vida cotidiana persa. Este método será posteriormente muy utilizado por Heródoto, que también empleó los *Persas* para documentarse en la descripción de la batalla de Salamina¹⁹.

Sin embargo, las alusiones geográficas que podemos encontrar en los *Persas* se circunscriben a la órbita del Egeo. La descripción que hace Esquilo de la ruta que siguió el ejército persa en su retirada no es en absoluto errónea (*Persas* 493-5). Pero los errores se acrecientan cuando se aleja del espacio griego. Se equivoca al situar la tumba de Darío en Susa, cuando realmente está enterrado en Persépolis, y al considerar a Cisia como una ciudad separada de Susa, cuando sólo era un distrito (*Persas* 13-4; Cf. HERÓDOTO V 49).

En el *Prometeo encadenado* la acción vuelve a abandonar el ámbito de la *pólis* griega y se marcha a los confines del mundo²⁰. Uno de los pasajes más interesantes de la obra es la predicción que Prometeo hace a Io (*Prometeo encadenado* 807-18), en la que se incluyen los pueblos por los que tendrá que deambular. Se trata de un pasaje espléndido, pues refleja claramente los esfuerzos del poeta para situar espacialmente a su audiencia y que escenifica, al mismo tiempo, sus dificultades y carencias. La referencia a la piel oscura indica claramente que hablamos de los etíopes, posteriormente aclara al público que los etíopes viven en los confines del mundo, mediante la alusión a las fuentes del sol y concluye delimitando su territorio nombrando a un río al que llama Etíope. Obviamente Esquilo ignoraba el nombre o la existencia de río alguno en este espacio, pero imita a Homero cuando éste explica el derrotero de Menelao hasta Egipto, en donde se menciona un río del mismo nombre que la región. Las palabras de Prometeo «*Sigue por sus riberas, hasta que llegues a la catarata*» (ἕως ἂν ἐξίκη καταβασμόν), no se dirigen exclusivamente a Io, también resituían al espectador en esta complicada enumeración de tierras fantásticas. Tras abandonar los montes Biblinos, volvemos a adentrarnos en *terra cognita*, y esto se nota por el mayor número de menciones que hay a la geografía del país (Nilo, sus aguas; Delta). Valerse de un símil para describir la forma de un país es, de igual modo, un recurso muy común en el mundo antiguo para hacer llegar la geografía a aquellos que no están familiarizados con la misma²¹. Como colofón Prometeo termina diciéndole a Io que si no ha entendido

15 Cf. BERNAND, A., *La Carte du tragique. La géographie dans la tragédie grecque*, París 1985, p. 55-68, no menciona a Hecateo como posible fuente de Esquilo.

16 SANTIAGO, R-A., «Griegos y bárbaros arqueología de una alteridad», *Faventia* 20 (2) 1998, p. 33-44; p. 38.

17 *Persas* 33-58. Cf. HALL, E., *Inventing the barbarian. Greek self-definition through tragedy*, Oxford 1989, p. 93, que Esquilo liquidase toda la parte oriental del Imperio Persa con tres líneas demostraría los pocos datos que tenía sobre esta zona.

18 *Persas* 24; 304; 858-60; 987; Cf. DIHLE, A., *Die Griechen und die Fremden*, C. H. Beck 1994 (Traducido al griego Οἱ Ἕλληνες καὶ οἱ Ἐἴνοι, Atenas 1998, p. 44).

19 PARKER, V., «Herodotus' use of Aeschylus' Persae as a source for the battle of Salamis», *SO* 82 (1) 2007, p. 2-29.

20 *Prometeo encadenado* 1-2; 416-47; Cf. HARTOG, Fr., *El espejo de Heródoto*, Méjico, FCE 2002, p. 41-42.

21 BERTRAND, J. M., «De l'emploi des métaphores descriptives par les géographes de l'Antiquité», *DHA* 15.1, 1989, p. 63-73, señala que mientras que la imagen de Italia fue cambiando conforme se avanzaba en su conocimiento, la de Egipto apenas cambió, siendo el discurso el que se adapta al carácter intangible de la representación.

algo puede volver a preguntarle. Esta frase revela hasta qué punto era consciente Esquilo de las dificultades que podía tener su público para entenderle.

Existe otro pasaje de las *Suplicantes* que ha levantado una gran controversia: «*Y tengo oído que hay indias nómadas, vecinas de ciudades próximas a los etíopes, que montadas en camellos cual en caballos, en su silla, recorren su tierra*» (*Suplicantes* 284-286). A partir de este texto algunos investigadores han argüido que la India y Etiopía fueron confundidas frecuentemente²². Es cierto que tanto la India como Etiopía fueron comparadas por los geógrafos antiguos, pero comparar e identificar son cosas muy diferentes. De haber dado resquicio alguno a la duda de si eran la misma tierra no se explicaría que en la expedición de Alejandro se debatiese arduamente si el Nilo o el Indo eran un único río. Aunque, también es cierto que, con posterioridad a la llegada de los griegos a la India, fue un error que se prolongaría hasta que en el siglo XVII con los estudios de Hiob Ludolf (1624-1704) sobre la lengua etíope, que hasta ese momento seguía considerándose como una rama del indio.

Eurípides es el último de los grandes trágicos. En su *Helena* nos sorprende situando la acción en Egipto. Nilo es precisamente la primera palabra que sale de la boca de Helena. No son ni el Simunte, ni el Escamandro de Troya y mucho menos el Eurotas de Laconia los ríos que ubican la trama. Estos primeros versos de la obra sirven para explicar la escenografía. Río Nilo cuyas enigmáticas crecidas se deberían en opinión del poeta al deshielo de las nieves de las montañas de Etiopía (*Arquelao*, fr. 228 Nauck), tal y como ya había dicho su maestro Anaxágoras (HERÓDOTO II 22).

Pocas obras de Eurípides provocaron entre los atenienses un asombro tan grande como las *Bacantes*. En esta obra se podía oír las andanzas de Diónisos por Asia (*Bacantes* 13-22). Se trata de una enumeración de pueblos, en la que cada uno es definido por una característica que lo distingue del resto. La riqueza de los lidios²³, la tierra cálida y desértica de los persas²⁴, las murallas de Bactria y las frías regiones de los medos. En cambio, de Arabia sólo se dice que es feliz, seguramente por ser la tierra de los aromas. La enumeración sigue también un orden geográfico lógico desde Lidia hasta Pérsida, pero se rompe cuando se cita antes a Bactria que a Media. También sorprende que de los medos se destaque la dureza de su invierno, pese a que Bactria se encuentra más al norte. Todo esto indicaría que Eurípides tenía verdaderas dificultades para recrear paso a paso las andanzas del dios por Asia. Es igualmente interesante que no se especifique si Diónisos alcanzó la India creencia que estará vigente después de la conquista de Asia por los macedonios²⁵.

Aristófanes nos ofrece el último ejemplo de las dificultades que entrañaba escenificar el espacio. En su famosa parodia de Sócrates y los sofistas, *Las Nubes* (200-17), nos divierte con un entretenido diálogo entre Estrepsíades, un acomodado campesino ateniense, a quien los pleitos acucian, y un discípulo de Sócrates. Se trata de un texto que ha sido muy comentado en los últimos años. Se ha destacado del mismo que refleja la incapacidad de un ateniense medio de la época, como Estrepsíades, para interpretar un mapa²⁶. Es probable, incluso, que la verdadera

22 A favor KARTTUNEN, K., *India in Early Greek Literature*, Helsinki 1989; KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997. En contra ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005.

23 PAUSANIAS I 4.5; HERÓDOTO I 14; VIII 138.

24 HERÓDOTO I 71; 89.2; IX 122; PLATÓN, *Leyes* 695 a; ARISTÓTELES, *Política* 1312A.

25 GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre. II. Alexandre et Dionysos*, Nancy 1981, defiende que era comúnmente aceptado en el siglo IV que Diónisos había conquistado la India.

26 Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984.

intención de Aristófanes hubiese sido ridiculizar el saber del discípulo de Sócrates y no la ignorancia de Estrepsíades, puesto que era el primero quien realmente resultaba extraño para el ciudadano común²⁷. Lo llamativo para nosotros es que se trata de la primera aparición en una obra de teatro de un mapa. La pregunta es si en el diálogo entre Estrepsíades y el discípulo había un instrumento cartográfico de por medio. En los casos anteriores la presencia del mapa era incierta, y de haber estado realmente presente, no es seguro que hubiese podido servir de algo a quienes como Estrepsíades no estaban familiarizados con el nuevo saber. Pero el objetivo de la comedia es conseguir el jolgorio entre su público. Para ello la broma debe ser comprensible²⁸. Difícilmente lo habría sido si no hubiese habido en el escenario una carta de la Hélade. De esa forma se habría podido escenificar la disparidad de criterios entre Estrepsíades y su interlocutor. La chanza no podía surgir si la interpretación del discípulo, que es la correcta, no quedaba clara a la audiencia. De esta forma, una vez representado el diálogo, la multitud podía reírse libremente, ya fuese de la ignorancia de Estrepsíades o del extraño saber del aprendiz de Sócrates.

ALTERIDAD Y RELATIVISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA

«La geografía forma parte de la historia»
(POLIBIO III 57-9; XII 25).

HERÓDOTO (c. 484-425 a.C.)

A diferencia de anteriores autores, la obra de Heródoto de Halicarnaso ha llegado prácticamente intacta hasta nosotros, siendo, por tanto el primer legado geográfico conservado en su totalidad²⁹. En su libro hay varios *lógoi*, como el egipcio (II), el indiano (III 98-106) o el escita (IV 1-144), que son en gran medida la mayor contribución de Heródoto al pensamiento etnológico griego. Es difícil precisar la influencia de estos pasajes de las *Historias* de Heródoto en la posteridad, no sólo en el mundo clásico, sino en el Occidental³⁰. Sin caer en la exageración podríamos decir que es el primer precursor del pensamiento antropológico moderno.

Buena parte de sus escritos parecen haber surgido de su propia experiencia personal. Su prestigio como historiador reside en haber estado *in situ* en la mayor parte de los lugares que aparecieron en sus *Historias*. No obstante, la crítica moderna ha puesto recientemente en duda que el padre de la historia (CICERÓN, *De Legibus* I 1.5) hubiese visitado todas las ciudades en las que dijo haber estado. Pese haber visto las pirámides no menciona a la Esfinge³¹ y su descripción de la de la ciudad de Babilonia presentaba numerosos errores³². Ahora bien, si este argumento fuera definitivo debería decirse también que otro viajero como Marco Polo nunca llegó a China, puesto que no menciona ni la Gran Muralla ni el tradicional vendaje de los pies de las mujeres chinas³³.

En cualquier caso, la problemática sobre la veracidad de los viajes de Heródoto no es una cuestión tanto de credibilidad como de la capacidad de Heródoto para escribir sobre las re-

27 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, p. 118-119.

28 Cf. GREEN, P., «Strepsiadés, Socrates and the abuses of intellectualism», *GRBS* 20, 1979, p. 15-25.

29 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. XII.

30 Cf. MURRAY, O., «Herodotus and Hellenistic Culture», *CQ* 22, 1972, p. 200-213.

31 ARMAJOR, O. K., «Did Herodotus ever go to Egypt?», *JARCE* 15, 1978, p. 59-73.

32 KUHRT, A., «Babylon», en *Brill's companion to Herodotus*, Brill 2002, p. 496.

33 Cf. LARNER, J., *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Barcelona 2001, p. 95.

giones a las que en teoría había viajado. Dado que la «autopsia» era el principio de autoridad por excelencia entre los historiadores del mundo antiguo, y por extensión de los geógrafos, el historiador quedaba habilitado como tal porque había sido testigo ocular de los hechos, si no había estado presente perdía el derecho a ser creído por su audiencia³⁴.

LÓGOS EGIPCIO: LA CUESTIÓN DEL NILO

Uno de los enigmas geográficos que más fascinaron a los griegos desde el inicio de su cultura fue encontrar una solución al misterio de las crecidas del Nilo³⁵. Como se recordará, el filósofo Tales de Mileto desarrolló su teoría hídrica del *kósmos* en una visita al Nilo, llegando a atribuir el origen de las crecidas a los vientos etesios³⁶. El milesio sostenía que cuando soplaban estos vientos en dirección contraria al curso de su corriente, impedían que avanzasen sus aguas hasta su desembocadura, provocando de este modo las crecidas. Teoría que sería compartida por Eutímenes de Marsella, quien atribuía a los vientos etesios la capacidad de empujar las aguas del Océano hasta el Nilo³⁷. Trasiálces de Tasos creía que los vientos etesios arrastraban las masas de nubes del norte portadoras de agua hasta las montañas de Etiopía. Éforo comparó las tierras de Egipto con una esponja que absorbía el agua en invierno y la soltaba en verano (*FGrH* II A 70 F 65). Prómato de Samos³⁸ y Anaxágoras en el siglo V aventuraron la auténtica razón de las crecidas del Nilo, al señalar el origen en la nieve de las montañas de Etiopía, que al fundirse provocarían la crecida del río en verano. Su argumentación se debió, sin duda, a la observación del mismo fenómeno en los ríos griegos. No obstante, su teoría fue desechada por ser absurda para los eruditos de la época, ya que, conforme a la configuración del mundo que se tenía, no era posible que existiese nieve tan al sur (Cf. HERÓDOTO II 22). En consecuencia, para Heródoto esta teoría carecería de sentido, considerando como causa más probable la acción del sol sobre las aguas, por sus diferentes posiciones y efectos en invierno y en verano. Aunque el propio padre de la historia reconocía que nadie en Egipto le había podido decir nada seguro sobre este tema (HERÓDOTO II 19). Todavía en el Imperio Romano, Arriano tachaba de ridículas las teorías que querían explicar las crecidas del Nilo a causa del deshielo de las nieves de las montañas de Etiopía, siendo para él la explicación más creíble las lluvias que se producían durante el verano, como en la India, en Etiopía (ARRIANO, *Índica* 6.6-7).

LOS LÍMITES DEL MUNDO

Heródoto revisó profundamente las fronteras tradicionales que tenían los griegos. Así, negó la existencia de los montes Ripeos y de los Hiperbóreos, pueblo que había sido ubicado en los

34 NENCI, G., «Il motivo della autopsia nella storiografia greca», *SCO* 3, 1953, p. 22-46.

35 Cf. BIANCHETTI, S., «Il misterio del Nilo e l'idea di Africa nel pensiero geografico antico», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 195-210.

36 Cf. KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos 1999, p. 125.

37 Sobre Eutímenes y Tales consúltese HERÓDOTO II 20; AECIO IV 1.1; LUCRECIO VI 714-720; DIODORO I 38, 1-3; FILÓN, *De vita Mosis* I 115; POMPONIO MELA I 9.53; SÉNECA, *Q.N* IV 2.22-25; LUCANO, *Farsalia* X 244-5; PLINIO V 55; ELIO ARÍSTIDES XXXVI; DIÓGENES LAERCIO I 37; AMIANO MARCELINO XXII 15.7; Escolio a APOLONIO DE RODAS IV 269-271. Cf. DESANGES, J., *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma 1978, p. 20.

38 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., y PÉREZ LARGACHA, A., *Egiptomanía*, Madrid, Alianza 1997, p. 23.

umbrales de la frontera septentrional de la *oikoumene* por Damastes de Sigeo (ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. Ὑπερβόρειοι.). Además, ponía en duda la existencia del río Océano, que era el fin del mundo desde época de Homero, y la condición insular del mundo³⁹ (fig. 16). Esto le llevaba a criticar los mapas de la escuela jonia, pues en ellos el Océano seguía rodeando con su curso toda la tierra habitada⁴⁰.

Consecuentemente, Heródoto no considera a mares como el Caspio como golfos del Océano, sino como mares interiores (I 202). Anteriormente, Damastes, en su *Catálogo de pueblos y ciudades*, había esgrimido que el golfo arábigo era un mar cerrado (ESTRABÓN I 3.1); es probable que Heródoto tomase de la obra de este autor la existencia de otros casos semejantes.

La novedad en Heródoto es la descripción de grandes áreas desérticas en las zonas más lejanas del mundo como la India (III 98). La existencia de estos grandes desiertos era confirmada por la creencia de que en la zona intertropical, allí donde los rayos del astro rey incidían directamente sobre la tierra, el calor era demasiado intenso como para que pudiese haber vida⁴¹.



16. El mundo según Heródoto de Halicarnaso.

Pero las fronteras no están solamente establecidas por la geografía o por las áreas climáticas en el libro del historiador de Halicarnaso. En cada una de las zonas fronterizas residían pueblos como el indio o el escita que indicaban la desaparición de la civilización⁴² y el comienzo de la barbarie y de lo fabuloso, por lo que para Heródoto las fronteras no son únicamente físicas o políticas, sino también culturales. Lo cual es una evidencia de hasta qué punto están integradas la geografía física y la etnografía en la obra de Heródoto.

39 HERÓDOTO II 23: «Protesto a lo menos de no conocer ningún río con el nombre de Océano. Creo, sí, que habiendo dado con esta idea el buen Homero o alguno de los poetas anteriores se la apropiaron para el adorno de su poesía»; IV 8: «Este Océano, empezando por Levante, gira alrededor del continente; todo lo que dicen sobre su palabra, sin confirmarlo realmente con prueba alguna».

40 HERÓDOTO IV 36: «Pero me da risa que ya ha habido muchos que han trazado mapas del mundo sin que ninguno los haya comentado detallada y sensatamente; ellos hicieron la tierra un círculo perfecto, mejor incluso que dibujada por un compás, con el Océano rodeándola, y Asia y Europa del mismo tamaño».

41 AUJAC, G., «L'image du désert dans l'antiquité grecque», *Geographia Antiqua* 10-11, 2001-2002, p. 24.

42 KARTTUNEN, K., «Expedition to the end of the world», *So* 64, 1988, p. 177.

ALTERIDAD

Pero, sin duda, como han mostrado trabajos tan clarividentes como los de Hartog⁴³, el mayor logro de Heródoto es la construcción de la imagen del «otro». Para ello utiliza una retórica de la alteridad: 1) La inversión, que consiste en mostrar al lector un modo de vida totalmente opuesto al suyo (Persas I 133; Egipcios II 35-6). No obstante, si todos los pueblos extranjeros fuesen definidos por ser opuestos al modelo griego, sería muy difícil poder diferenciar a un pueblo extranjero de otro, por este motivo el autor tiene que dotar a cada pueblo de características propias, que pueden ser fabulosas. 2) La diferencia, se basa en mostrar los puntos en los que las costumbres extranjeras difieren de la tradición griega sin llegar a plasmar la inversión de valores (I 131). 3) La analogía se remite al lector a su ámbito familiar para que sea capaz de comprender lo desconocido (Leyes de los lidios parecidas a las de los griegos I 94; calzado babilonio se asemeja al beocio I 195; las costumbres funerarias de los babilonios se parecen a las egipcias I 198; los isedones rinden homenaje a las cabezas de sus padres, al igual que los griegos rinden homenaje a los suyos en sus aniversarios IV 26). La analogía también se emplea en realidades geográficas semejantes (II 97; IV 99).

Sin embargo, Heródoto no es capaz de mirarse en el reflejo de la imagen que ha creado. Al criticar el etnocentrismo persa, el padre de la historia no se siente en modo alguno obligado a recurrir a la analogía: «*A quienes más aprecian de entre todos, después de a sí mismos, es a los que viven más cerca de ellos; en segundo término, a los que vienen a continuación y, después, van apreciando a los demás en proporción a la distancia; así tienen el menor aprecio a quienes viven más distantes de ellos, pues consideran que, en todos los aspectos, ellos son, con mucho, los hombres más rectos del mundo, que los demás practican la virtud en la mencionada proporción y que quienes viven más distantes de ellos son los peores*» (I 134.2-3). Es como si fuese uno de los personajes de las fábulas de Esopo, y fuese capaz de ver los vicios de los demás y no los suyos propios porque están a su espalda. No se despegaba de la tradición, como refleja el hecho de que recibiese el apelativo de *Homerikótatos* («El más homérico») por Longino (*Sobre lo sublime* XIII 3).

TUCÍDIDES (c. 460-396 a.C.)

El gran historiador de la *Guerra del Peloponeso* no sobresale como su predecesor por sus digresiones etnográficas. La geografía de Tucídides es muy diferente a la de Heródoto, que era heredera de la tradición jonia⁴⁴. No se estudia la ecumene, el centro de la acción se localiza en la Hélade y la Magna Grecia. La geografía universal de Heródoto deja paso a la geografía política de Tucídides⁴⁵, donde la cartografía no tiene espacio a lo largo de toda su obra y se nutre de sus viajes y experiencias personales⁴⁶. La «Arqueología» de Tucídides puede ser vista como una crítica a las historias de los poetas y a la tradición mítica, sin embargo, no debe irse demasiado lejos, pues nunca cuestiona la edad heroica⁴⁷.

43 HARTOG, Fr., *El espejo de Heródoto*, Méjico, FCE 2002, p. 207-245.

44 PEARSON, L., «Thucydides and the Geographical Tradition», *CQ* 33, 1939, p. 48-54; p. 48.

45 SHAHAR, Y., *Josephus Geographicus: The Classical Context of Geography in Josephus*, Tubinga 2004, p. 85.

46 CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio, τῶν πινάκων*, Roma 2002, p. 193.

47 MURRAY, O., «Omero e l'etnografia», *Kokalos* 34-35, 1988-1989, p. 1-13.

Tucídides se limita a mencionar las *póleis* conforme van apareciendo en los acontecimientos bélicos. Los accidentes geográficos como ríos o montañas se nombran de pasada, como meros escenarios donde transcurre la acción. Los santuarios, por el contrario, son muy citados y son como puntos de un mapa que se utilizan para ubicar espacialmente al lector. Las distancias entre dos lugares son dadas apresuradamente y con brevedad⁴⁸.

La geografía le sirve para justificar el mito de la autoctonía de los atenienses (I 2). De igual modo, las diferencias con las costumbres funerarias de los carios es también uno de los escasos ejemplos de especulación arqueológica en la antigüedad (I 8). Otro ejemplo de la descripción de costumbres de otros pueblos es el de los odrisios, cuyo imperio se extendía desde la ciudad de Abdera hasta el Ponto Euxino (II 97.1-2). De ellos se destaca que, a diferencia de otros pueblos, tenían por costumbre recibir más que dar y que se consideraba deshonoroso no contribuir. Siendo esta práctica la responsable del poderío de los odrisios.

Cuestiones geográficas clásicas del pensamiento griego, como los eclipses de sol (II 28), de luna (VII 50.4), los terremotos (III 89.1-3) o las fuentes de los grandes ríos (II 102.2-6 Aqueloo) también se presentan esporádicamente en la obra de Tucídides⁴⁹.

La expedición de Sicilia abarca dos libros enteros de la *Guerra del Peloponeso*. Sin embargo, apenas hay detalles sobre la geografía de la isla. Tucídides se limita a decir que una parte estaba ocupada por los griegos y otra por los bárbaros (VI 1-6). Los ríos sólo aparecen en la descripción de la retirada y derrota final de los atenienses (VII 74-85). Sí tiene mayor protagonismo la descripción de las realidades geográficas más importantes de la isla: los estrechos, que son muy peligrosos porque en ellos convergen las aguas de dos mares, el Tirreno y el Sículo (IV 24), y el Etna, cuyas erupciones desde que los griegos habitan en Sicilia cifra en tres (III 116).

Mayor importancia tiene en la obra el debate que sacudió Atenas como consecuencia de la expedición de Sicilia. Tucídides⁵⁰ deja bien clara su postura cuando afirma que: «*La muchedumbre no tenía ningún conocimiento de la extensión (mégethos) de la isla ni del número de sus habitantes, griegos o bárbaros*» (VI 1).

Es una expresión acorde en un hombre que realiza un tipo de geografía sin mapas, y que probablemente escribió estos libros poco después de que acontecieran los hechos. Sin embargo, la palabra *mégethos* puede hacer referencia tanto al tamaño real de la isla como a su poderío político⁵¹. La distancia que separa Sicilia de Atenas es también esgrimida como una razón para no realizar dicha empresa (IV 11).

Ahora bien, el debate, que el propio Tucídides recoge, muestra que el desconocimiento de los atenienses no era absoluto, pues se sabía cuánto duraba un viaje hasta Sicilia en transporte marítimo (VI 2), que había dos rutas para llegar a la isla, una por el mar jónico bordeando la costa y otra directa por mar abierto hasta Sicilia (VI 13.1) y que la forma más rápida para llegar era desde África (VI 2.6).

La controversia aumenta cuando leemos en Plutarco (*Nicias* 12.1; *Alcibiades* 17.3-4) que los atenienses llegaban a dibujar el mapa de la isla. Sin embargo, en el propio relato de Plutarco

48 TUCÍDIDES I 24.1; 36.2; 63.2; II 18.1; 66.1; III 51.1; 97.2; IV 53.2-3; IV 24.4-5; 102.4; VI 7; 22.2; 36.2; 118.2; VII 22.2; 33; VII 153.1; 153.2; VIII 31; 35; 120.

49 LANZILLOTTA, E., «Geografia e storia da Ecateo a Tucídide», en *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán 1988, p. 19-31; p. 20-24.

50 GOMME, A. W., *A Historical Commentary on Thucydides IV*, Oxford 1970, 197ss.

51 HORNBLOWER, S., *Thucydides*, Londres 1987, p. 147.

existen diferencias. En el primero de ellos se dice que jóvenes y viejos diseñaban conjuntamente el contorno de Sicilia, mientras que en el segundo es únicamente la juventud ateniense quien realiza dicha acción, lo cual resulta más creíble. Es posible que los adolescentes se valiesen de los conocimientos empíricos de los veteranos para poder diseñar el mapa, puesto que como hemos dicho anteriormente la cartografía no era una materia conocida por el gran público.

No obstante, dicha historia reflejaría que la información de Tucídides debería de matizarse, y que seguramente el historiador ateniense se está dejando llevar por sus conocimientos sobre el resultado final de la expedición ateniense para reflejar que su comienzo fue igualmente irreflexivo.

JENOFONTE (c. 431-354 a.C.)

La intromisión de Persia en los asuntos internos griegos tuvo una consecuencia directa, la participación de muchos de los habitantes de las ciudades helenas en la guerra civil entre Ciro el Joven y su hermano el rey Artajerjes. Más de 10.000 helenos pasaron a engrosar las filas de las tropas de Ciro, tras la muerte de éste y la ejecución de sus líderes, emprendieron una huida a través del Imperio Persa desde Cunaxa a Trapezunte y desde allí a Pérgamo y luego hasta Bizancio. De este viaje surgiría la *Anábasis* de Jenofonte. La retirada de los mercenarios tiene paralelismos con la *Odisea*, puesto que es prácticamente un *nóstos*, un relato de vuelta al hogar⁵², pero también se asemeja a un periplo, ya que continuamente se nos dan las distancias recorridas⁵³ y detalles sobre las zonas por las que se pasa⁵⁴.

El viaje de Jenofonte y de sus diez mil no se adentró por tierras desconocidas (fig. 17), pero sí por lugares poco explorados para los propios persas. Así, fueron los primeros griegos en pisar las montañas del Kurdistán, que los gobernantes aqueménidas no habían conquistado nunca.

A pesar de que en su relato predominan las operaciones militares, queda espacio para algunas descripciones etnográficas como: las palmeras datileras (II 3.14), el sistema de canales del Tigris (II 4.13), los carducos (IV 2) o los caballos de Armenia (IV 5.24; IV 5.34).

Una parte interesante de la obra es la descripción de unas ciudades desiertas junto al Tigris que él llama Larisa y Mespila, y de las que destaca su circuito amurallado y sus materiales de construcción (III 4.7). Se ha defendido que Larisa podría ser la antigua Nimrud, y que Mespila sería una corrupción del nombre de Nínive⁵⁵. Para Haupt poco habría importado que se hablase de medos y no de asirios, puesto que los historiadores griegos solían confundir las nacionalidades persa, asiria y meda constantemente. Sin embargo, este autor no explica por qué autores posteriores sí conocieron el nombre de Nínive (DIODORO II 26.9). Tampoco aclara por qué Jenofonte atribuye la caída de dicha ciudad a la intervención de Zeus⁵⁶. El único elemento de cierto peso para identificar Mespila con la antigua Nínive es la descripción de su muralla⁵⁷, aunque todas las ciudades importantes de Mesopotamia solían tener grandes defensas.

52 Cf. LOSSAU, M., «Xenophons Odyssey», *A&A* 36, 1990, p. 47-52.

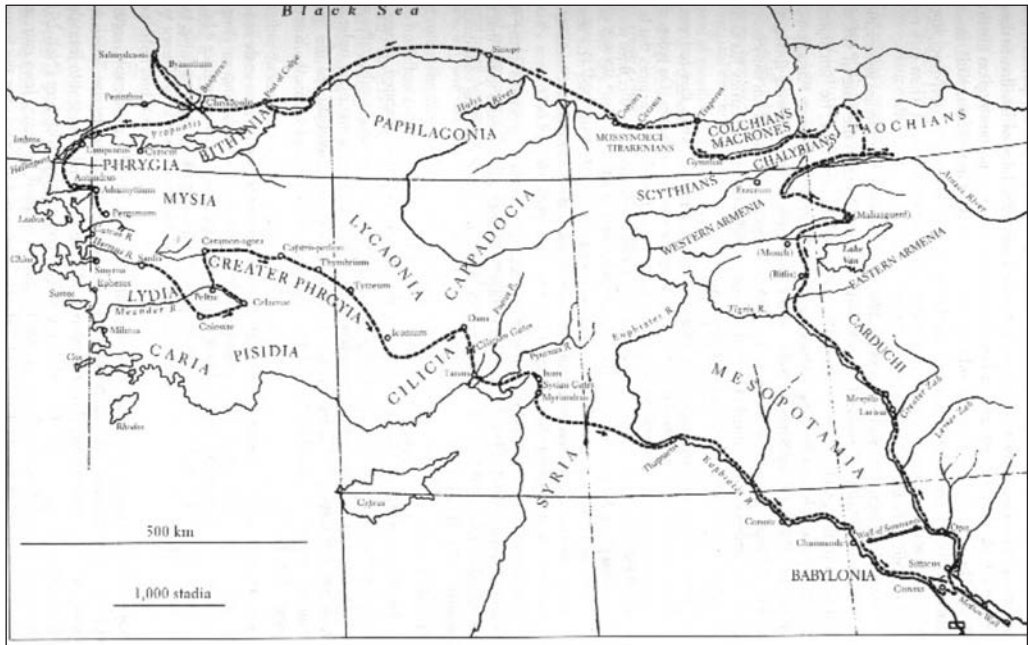
53 CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio, τὸν πινύκων*, Roma 2002, p. 195, destaca que se especifica la distancia cuando es la recorrida por el ejército y mediante los días de marcha o bien en parasangas, una medición persa.

54 JENOFONTE, *Anábasis* I 2.5; 6; 7; I 5.4; 5; 14; 15; II 3.6; II 4.4; VI 2.1.

55 HAUPT, P., «Xenophon's Account of the Fall of Nineveh», *JAOS* 28, 1907, p. 100.

56 LANE FOX, R., *The long march: Xenophon and the ten thousand*, New Haven, Yale University Press 2004, p. 53, cree que pudo haber tomado la información sobre Mespila de Hecateo de Mileto.

57 PINKER, A., «Nahum and the Greek tradition on Niniveh's Fall», *JHS* 6, 2006, p. 9.



17. Mapa con la ruta de Ciro y los 10.000, procedencia P. Briant 2002, p. 367.

Podría discutirse también si los mercenarios griegos disponían de algún mapa para orientarse en su recorrido. No obstante, la gran dependencia que tienen a lo largo de toda la obra de los guías nativos o de los cursos de agua (III 2.20-23), nos hace desechar inmediatamente esta suposición. Al igual que el marinero que navega por aguas desconocidas, Jenofonte se habría valido principalmente del sol y las estrellas para orientarse en su viaje de regreso a casa. Esto queda claro cuando se extiende el rumor de que regresaban al Fasis y casi se produce un motín entre los griegos (V 7.5-9).

Las *Helénicas* siguen de cerca el estilo narrativo de Tucídides por lo que las descripciones etnográficas son también escasas⁵⁸. Algunas de las pocas excepciones son: el ritual funerario de los odrisios (III 2.5); el santuario de Ártemis de Leucofris (III 2.19); el palacio de Farnabazo en Dascilio (IV 15-6) y el Santuario de Dionisio en Afites (V 3.18-9). Pero donde más sobresale el talento de Jenofonte es en los lugares donde ha tenido un conocimiento directo del terreno, como en Esparta. El hipódromo de Posidón o el templo de Apolo de Esparta son espacios que sólo los conocemos por el alumno de Sócrates, pues otros autores como Pausanias ignoran su existencia.

En otra de sus obras, la *Ciropeya*, Jenofonte traslada muchas de las costumbres espartanas, tan admiradas por él y otros intelectuales atenienses de su época, a los persas (*Ciropeya* I 2.2-16). Sin embargo, pese a ser más una obra de ficción que una biografía de Ciro el Grande, nos sorprende por aludir un par de veces al reino de la India (II 4.8-9; III 2.27; VI 2.1). Resulta llamativo que se piense que la India estuviese gobernada por un sólo rey, a la manera que lo hacía el Rey de Reyes entre los persas, y que éste pueda mediar en los conflictos de Persia y

58 SORDI, M., «Gli interessi geografici e topografici nelle Elleniche di Senofonte», en *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán 1988, p. 32-40.

sus enemigos. Este relato demostraría que en el siglo IV se tenía una visión muy idealizada de la India, pero al mismo tiempo más concreta que la que Escílax y Heródoto habían transmitido. El responsable de esto fue en gran medida, Ctesias de Cnido, cuya obra debió de ser conocida por Jenofonte (Cf. *Supra*. p. 88-89).

ÉFORO (c. 400-330 a.C.)

Un nuevo paso en la descripción del mundo lo dio Éforo de Cumas, un alumno, como Teopompo, de la escuela de Isócrates. En aproximadamente 30 libros habría narrado los acontecimientos ocurridos entre el retorno de los heraclidas hasta la batalla de Queronea (338 a.C.), muchos de cuyos fragmentos se han conservado gracias a Estrabón⁵⁹.

Éforo parece haber sido el primero en haber escrito una historia «*katà génos*», es decir, que estructuraba su exposición por áreas geográficas⁶⁰. Los libros IV y V estaban dedicados al estudio etnográfico de los pueblos que conformaban la *oikoumene*, desde las Columnas de Hércules hasta el mar Negro. El primero enumeraba los pueblos de Europa (ESTRABÓN VII 3.9) y el segundo los de Asia (ESTRABÓN VIII 1.1). Para realizar esta labor se valió de fuentes muy diversas como los poemas homéricos o el *Períodos ges* de Hecateo, por lo que su conocimiento geográfico quizás no fuese el mismo que el de su época, pues no hay que olvidar que Éforo era un historiador y que la geografía para él era un mero instrumento para ubicar los acontecimientos históricos⁶¹, aunque no fue ajeno a cuestiones meramente geográficas como la explicación de las mareas (ÉFORO, *FGrHist* 70, F30a, 131-4), ya que no existía una separación tajante entre las disciplinas. Obra de Éforo fue un cuadrante (fig. 18) donde se colocaba en cada uno de sus extremos los pueblos conocidos de la *oikoumene*⁶²: Los escitas al norte; los etíopes al sur; los indios en el este y los celtas en el oeste. En el centro se encontraban los griegos, lo que simbolizaba la superioridad del pueblo heleno sobre el resto del mundo.

Las temperaturas extremas eran las causantes de las características de esos pueblos, siendo la Hélade, por naturaleza, superior, al ser el lugar que tenía unas condiciones climáticas intermedias. No era casualidad que los helenos ocupasen el centro del mundo. *To méson* había sido un elemento vital en el desarrollo del pensamiento griego. Tenía un matiz político y, por supuesto, tenía un valor moral que la filosofía supo emplear. Pero, también, tenía otro uso para designar lo común, lo cotidiano, a la comunidad⁶³. Si la civilización griega está situada en el centro del mapa de Éforo, se debe a que, a ojos de su autor y de sus contemporáneos, era la única cultura posible. Ahora bien, si en el centro se encuentra lo normal, en los límites sólo podía hallarse lo diverso. Cada uno de los pueblos que habita cada una de las fronteras de la *oikoumene* era visto por los griegos como la antítesis de su propia identidad. Esta forma de pensar no era exclusiva de Éforo. Anteriormente, los viejos mitos habían defendido que el ombligo del mundo,

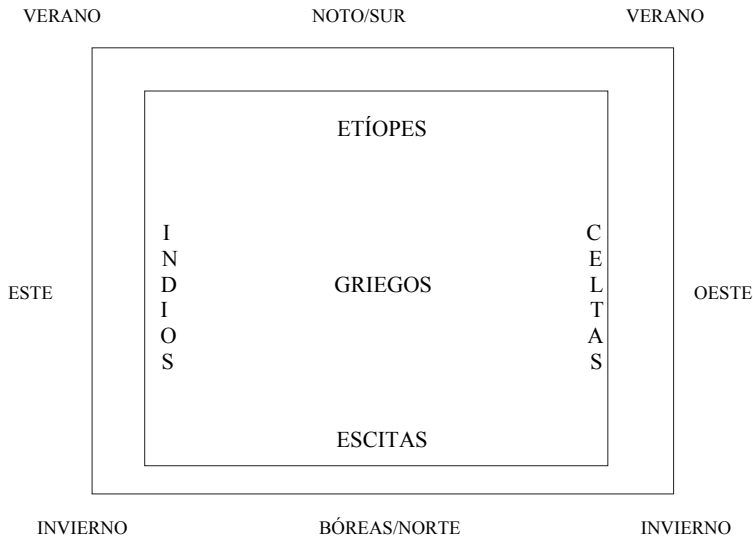
59 ESTRABÓN VI 2.1; 2; VII 2.2; 3.9; 7.7; VIII 3.33-4; 8.5; IX 2.1-2; 3.11; 3.12; 4.7; X 2.9; 3.2; 5; 4.8; 9; 15; 17; 18; 20; XII 3.10; 21; 22; XIII 1.4; 3.9; 3.6; XIV 1.6; 5.23; 24; 26; 27.

60 DREWS, R., «Ephorus and history written «*katà génos*», *AJPh* 84, 1963, p. 244-255; DREWS, R., «Ephorus «*katà génos*» history revisited», *Hermes* 104, 1976, p. 497-498, dice que el concepto de *katà génos* significaría tres cosas: 1) Escribía historia en episodios 2) Cada episodio estaba unificado por materias y temas 3) Estos temas eran pertinentes con las áreas geográficas que se estudiaban; PRONTERA, Fr., «Sul concetto Geografico di Hellás», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. 91. Cf. ESTRABÓN VIII 1.3.

61 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 206.

62 COSMAS INDICOPLEUSTÉS, *Topografía cristiana* II 79-80.

63 VERNANT, J-P., *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona, Ariel 1993, p. 198.



18. Cuadrante de Éforo de Cumas.

ὄμφαλος, se encontraba en Delfos, pero tampoco era esta forma de pensamiento propiedad de la civilización helena. En la antigua China el espacio nunca fue considerado un todo continuo, sino como el conjunto de cinco puntos direccionales: Norte, Sur, Oeste, Este y Centro⁶⁴, lugar que ocupaba China. Hoy en día todavía llaman a su tierra el país del centro, Zhongguó⁶⁵ (*Zhong* «centro»; *Guó* «país»). Los germanos de la época de las migraciones llamaban a su país Midgard («El jardín central») o los hebreos consideraban a Jerusalén el centro del mundo. Incluso los romanos llegaron a pensar que el predominio de Roma podía deberse a que estaba situada *medio mundi* (VITRUVIO VI 1.10)⁶⁶.

En suma, el diseño del mundo de Éforo no introducía ideas nuevas, puesto que ya desde Homero y Hesíodo los límites del mundo eran habitados por pueblos fabulosos que delimitaban la frontera entre la *terra cognita* y la *incognita*, y al mismo tiempo hacían las funciones de límites espaciales. Pero con Éforo estos pueblos dejan de ser míticos, como los hiperbóreos, para ser históricos como los celtas, los etíopes, los indios y los escitas. Además, por primera vez el esquema de centro-periferia era representado en un diseño cartográfico. A partir de este momento cada uno de estos grupos étnicos será el equivalente de cada uno de los puntos cardinales.

La imagen que transmitió de algunos de estos pueblos, como el escita, tuvo un gran éxito entre los geógrafos de Alejandro⁶⁷: nación indomable y justa que no se dejaba someter por nadie⁶⁸, a medio camino entre los pueblos primitivos y aquellos que viven en plena Edad de Oro y que no han sido corrompidos por la civilización.

64 EDGERTON, S. Y., «From mental matrix to Mappamundi to Christian Empire: The heritage of Ptolemaic cartography in the Renaissance», en *Art and cartography: six historical essays*, Chicago 1987, p. 24.

65 FOLCH, D., *La construcción de China*, Barcelona 2002, p. 12-13.

66 JANNI, P., «Los límites del mundo entre el mito y la realidad», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 23-40; p. 26.

67 Sobre todo en Jerónimo de Cardia. Cf. DIODORO XIX 97.3-5.

68 ESTRABÓN VII 3.9.

Tampoco fue ajeno a las islas fabulosas. La isla de Cerne⁶⁹, que se había popularizado entre los griegos tras la aparición de la obra de Pseudo-Escílax y el *Periplo de Hanón*⁷⁰, también aparece entre sus fragmentos. Por entonces la isla ya había adquirido el carácter fabuloso por el que sería conocida posteriormente⁷¹. Por las noticias de Plinio (*NH* VI 199) sabemos que Éforo habría dicho que era imposible alcanzar dicha isla, situada en el mar Eritreo, por el intenso calor que había en la zona. En cualquier caso, con Éforo se inauguró la tradición que situaba la isla en oriente⁷². Más tarde, con Dionisio Periegeta (*Periégesis* 219ss) la isla adquirió el calificativo de tierra última⁷³.

FILOSOFÍA Y ALTERIDAD

ESCUELAS SOCRÁTICA Y PLATÓNICA

«Yo, Platón, soy la verdad»

Friedrich Nietzsche: *Crepúsculo de los ídolos*.

Ningún otro filósofo tuvo una trascendencia mayor que Sócrates en el siglo IV a.C. Escuelas como la platónica, la cínica, la de Megara o la de Cirene presumían de estar vinculadas con el hijo de Sofronisco. Pero por mucho que Aristófanes presentase ocupados a los discípulos de Sócrates en medir la tierra en el interior del Pensadero, la mayoría de ellos investigaron problemas éticos, antes que cuestiones geográficas. Si bien es cierto que dos filósofos que florecieron en el siglo IV tuvieron una gran importancia en la historia de la geografía: Eudoxo del Cnido y Platón de Atenas.

Eudoxo de Cnido (395-342 a.C.) fue un gran experto en matemáticas, climas y geografía (ESTRABÓN IX 1.2). Influenciado por las teorías pitagóricas, el médico, matemático y precursor de los astrónomos de época helenística, desarrolló su teoría de las siete esferas celestes concéntricas. En dicha teoría se defendía que los cuerpos celestes se encontraban a la misma distancia los unos de los otros. Esta equidistancia implicaba que los movimientos de los planetas debían de ser circulares y regulares. Partiendo de la observación de la estrella de Canopo con respecto a Cnido (o Rodas) y Heliópolis intentó hallar las latitudes de algunos lugares. Dividió la esfera celeste en zonas y midió la circunferencia del globo⁷⁴. Compuso también un *Períodos ges*⁷⁵ en 7 libros, del cual sólo nos quedan unos cuantos

69 Tanto MÜLLER, C., *GGM*, I París 1985, p. 7, como CARCOPINO, J., *Le Maroc antique*, París 1943, p. 119-130, la identifican con la isla de Arguin.

70 GÓNZALEZ PONCE, F. J., *Periplógrafos griegos. I. Épocas arcaica y clásica 1: Periplo de Hanón y autores de los siglos VI y V a.C.*, Monografías de Filología Griega, Zaragoza 2008, p. 75-151; p. 129-135.

71 AMIOTTI, G., «Cerne: ultima terra», en *Il confine nel mondo classico*, Milán, CISA 1987, p. 43-49, relaciona dicha isla con el periplo de Hanón, y afirma que nunca constituyó una frontera geográfica, sino un confín fantástico; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 134-136; p. 135.

72 LICOFRÓN, *Alexandra* 16-9; NONNO, *Dionys* XXXIII 183-7.

73 GONZALEZ PONCE, F. J., *op. cit.*, p. 131. El nombre de la isla procedería del semítico QRN y significaría «último lugar habitado».

74 D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002, p. 58, destaca que midió la circunferencia de la tierra en 400.000 estadios y que dependiendo de la medida del estadio podía tener entre 71.000 km y 76.900 km.

75 ESTRABÓN I 1.

fragmentos⁷⁶, pero se da por hecho que esta obra iba acompañada de un mapa⁷⁷. Como autores anteriores, Hecateo y Heródoto, Eudoxo habría realizado viajes para documentarse a la hora de escribir. Es posible que viajase a Egipto y que incluso pudiera haber influido sobre Platón en su conocimiento del país del Nilo, pero también podría tratarse de la costumbre que situaba a los sabios griegos en Egipto desde Tales de Mileto. Aunque Estrabón (XVII 1.29) aseguró haber visto su observatorio y D. Laercio (VIII 8.86) dice que allí desarrolló un nuevo calendario de ocho años.

El gran logro de Eudoxo habría sido definir las proporciones de la *oikoumene*, al establecer que su longitud era el doble que su anchura. Anteriormente Demócrito de Abdera había fijado la longitud en 1.5 veces mayor que la anchura. Se cree que existió una línea, semejante a un meridiano, que habría dividido simétricamente el mapa de Eudoxo, aunque esta línea imaginaria podría ser una reminiscencia de los futuros mapas de Dicearco y Eratóstenes. Las ideas de Eudoxo tendrían un gran éxito en Aristóteles, pues ambos defendieron que el origen de las crecidas del Nilo eran las lluvias de Etiopía⁷⁸. Su ascendencia es igualmente detectable en los alumnos del Estagirita, sobre todo en Dicearco⁷⁹, y entre los geógrafos helenísticos⁸⁰, principalmente Eratóstenes, quien volvería a revisar y a elevar la longitud de la tierra.

Según Vitruvio, Eudoxo habría sido el autor de un calendario solar llamado *aráchnen*⁸¹, y Estrabón (XVII 1.29) dice que los griegos debían a los egipcios, por mediación de Eudoxo, Platón y de la traducción de los textos egipcios, el conocimiento del año. También sostuvo la existencia de dos hemisferios climáticamente semejantes que se alternaban según el movimiento del Sol.

Además, Eudoxo de Cnido había, con anterioridad, relacionado el color de la piel de las ovejas de Hestiótide con el agua de la fuente de la que bebían, algo semejante diría Teofrasto sobre Turios⁸². Posteriormente, al considerar Onesícrito de Astipalea que el origen de la piel de los etíopes e indios era por el agua (ESTRABÓN XV 1.24), no sólo entraba en controversia directa con Ctesias, quien ya había dicho que el color de sus pieles era por naturaleza, sino que demostraba conocer los trabajos de Eudoxo. Su teoría parece haber tenido eco en la antigüedad (PLINIO II 103).

Uno de los mayores avances en el pensamiento del siglo IV fue la convicción de que la tierra no era un disco, sino una esfera⁸³. Resulta sumamente complejo precisar cuándo comenzó a representarse de este modo la tierra en los antiguos mapas, puesto que es muy fácil confundir una

76 Sobre los fragmentos de Eudoxo consúltese LASERRE, F., *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, Berlín 1966, p. 96-127.

77 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona 2008, p. 124-125, considera que el *Períodos ges* de Eudoxo habría sido un acompañamiento explicativo de dicho mapa que seguiría la tradición etnográfica y descriptiva de Heródoto (Cf. EUDOXO, *fr.* 277).

78 ESCOLIO A HOM. d 477; EUST. *In Hom.* p. 1505, 60ss.

79 AGATÉMERO I 1.2: «Demócrito fue el primero, hombre de vasta experiencia, que dijo que la tierra es más alargada en lo referente a la longitud, y que equivale una vez y media a la anchura. En esto fue seguido por Dicearco. Eudoxo hizo de la longitud el doble de la anchura. Eratóstenes más del doble». Cf. ESTRABÓN I 1.1, menciona a Demócrito, Eudoxo y Dicearco entre los grandes geógrafos.

80 GÉMINO, *Elementos de astronomía* 16.3.

81 VITRUVIO, *De Architectura* IX 8.1: «*arachnen Eudoxus astrologus, nonnulli dicunt Apollonium*». Cf. CINCQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio, τῶν πινάκων*, Roma 2002, p. 197 y p. 211.

82 PLINIO XXXI 13-14; ARISTÓTELES, *Historia de los animales* 519a. Cf. PÉDECH, P., *Historiens compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, París 1984, p. 153-154.

83 PÉDECH, P., *La géographie des grecs*, Vendome 1976, p. 38; GEUS, Kl., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 232.

esfera con un disco en un plano⁸⁴. Platón de Atenas presentó la idea de la esfericidad del mundo en el *Fedón* (97 d-e) para ratificarla en el *Timeo* (63a). Probablemente fueron los pitagóricos de la Magna Grecia los primeros en asumir esta premisa (D. LAERCIO VIII 48; IX 21), aunque, según Teofrasto, Parménides ya había defendido la esfericidad de la tierra (TEOFRASTO, *Física* 6), y fue, probablemente, el primero en dividirla en zonas climáticas (ESTRABÓN II 2.2; D. LAERCIO IX 21-2). Pero la primera evidencia incuestionable es la de Platón⁸⁵ y de lo que no cabe duda alguna es que este hallazgo siempre es atribuido a un filósofo.

Aún así, los griegos no llegaron a comprender en su totalidad las consecuencias de la esfericidad. La superficie de una esfera es finita, pero ilimitada⁸⁶, por lo que no es posible que continuaran existiendo los límites de la tierra en el pensamiento de los helenos. Pero al entender el mundo como algo finito quedaba implícito que debía de tener unos límites y para el griego fue demasiado renunciar a los esquemas mentales que la tradición homérica le imponía. La tradición sigue siendo un lastre para la investigación de todas las épocas, así Poincaré decía: «...*Pero no podemos romper totalmente con el pasado, porque no sólo tenemos que tener en cuenta el rechazo de la gente, sino que los propios científicos tienen una tradición a la que permanecen atados*»⁸⁷. De igual modo, el más ateo de los historiadores occidentales no puede escapar de los esquemas conceptuales que le impone la religión cristiana, y seguirá teniendo una visión lineal de la historia, en la que existe un principio, un fin e incluso un destino. Los geógrafos griegos no pudieron establecer una ruptura con su tradición al no desarrollar en su verdadera dimensión todas las implicaciones de este gran hallazgo. *Ta peirata* (los límites) fueron el primer paradigma de la historia de Occidente que se resistió a desaparecer.

En el *Fedón* (109B) por primera vez un autor griego relativizaba el tamaño del Mediterráneo y expresaba su convicción de que existían otras zonas de la tierra semejantes a la suya⁸⁸. Esta afirmación implicaba que la Hélade perdía su papel preponderante como centro del mundo y de la civilización, pero después de Platón ningún pensador volvió a retomar esta idea, y la noción de centro/periferia seguiría vigente por mucho tiempo. La matización del concepto de centro en buena parte habría sido debida a su extensión, de modo que Platón afirma que cuando los persas invadieron el continente no estaban atacando solamente a los griegos, sino a toda Europa (*Leyes* 698b) escenificando una clara contraposición en Occidente y Oriente.

El *Timeo* y el *Critias* nos ofrecen una nueva concepción del espacio, la utopía. En el *Timeo*, Critias relata una historia contada por Solón a su abuelo, que a su vez había escuchado de los sacerdotes egipcios en Sais. Critias describe una isla situada más allá de las Columnas de Hércules (PLINIO VI 199), tan grande como Asia y Libia juntas. Dicha isla, Atlántida, estaba gobernada por una confederación de reyes que gobernaba los pueblos de Libia hasta Egipto y los de Europa hasta Tirrenia. Pero los atenienses frenaron su expansionismo. Poco después la isla fue destruida por un terremoto y un diluvio.

En el *Critias* se dice que cuando se produjo el reparto del mundo, a Posidón le correspondió

84 MURISON, C. L., «Cartography», en *Encyclopedia of Greece and the Hellenic Tradition*, I, Londres & Chicago 2000, p. 295.

85 DILLER, A., «The Ancient Measurements of Earth», *Isis* 40, 1, 1949, p. 6-9.

86 JANNI, P., «Los límites del mundo entre el mito y la realidad», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 36.

87 GALISON, P., *Relojes de Einstein, mapas de Poincaré: los imperios del tiempo*, Barcelona, Crítica 2005, p. 183.

88 ROLLER, D. W., *Eratosthenes' Geography*, Princeton University Press 2010, p. 5, afirma que probablemente los pitagóricos fueron los primeros en sugerir la existencia de otros continentes aparte de los que rodeaban el Mediterráneo. Cf. D. LAERCIO VIII 25-6.

la isla de la Atlántida. En el centro de la isla se encontraba una ancha llanura de la que había surgido Evenor, que era un autóctono, es decir, había nacido de la tierra al igual que los atenienses. La isla estaba formada por una serie de anillos concéntricos. En el centro de la isla se levantaban una acrópolis y un templo dedicado a Posidón. La isla contaba con múltiples canales y recordaba por su fertilidad a las tierras maravillosas descritas en la tradición griega.

Los atlantes no eran un pueblo nuevo en el imaginario griego. Anteriormente Heródoto había dicho de ellos que habitaban en las cercanías del monte Atlas, que no comían nada que hubiera tenido vida y que carecían por completo del sueño⁸⁹. Pero ahora el filósofo ateniense se vale de ellos con una doble intencionalidad. En primer lugar, crear un espacio irreal en el que se trasladan factores geográficos y sociales de Atenas⁹⁰, con el objetivo de criticar o transformar aquellos aspectos del ámbito sociopolítico que no le gustan de su ciudad estado natal de forma velada. La falsa historia de la guerra de Atenas contra la Atlántida es simplemente la escenificación de la Atenas que a Platón le hubiera gustado conocer (la Atenas primitiva) y la imperialista que se asemejaba cada vez más al Imperio Persa⁹¹ (la Atlántida, custodia de la tradición). En segundo lugar busca introducir algunas de las reformas que se habían postulado en la *República*⁹². La Atlántida, en muchos aspectos, es una representación de la ciudad ideal que se describe en la *República*⁹³. El propio Sócrates dice que le gustaría ver en acción esa ciudad ideal que se ha descrito hasta ahora (*Timeo* 19c).

No obstante, existen otros elementos de la Atlántida, como su forma concéntrica, que recuerdan a la ciudad de Ecbatana, y la descripción del sistema de canales a Babilonia, que también pudieron proceder de la obra de Heródoto⁹⁴.

Resulta curioso que de todos los mitos platónicos, la Atlántida sea el que ha tenido un mayor recorrido. Sin saberlo, Platón había puesto los cimientos para la utopía, aunque dicha palabra no se popularizaría hasta la obra de sir Tomas Moro, y para la ciencia-ficción⁹⁵.

LA ESCUELA DEL LICEO: ARISTÓTELES (c. 384-322 a.C.)

Aristóteles es más conocido por sus estudios biológicos que por los puramente geográficos⁹⁶. Estudios que fueron continuados posteriormente por sus alumnos Teofrasto y Dicearco. La popularidad entre los helenos de los libros de zoología de Aristóteles se extendió durante todo el período helenístico, llegando a convertirse Alejandro de Macedonia en el responsable directo

89 HERÓDOTO IV 184. Cf. POMPONIO MELA I 5.

90 Similitudes como la división en 10 tribus, la relación con el dios Posidón, la existencia de Acrópolis, el poderío naval o estatuas colosales de las deidades protectoras de la ciudad. Cf. FERGUSON, J., *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, p. 73; VIDAL-NAQUET, P., «Atenas y la Atlántida», en *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona 1983, p. 304-329.

91 VIDAL-NAQUET, P., *La Atlántida, pequeña historia de un mito platónico*, Barcelona, Akal 2006, p. 35.

92 AMORÓS, P., «Lengua e historia en Platón: oralidad y escritura, *mythologein* y *mythologia* en el *Timeo* y en el *Critias*», *Antigüedad y Cristianismo* 12, 1995, p. 125-142; AMORÓS, P., «La tradición en Platón», *RMA* 8, 2002, p. 9-192; p. 47.

93 ROWE, C., «The Politicus and other dialogues», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, p. 254, la principal diferencia sería que no hay mención directa a los gobernantes filósofos.

94 HERÓDOTO I 98, Ecbatana; I 178, Babilonia. Cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 251-257; p. 256.

95 VIDAL-NAQUET, P., *op. cit.*, 2006, p. 42-43.

96 COOPER, L., «Aristotle on Astronomy, Biology, Geography, and the Heliocentric System», *CW* 21, 1927-1928, p. 132; JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, 126ss.



19. Medallón de Poros (HOLT, 2003).

de tan colosal creación (Cf. PLINIO, *NH* VIII 17.44). Aunque lo cierto es que no tenemos una datación clara que permita dar una fecha con rotundidad, Jaeger defendió que los estudios sobre zoología del Estagirita tuvieron que haber visto la luz durante las campañas de Alejandro, mientras que otros autores como Lee han sostenido que debieron redactarse antes del viaje del filósofo a la corte de Filipo II de Macedonia, es decir, durante su estancia en Aso y Mitilene. Para mayor complicación, se piensa que muchos pasajes de los libros VIII, IX y X, pueden ser espurios⁹⁷.

Dentro de la *Historia de los Animales*, las investigaciones del filósofo de Estagira sobre los elefantes merecen un tratamiento especial. Que los griegos conociesen la existencia de estos curiosos animales desde muy antiguo es demostrable por el nombre que se le dio al marfil desde época micénica, *elephas* (Elefante). Su procedencia se encontraría en el norte de África y Siria, donde su existencia está atestiguada. Sin embargo, no hay noticias de los paquidermos en nuestras fuentes en el siglo V. Heródoto no los menciona, y fuentes posteriores, como Pausanias (I 12) afirman que Homero conocía el marfil, pero no tenía noticias de la existencia del animal, y que Alejandro fue el primer rey europeo que los empleó. No hay evidencias firmes hasta los tiempos de Ctesias⁹⁸. ¿Procedería parte de la fama de Ctesias en haber sido el primer griego en describir un elefante? Ahora bien, la ausencia de evidencias nunca puede ser evidencia de carencias. De haber sido algo por completo desconocido al público griego, habría sido lógico que el elefante hubiese sido descrito por Ctesias con rasgos fabulosos propios de otros animales de la India, por ejemplo la marticora. Sin embargo, pese a todos sus errores, no hay nada que lo convierta en un ser mítico. Ni siquiera parece serlo en el relato de Platón (*Critias* 114e) sobre la Atlántida. Pero sí es cierto que se trataba de un animal que despertaba la curiosidad de los helenos como ningún otro. No sólo por sus características biológicas, sino también por sus enormes posibilidades bélicas. Una vez en Asia, Alejandro se hizo con un nutrido grupo de ellos al ser consciente de su utilidad militar (Q. CURCIO V 2.10; ARRIANO IV 22.6; V 3.5; 20.5; VI 2.2; 16.2; VII 3.6).

Se ha barajado como solución de compromiso el que fuese Calístenes quien mandase algunos

97 SOLMSEN, F., «The fishes of Lesbos and their alleged significance for the development of Aristotle», *Hermes* 106, 1978, p. 467-484.

98 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 188.

de los paquidermos que cayeron en las manos de los macedonios tras la batalla de Gaugamela⁹⁹, pero Simplicio por otro lado nos dice que Calístenes no le enviaba a su tío las observaciones que le había prometido¹⁰⁰.

No obstante, de ser esto cierto, sería de esperar que Aristóteles reflejase en sus escritos algunas de las nuevas especies que habían sido descubiertas por los macedonios, pero este no es el caso¹⁰¹. Recientemente Romm ha demostrado que gran parte del conocimiento que el filósofo tiene sobre los elefantes se debe a los escritos de Ctesias y ha negado la posibilidad de que Aristóteles pudiese haber realizado la disección de un elefante asiático, pues desconocía la diferencia entre éste y el africano¹⁰². Podría pensarse que describió realmente un elefante africano, pero al especificar que eran empleados con fines bélicos (Cf. ARISTÓTELES, *Historia de los animales* 610a) debe de excluirse esta posibilidad, pues hasta los tiempos de Ptolomeo II no comenzaron a explotarse a los paquidermos africanos con fines militares. En cambio, Ctesias había dicho que podían derribar murallas¹⁰³. Los pocos fragmentos donde Aristóteles parece coincidir con los historiadores de Alejandro se deben simplemente a que comparten una fuente, que no es otra que el historiador de Cnido. En esos textos se observa como Aristóteles estaba enterado de las teorías de Ctesias sobre el elefante (*Historia de los animales* 523a; 736a).

Ctesias también debe de ser la fuente del Estagirita, aunque no lo cite directamente, cuando dice, como el médico de Cnido (FOCIO, *Biblioteca* 7), que eran utilizados para derribar murallas y para capturar a los de su misma especie (*Historia de los animales* 610a). Megástenes y otros historiadores de Alejandro también dicen que los indios utilizaban elefantes domesticados y cuerdas para capturar a los salvajes. Como es cronológicamente imposible que Aristóteles conociese la obra de Megástenes, y este último no cita los escritos del filósofo, es lógico suponer que compartían fuentes de información. Megástenes se inspiró en el libro de Onesícrito de Astipalea, quien a su vez conocía la monografía de Ctesias sobre la India. Luego Ctesias debe de haber sido la fuente común de Aristóteles, Onesícrito y Megástenes.

En otra parte de la *Historia de los animales* (606a), Aristóteles muestra su desconfianza hacia Ctesias, pero aún así tiene que recurrir a éste cuando describe la fauna de la India. ¿Por qué iba un autor a emplear una fuente por la que siente una abierta desconfianza? La respuesta es sencilla, no tiene otra fuente de la que pueda valerse.

El único texto de la *Historia de los Animales* donde podríamos vislumbrar algún indicio sobre el empleo de Aristóteles de una fuente distinta para hablar del elefante, es aquella donde utiliza medidas macedónicas para calcular cuánto come un elefante diariamente (ARISTÓ-

99 ARRIANO III 15.6. Cf. BIGWOOD, J. M., «Aristotle and the Elephant again», *AJPh* 114, 4, 1993, p. 548; KARTTUNEN, K., *op. cit.*, p. 188-189.

100 *FGrH* 124 T 3. Cf. SCHIFFER, S., «Aristotle à Athènes et Callisthène à Babylone», *REA* 38, 1936, p. 273-276; FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 175.

101 GOUKOWSKY, P., «Le roi Poros et son éléphant», *BCH* 96, 1972, p. 473-502; p. 476; BIGWOOD, J. M., *op. cit.*, p. 537-538.

102 ROMM, J. S., «Aristotle's elephant and the myth of Alexander's scientific patronage», *AJPh* 110, 1989, p. 566-575; p. 572-575. Cf. BIGWOOD, J. M., *op. cit.*, p. 550; SCULLARD, H. H., *The elephant in the greek and roman world*, Cambridge 1974, p. 52, piensa que pudo obtener sus conocimientos sobre este animal del médico griego Mnesiteo quien habría diseccionado a un elefante; VARA DONADO, J., *Introducción a la Historia de los animales*, Madrid, Akal 1990: «No hay nada que demuestre que Aristóteles ha utilizado para la elaboración de la *Historia de los Animales* observaciones personales, sino que todo favorece la idea de que nuestro autor se sirvió fundamentalmente de fuentes escritas o de informaciones de segunda mano» (p. 12).

103 FOCIO, *Biblioteca* 7; ELIANO XVII 29.

TELES, *Historia de los animales* VIII 596a). No tendría mucho sentido que un griego como Ctesias utilizase medidas macedónicas para esta cuestión. Tampoco lo tendría que las hubiese utilizado Calístenes, pues no era macedonio. Lo más probable es que nos encontremos ante una interpolación, pues el libro VIII junto con el IX son los libros que han sido considerados espurios por los investigadores, aunque las partes detectadas (603a-621b) no comprenderían este pasaje. Un añadido habría sido el medio empleado por la escuela peripatética para aumentar el prestigio de su fundador. Al escribir las cifras en lengua macedonia se le daba mayor veracidad a su testimonio, pues eran los macedonios quienes habían conquistado Asia. El hecho de que las cifras no correspondan con lo que realmente come un elefante da mayor valor a nuestra suposición¹⁰⁴, pues no concordarían con la información que se habría podido encontrar en un riguroso reportaje, como los que tradicionalmente se defiende que fueron enviados por Alejandro al Liceo (Cf. *Supra*. p. 111-112; *Infra*. p. 118). Más bien concuerda con las vivencias de un veterano macedonio, que a la vuelta de las campañas podía haber sido interrogado sobre la naturaleza de estos animales por los miembros del Liceo.

Otras noticias sobre la imposibilidad de este animal para doblar las rodillas, nadar¹⁰⁵ o su prolongado proceso de gestación, también llamaron la atención del filósofo¹⁰⁶.

Pero no fue el elefante la única criatura que despertó la curiosidad del Estagirita. En su *Historia de los animales* se recogen un total de 500 especies diferentes, de las cuales 120 son peces y 60 insectos. Entre ellas se encuentran las tradicionales criaturas pertenecientes a la mitología griega, como los centauros (ARISTÓTELES, *Anal.post.*, II 1.89b 32; *Des Reyes* 3, 461 b 20), la Esfinge (ARISTÓTELES, *Física* IV 1 208a 31), las harpías o pueblos fantásticos como los pigmeos (ARISTÓTELES, *Historia de los animales* 597a; *Generación de los animales* II 8, 749 a 4-6). Aristóteles habría escrito durante su juventud un tratado sobre estos seres ὑπὲρ τῶν μυθολογουμένων ζῴων. No obstante, hay dos animales, la marticora y el asno de la India que difícilmente pueden considerarse de otro modo que como animales fantásticos¹⁰⁷.

La marticora es otro animal presente en la obra de Ctesias, que no tiene necesariamente que ser identificado con el tigre (PAUSANIAS IX 21.4), pues como otras criaturas del imaginario griego parece haber sido formada de la unión de las distintas partes de otros animales (*Historia de los animales* 501a 25b). Sí es probable, en cambio, que el animal identificado por Aristóteles como el asno de la India tenga un modelo real, el rinoceronte, del cual surgiría posteriormente la leyenda del unicornio (*Historia de los animales* 499b). Las pequeñas serpientes venenosas indias son otro rasgo común entre Aristóteles y los historiadores de Alejandro, que también puede derivar de Ctesias de Cnido (*Historia de los animales* 607a). Resulta significativo que Aristóteles, como Teofrasto más tarde, pese a escribir *Historia* (investigación) no puedan aportar únicamente testimonios autópticos y se conformen con rellenar los vacíos de información con los datos dados por otros autores como Ctesias.

Una vez vistos los tratados biológicos, es necesario que pasemos a analizar los físicos que están centrados principalmente en las *Meteorológicas* y en *De Caelo*, unas obras que engloban ciencias tan diversas como la química, la sismología, la vulcanología, la geografía y la geología.

104 SCULLARD, H. H., *op. cit.*, p. 46.

105 Cf. Por el contrario Nearco (ESTRABÓN XV 1.43) dijo que eran buenos nadadores.

106 SCULLARD, H. H., *op. cit.*, p. 45.

107 La marticora y el asno de la India no serían criaturas sobrenaturales en opinión de LOUIS, P., «Monstres et monstruosités dans la biologie d'Aristote», en *Le Monde Grec: Hommages à Claire Préaux*, Bruselas 1975, p. 279.



20. Esquema cosmológico de Aristóteles.

El cosmos de Aristóteles es esférico y geocéntrico (fig. 20). La cuestión sobre la esfericidad de la tierra es abordada en *De Caelo*. La sombra proyectada durante los eclipses le sirve para sostener y defender la forma esférica de la tierra, y se burla de quienes la dibujan con forma circular (*Meteorológicas* 362b). También critica los cálculos de sus predecesores sobre el tamaño de la esfera terrestre al considerarlos demasiado pequeños, puesto que los cambios en la posición de las estrellas no son tan rápidos. Apoyándose en los viajes de los marinos griegos y en las estimaciones de autores anteriores, como Demócrito de Abdera y Eudoxo de Cnido, fijó el diámetro de la superficie terrestre en 400.000 estadios¹⁰⁸. Como ocurre con todos los autores griegos que estudiamos, se desconoce qué tipo de estadio pudo haber empleado para realizar sus mediciones¹⁰⁹, pero dependiendo de esto podríamos obtener una distancia de entre 60.000 y 80.000 km¹¹⁰. Las proporciones propuestas respecto a la longitud, de las Columnas de Hércules a la India, y a la anchura del mar Azov a Etiopía, habrían sido de 5:3¹¹¹. Los límites de la tierra habitada quedarían fijados en los polos, a causa del extremo calor y frío (*Meteorológicas* 362b).

Una de las teorías más interesantes del *corpus* aristotélico es aquella que localiza el lugar de nacimiento de los grandes ríos en las grandes montañas (*Meteorológicas* 350a). Semejante creencia es la que le hace errar al situar el nacimiento del Istro (Danubio) en los Pirineos¹¹². El filósofo no tiene ninguna duda sobre cuál era la montaña más alta del Asia, el Parnaso, nombre con el que identifica el Parapámiso (Himalaya), desde la cual surgirían los más importantes ríos del Asia (*Meteorológicas* 350a 20-30).

Es tentador imaginar a Aristóteles mostrando las principales cumbres del mundo y los ríos que de ellas nacían en un mapa del mundo a Alejandro Magno y sus compañeros macedonios

108 ARISTÓTELES, *De Caelo* 298a; Cf. D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002, p. 77.

109 El empleo de diferentes mediciones era una consecuencia más de la carencia de unidad política entre los griegos.

110 DILKE O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 28.

111 CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio*, τὸν πινάκων, Roma 2002, p. 202 y p. 214.

112 Cf. HERÓDOTO II 33, ya había dicho que el Istro nacía en los Pirineos.

(fig. 21), pero las opiniones del Estagirita sobre la cartografía no son muy abundantes¹¹³, aunque se dé por seguro que conoció y manejó el mapa de Eudoxo¹¹⁴. Sin embargo, no está claro que considerase las cartas geográficas como lo más idóneo para la formación de un futuro general¹¹⁵. El único rastro de un mapa, o que, al menos, pueda ser llamado así, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Se trata de un diagrama que recuerda mucho al esquema de Éforo de Cumas, puesto que se vale de los vientos para situar los puntos cardinales y coloca a Grecia en el centro del mismo.

Sin embargo, sí que es más explícito en lo que se refiere al *ges períodos*. En la *Retórica* (1360a) admite la utilidad de este género para los hombres de estado, ya que en ellos se pueden encontrar una multitud de referencias a las costumbres de otros pueblos. En la *Política* (1262a) los emplea para describir la comunidad de mujeres que practicaban los indígenas de la alta Libia.

A diferencia de los bematistas, los encargados de medir las distancias recorridas por el ejército de Alejandro, Aristóteles no veía como un todo continuo las cadenas montañosas que se extendían del Tauro al Cáucaso (ARRIANO V 5.3; *Índica* 2.1-3; 3.3-4). Consideraba el mayor de los ríos de Asia al Indo, mientras que más tarde se pensaría lo mismo del Ganges. Decía que uno de los brazos del Araxes¹¹⁶ era el Tanais, lo que más tarde ayudaría a que fuesen confundidos el Yaxartes con el Tanais (Cf. *Infra*. p. 141-142).

Consideraba que el Océano estaba muy cerca del Parnaso, a diferencia de Heródoto, que había hablado de unas tierras desérticas en esos lugares. Cuando pensamos en la búsqueda que hizo Alejandro del Océano debemos tener muy presente que, gracias a las enseñanzas de su maestro, creía que se encontraba muy cerca de la India y que, probablemente, no habría llevado tan lejos a sus tropas si hubiera tenido una idea real de las distancias que les separaban de su objetivo.

Pero, en cambio, Aristóteles sí que coincide con Heródoto al creer en la existencia de mares interiores (*Meteorológicas* 354 a 1-5). Ignoraba, de este modo, los resultados del viaje de Escílax de Carianda y explicaría por qué Nearco, quien posiblemente fue su alumno en Mieza, no lo mencionaba en su obra, pese a ser un autor conocido por el Estagirita. Cree en la comunicación entre el mar Rojo y las Columnas de Hércules por la presencia de elefantes en ambos continentes (*De Caelo* 298a 10-15). La fuente de información de Aristóteles pudo ser Platón, que había dicho que en la Atlántida existían estos animales. La única manera de que los elefantes habitasen en ambos mares era que el mar Rojo fuese un mar cerrado. Un razonamiento geográfico apoyado en elementos faunísticos será algo muy recurrente durante la expedición de los macedonios, como en la identificación del Nilo con Indo (Cf. *Infra*. p. 143-144).

Los terremotos son otro fenómeno que llamó la atención de Aristóteles (*Meteorológicas* 365b 25-30), quien consideraba que se producían por las masas de agua caliente que se infiltraban en

113 ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 362b 12-5: «Por ello hoy día se dibujan de manera absurda los mapas de la tierra: en efecto, dibujan la tierra habitable con forma circular; pero eso es imposible, tanto con arreglo a lo observable como con arreglo al razonamiento»; *Meteorológicas* 363a 25: «Es preciso seguir las consideraciones en torno a la dirección de los vientos con la ayuda del grabado».

114 JACOB, Ch., *op. cit.*, 125ss.

115 Lo propio de un buen general era la observación directa del terreno: Cf. PLUTARCO, *Filopemen* 4.9; POLIBIO IX 6, cree que entre los conocimientos de un buen general debían de encontrarse la geometría y la astrología, pero nada dice de la cartografía; TUCÍDIDES V 7.4.

116 Río identificado por BOLCHERT, P., *Aristoteles Erdkunde von Asien und Libyen*, Berlín 1908, p. 39, con el Yaxartes (Sir Daria); con el Oxos (Amu Daria) por GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre*, I, Nancy 1978, p. 346.



21. Aristóteles enseñando a Alejandro. Grabado del siglo XVII.

la superficie terrestre. Su razonamiento será aceptado por su sobrino Calístenes, mientras que otros geógrafos de Alejandro, como Aristóbulo, preferirían las teorías de Anaxímenes de Mileto. Aunque es posible que éste conociese su obra a través de Aristóteles.

El último apartado del pensamiento aristotélico del que trataremos es aquel en el que el maestro recomendaba a su alumno tratar a los asiáticos como plantas y a los griegos como hombres libres. En apariencia esta cuestión tendría únicamente relación con el pensamiento político griego, pero como las bases en las que se apoya el filósofo para argumentar la superioridad de los helenos frente a los bárbaros son de índole geográfica, es necesario tratarla aquí.

Es defendida por Badian¹¹⁷ la existencia de una evolución en el pensamiento del Estagirita, respecto a esta teoría. Así, habría pasado de una feroz repulsa contra lo asiático, a una ligera matización de su postura, que puede ser observada en el desarrollo que sufre esta creencia a lo largo de la *Política*. Al principio de esta obra leemos: «Entre los bárbaros la mujer y el esclavo ocupan el mismo rango. La causa de esto es que carecen de elemento gobernante por naturaleza. Así que su comunidad resulta de esclavo y esclava. Por eso dicen los poetas: <<Justo es que los griegos manden a los bárbaros>>, como si por naturaleza fuera lo mismo bárbaro y esclavo» (*Política* I 2.4, 1252b). Más adelante, Aristóteles hace una nueva distinción, «pues al ser los bárbaros por naturaleza de carácter más serviles que los griegos y los pueblos de Asia más que los de Europa, sufren el gobierno despótico sin ninguna irritación» (*Política* III 14.6, 1285a). Finalmente, concluye diciendo: «En efecto, los pueblos que habitan en lugares fríos y los de Europa están repletos de arrojo, pero más faltos de reflexión y técnica; por lo que viven con mayor libertad... Los de Asia, en cambio, son de espíritu más reflexivo y técnico, pero cobardes por lo que viven sometidos y esclavos» (*Política* VI 7.1, 1327b). Es, en cambio, el pueblo griego, el único que combina dichas cualidades al habitar en una zona geográfica intermedia¹¹⁸. Pese a concluir reafirmandose en la superioridad helena frente a los demás pueblos, Badian cree que existe un cambio entre el libro I al VI, pues su condena ya no es tan radical. El hecho de que

117 BADIAN, E., «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia* 7, 1958, p. 425-444 [*Alexander the Great. The main problems*, Ed. G. T. Griffith, Cambridge 1966, p. 287-306].

118 SORDI, M.; URSO, G., y DOGNINI, C., «L'Europa nel mondo greco e romano: geografia e valori», *Aevum* 73, 1999, p. 13.

no conozcamos con certeza cómo y cuándo se compuso la *Política*, da validez a esta hipótesis y nos hace suponer que este cambio pudiera haberse producido tras las conquistas de Alejandro, que como es sabido supusieron una ampliación en la concepción del mundo y del hombre que hasta ese momento se tenía¹¹⁹. Lo importante es que el alumno no compartió esta visión de la superioridad de la raza helénica apoyada en la diversidad climática del mundo. Quizás porque él mismo sabía lo que era ser considerado un bárbaro por personas que se decían superiores a su pueblo y que estuvieron sometidas a su espada.

TEOFRASTO (c. 371-287 a.C.)

En general, la obra de Teofrasto es en muchos aspectos la prolongación de los estudios de su maestro, hasta el punto de que puede decirse que hereda de él sus libros¹²⁰ y los mismos interrogantes: ¿Se hizo la obra de Teofrasto gracias a la contribución directa de Alejandro Magno? Hugo Bretzl apostó por esto hace más de un siglo¹²¹. En su opinión, Teofrasto no habría podido escribir sus estudios sobre botánica si los macedonios no hubiesen conquistado el Asia y enviado al Liceo los especímenes que se encontraban en su marcha. Esta teoría se alimenta de las mismas fuentes que sustentan la contribución de Alejandro Magno a la obra científica de Aristóteles, el pasaje de PLINIO (*N.H* VIII 17.44) y la visión idealizada que se tiene de ambos, alumno y discípulo, en la historiografía alemana (Cf. *Infra*. p. 125-126). No hay ningún pasaje que nos diga que Teofrasto utilizó información enviada por los macedonios a Aristóteles, y sin embargo, se trata de una verdad comúnmente aceptada por la historiografía moderna¹²². La teoría de Bretzl se sustentaba en una profunda diferencia de carácter científico entre la información de Teofrasto y la de los historiadores de Alejandro, pese a numerosos puntos comunes. Esto se explicaría por el manejo del alumno de Aristóteles de un informe con todos los datos conservados de la expedición. Ésta sería la razón por la que no cita a los historiadores de Alejandro¹²³.

Es cierto que el filósofo muy raramente cita a estos autores. Ahora bien, pese a que se cree que Calístenes debió de desempeñar un papel crucial en la llegada de especímenes al Liceo, al menos en la teoría de Hugo Bretzl, no es citado en ningún momento por Teofrasto en sus estudios sobre botánica¹²⁴, así como tampoco informe alguno o archivo recopilado por los macedonios. Claro que esto no excluye que emplease la obra del de Olinto, ya que, aunque es un hecho incuestionable que Teofrasto tiene una deuda con los trabajos de Aristóteles, este último nunca es citado en sus obras. Si bien es cierto que ninguno de los geógrafos de Alejandro es aludido

119 BADIAN, E., *op. cit.*, 441ss.

120 ESTRABÓN XIII 1.54; PLUTARCO, *Sila* 26.1; ATENEO I 3a-b; V 214 d-e; Cf. LÓPEZ FÉREZ, J. A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Cátedra 2000, p. 694-697; ROWE, C., «The Peripatos after Aristotle», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, p. 390.

121 BRETZL, H., *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903.

122 JAEGER, W., *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, Méjico, FCE 1993, p. 378-379; TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948, p. 428; BROWN, T. S., *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Ángeles 1949, p. 79-80; VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 267; BODSON, L., «Alexander the Great and the scientific exploration of the oriental part of his empire. An overview of the background, trends and results», *AncSoc* 22, 1991, p. 131; ALVAR, J., «Alejandro, explorador y hombre de ciencia», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 86; WIEMER, H.-U., *Alexander der Grosse*, Múnich, C.H. Beck 2005, p. 178.

123 Cf. BRETZL, H., *op. cit.*, p. 3-5.

124 Además, no hay que olvidar que compuso un trabajo en memoria de Calístenes del que no se sabe nada excepto el título. Cf. DIÓGENES LAERCIO V 44; CICERÓN, *Tusculanas* III 21.

en la *Historia de las Plantas*, sí que aparece uno de ellos, Andróstenes, en otros trabajos, para testimoniar la calidad del agua de la isla de Tilos¹²⁵ (Cf. *Orígenes de las plantas* II 5.5). Esta teoría del archivo descarta que Teofrasto hubiera podido valerse de los relatos orales de los soldados que volvían a Grecia¹²⁶. Tampoco debe olvidarse que si los geógrafos de Alejandro no se explayan más en sus descripciones botánicas es porque sus fragmentos se han conservado en las obras de otros autores, que no estaban muy interesados en el tema o que querían destacar la naturaleza fantástica de un espacio. No obstante, más datos no conllevan mayor veracidad; así podemos verlo al contrastar las informaciones sobre el Banyan o *Ficus Bengalensis*:

«En efecto, dicen que proyecta una sombra de unos dos estadios, y el grosor del tronco en algunos ejemplares es más de sesenta pasos, mientras que muchos otros miden cuarenta» (TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV 4.10).

«También Aristóbulo, a propósito del Acesines y de su confluencia con el Hiárotis, habla de esos árboles que tienen las ramas abatidas y de su grosor, afirmando que a la sombra de uno solo pueden echarse la siesta cincuenta jinetes; o cuatrocientos, según Onesícrato» (ESTRABÓN XV 1.21).

¿Qué es más científico una sombra de más de 300 metros (2 estadios) u otra que alberga a 50 jinetes? De igual modo cuando disiente de Onesícrato, que habló de la existencia del olivo y la vid en la India (ESTRABÓN XV 1.22), diciendo que sólo se dan en la montaña (*Historia de las plantas* IV 4.11), es más probable que siga a Aristóbulo antes que cualquier otra cosa, puesto que este último había dicho que en la India sólo llovía en la montaña. De igual modo, si hubiese contado con los trabajos de los bematistas, que como agrimensores deberían haber tenido que estar en ese hipotético archivo, no habría llamado a esta gran cadena montañosa Parnaso, como hacía su maestro, sino Cáucaso.

Un historiador de Alejandro o la comedia satírica sobre Hárpalo titulada *Agen* (ATENEIO XIII 595) pueden ser la fuente de la cual obtiene la información sobre los intentos de los macedonios de adaptar especies de regiones climáticas distintas a otros lugares. Anaxicrátides debe ser la fuente de Teofrasto (IX 4.4) cuando se refiere a quienes recorrieron el Golfo de los Héroeos (Suez).

Por el contrario, las regiones occidentales de la *oikoumene* no llaman tanto la atención de Teofrasto. Éstas habían dejado de ser una novedad, al contrario de lo que ocurría con Oriente. Apenas hay referencias a la Magna Grecia, y cuando aparecen tiene que recurrir a escritores antiguos. A excepción de pequeños pasajes de la *Historia de las Plantas* (IV 5.6) no se hace alusión alguna a otros pueblos. Aunque, según Plinio (III 57) habría tenido el honor de ser el primero entre los helenos que se interesó por el pueblo romano. Se trata de un pasaje que ha provocado auténticos ríos de tinta. Si interpretamos en sentido cronológico la secuencia de autores citados por Plinio (Teopompo, Clitarco y Teofrasto), significaría que Clitarco pudo ser utilizado por Teofrasto e incluso por Aristóbulo. El texto en cuestión del que hablaría Plinio sería *Historia de las plantas* V 8.1-2. Algunos autores han considerado que existiría un error en el texto, y no serían los *romaiouos*, sino los *phokaiouos* (focenses) a quienes se referiría Teofras-

125 Sobre este problema y otras posibles hipótesis relacionadas con las fuentes de información de Teofrasto Cf. AMIGUES, S., «La science aimable Théophraste», *CRAI* 4, 2001, p. 1657.

126 Cf. FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 177.

to, puesto que éstos fueron los fundadores de Alalia en Córcega¹²⁷. No es necesario llegar tan lejos, Heráclides Póntico ya había definido con anterioridad a Roma como una ciudad griega (PLUTARCO, *Camilo* 22.2), es incluso probable que sea la misma fuente que emplea Teofrasto.

En cualquier caso, habría que concluir que el conocimiento de la zona oriental de la *oikoumene* que tiene Teofrasto de Ereso es mucho mayor del que se desprende de la zona occidental. Pero esto no implica que existiese un archivo en Babilonia o que Alejandro hubiese participado activamente enviando especímenes al Liceo para que pudiesen ser estudiados (Cf. *Infra*. p. 126-128). Si hay una mayor información sobre Oriente es debido a la novedad que tenían estas tierras frente a las occidentales, a las mayores facilidades que daban a los viajeros para moverse por sus territorios tras las conquistas de los macedonios, y a que muchos autores escribieron sobre zonas, como la India o Arabia, que despertaban la curiosidad de los helenos. Occidente es peor conocido, simplemente, porque no hay autores contemporáneos que hayan escrito historias sobre estas regiones, por eso se ve forzado a recurrir a los presocráticos o a los poetas para sustentar sus juicios¹²⁸. Hasta un territorio relativamente bien conocido como Egipto, para el mundo griego, le obliga a recurrir a la autoridad de Homero¹²⁹. Por lo tanto, hay que concluir que la fuente principal de Teofrasto de Ereso fueron los libros de los geógrafos de Alejandro Magno y los relatos de los viajeros. No hay ningún pasaje en la *Historia de las Plantas* que sustente la teoría de Bretzl de una colaboración directa entre el Liceo y el estado mayor macedonio.

Sus estudios sobre botánica adquirirían gran prestigio entre los antiguos, pero mientras la ciencia griega obtenía avances en las matemáticas, la astronomía o la geografía, no volvería a producir destellos de la brillantez de la obra de Teofrasto.

DICEARCO (c. 355-285 a.C.)

Estrabón (I 1.1) sitúa a Dicearco¹³⁰ junto a Eudoxo, Éforo y Demócrito, es decir, en la segunda generación de filósofos responsables del avance del conocimiento geográfico. Entre las contribuciones de Dicearco a la geografía se encuentra su habilidad para medir la altura de las montañas¹³¹. Su obra más importante es la *Descripción de la tierra* (Γῆς περίοδος). En ella se creaba una nueva imagen del mundo, donde se aumentaban tanto la longitud como la latitud de la *oikoumene* en una nueva carta geográfica¹³². Es posible que esto se debiese a las conquistas de Alejandro, que habrían ensanchado el mundo conocido, pero también a que Dicearco simplemente

127 CHAPOT, V., «Romains? Ou Phocéens?», *REA* 42, 1940, p. 400-407; p. 406, considera que pudo existir una confusión entre Φοκαίους y Ρωμαίους.

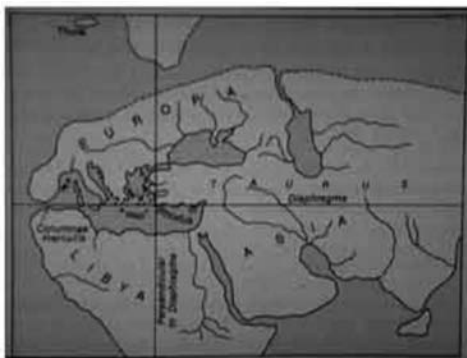
128 TEOFRASTO, *Orígenes de las plantas* I 7.1; I 12.5; 13.2; 21.5; 22.2 (Empedocles); *Historia de las plantas* III 1.4 (Anaxágoras); *Orígenes de las plantas* I 8.2; II 11.7; VI 1.2; 1.6; 6.1; 7.2; 17.11 (Demócrito).

129 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* III 1.3; IX 15.1; 7 (Homero).

130 MÜLLER, C., *GGM*, I, París 1855, p. 97-110; WEHRLI, F., «Dikaiarchos», *RE* XI, 1968, cols. 526-534; LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 608-609; ALONSO NUÑEZ, J. M., «Approaches to world history in the hellenistic period: Dicaearchus and Agatharchides», *Athenaeum* 85, 1, 1997, p. 53-67; KARAN-TASI, V. T., *La Geografía antigua*, Madrid 1997, p. 35; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 213-214; MIRHADY, D. C., *Dicaearchus of Messana: text, translation and discussion*, Nueva Jersey 2001, p. 1-142.

131 SUDA: «Μidió las montañas del Peloponeso»; PLINIO II 162.

132 AGATÉMERO I 2; CICERÓN, *Cartas a Ático* VI 2.3: «Peloponnesias civitates omnis maritimas esse nominis non nequam sed etiam tuo iudicio probati Dicaerchi tabulis credit». Cf. VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 54, niega que haya elementos sólidos que permitan certificar la existencia de un mapa.



22. Reconstrucción del mapa de Dicearco con el diáphragma.

corrígiase las proporciones que habían supuesto otros autores con anterioridad¹³³. Estrabón, (II 4.2) siguiendo a Polibio, criticó algunas de sus mediciones referentes a la distancia existente entre las Columnas de Hércules y el Peloponeso, achacándole haber subestimado la longitud del mundo habitado y exagerado su anchura¹³⁴.

La mayor contribución de Dicearco habría sido el trazado de una línea imaginaria (*diáphragma*), desde las Columnas de Hércules hasta el lugar donde Alejandro se detuvo, que habría dividido en dos la *oikoumene*. Siendo el punto más septentrional el círculo polar y el meridional la ciudad de Méroe, al sur de Egipto. Pero el *diáphragma*, a diferencia de en otros mapas, habría servido para delimitar y dividir la *oikoumene* (fig. 22):

«Dicearco delimita la tierra no con el agua, sino que la divide con una línea recta que va desde las Columnas de Hércules, atraviesa Cerdeña, Sicilia, Peloponeso, Caria, Licia, Panfilia, Cilicia y Tauro hasta las montañas del Imavo. Atribuye así los lugares del hemisferio boreal o del austral» (AGATÉMERO I 5).

Al parecer Dicearco tuvo que haber conocido la obra de Píteas (ESTRABÓN II 4.1), lo que explicaría cómo pudo tener un conocimiento mayor de la zona occidental de la *oikoumene* que Aristóteles, pese a no haber viajado allí; aunque no hay que olvidar que era natural de la Magna Grecia y que tenía acceso a más noticias que otros autores. La influencia de las campañas de los macedonios se refleja al considerar la cordillera del Tauro un todo continuo que llegaría hasta la India (ESTRABÓN II 1.2). Creencia que proviene de los bematistas de Alejandro.

En general, los trabajos de Dicearco muestran un avance en el conocimiento de la zona occidental del mundo y una mayor precisión en las distancias entre un punto y otro, pese a las críticas de Estrabón (II 4.2-3), gracias al *diáphragma*. Dicearco es un claro antecedente de la geografía de Eratóstenes, que un siglo después tomaría esta idea y la desarrollaría hasta sus límites¹³⁵.

133 ALONSO NUÑEZ, J. M., *op. cit.*: «the influence of Democritus can also be detected» (p. 16); GEUS, K.L., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 233.

134 Cf. BREMNER, R. W., *The Length of the Mediterranean from Dicaerchus to the Discoveries*, *Revista da Universidade de Coimbra* Vol. 34, 1988, p. 371-381; 373ss, señala que las mediciones de Dicearco pudieron ser tomadas de un mapa y que las cifras conservadas desprenden que dedujo que la circunferencia de la tierra era de 300.000 estadios.

135 PRONTERA, Fr., y JANNI, P., «I geografi e le conoscenze geografiche nel mondo antico», en *Cristoforo Colombo e l'apertura degli spazio*, Roma 1992: «L'idea di Dicearco rappresenta il primo passo verso un sistema di

CONCLUSIÓN

La Grecia de siglo V-IV a.C., o lo que viene a ser lo mismo, la Atenas clásica, tuvo, en apariencia, tras las Guerras Médicas todas las circunstancias a su favor para dejar de ser una sociedad cerrada y revisar profundamente su tradición. La democracia es, de hecho, la forma política por excelencia de una sociedad abierta, e independientemente de las teorías que expliquen su origen, económicas, ascenso de las clases medias, asunción de los valores de los *homoioi* (los iguales) por el pueblo, implica una popularización de la tradición. Al mismo tiempo, la sofística y su profundo cuestionamiento de qué es *phýsis* y qué es *nómos*, tendría que haber creado un caldo de cultivo más que apropiado para derribar los cimientos del viejo saber. Aún así, los mayores intentos por reformarla proceden de los filósofos, que son quienes recogen, más que ningún otro colectivo el envite que los sofistas lanzaron a la sociedad. La Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) cuestionó todo el edificio ideológico que había sustentado hasta ese momento a la sociedad griega. La proliferación de guerras y mercenarios tenía que haber mostrado a estos hombres, que viajaban más allá de sus *póleis*, otras formas posibles de construir una sociedad, y, por extensión, nuevas formas de entender el espacio.

Y, sin embargo, observamos cómo fuera de los grandes nombres propios del período (Sócrates, Platón, Aristóteles, etc.), no hay ningún intento de transformación social significativo en el seno de la ciudad estado. Es como si las propuestas realizadas por los intelectuales y reformadores griegos no hubiesen tenido ninguna repercusión en la *pólis*. El inmovilismo frente a los dictados del estado resulta más llamativo si tenemos en cuenta que en Grecia, al contrario que en otras culturas del mundo antiguo como la china, los intelectuales nunca dependieron por completo del gobierno de turno para lograr su manutención¹³⁶. Carentes de la legitimidad que provenía del Estado, tuvieron que encontrarla en su autopsia y en su experiencia para poder criticar y reformar la sociedad. Pero en el siglo IV se optó por la vía teórica antes que por la práctica. En cierto modo, esto es debido a los instrumentos que emplearon las élites para proteger el legado: la *asebeía*, el ostracismo y filomedismo.

La *asebeía* era una acusación de impiedad que repercutía sobre quienes amenazaban las instituciones religiosas de la *pólis* introduciendo nuevas deidades o cuestionando las existentes, puesto que la *asebeía* es «una ofensa contra los dioses y los espíritus, o contra el pasado, o contra los padres y la patria» (ARISTÓTELES, *De virtutibus et vitiis* VII 2). Muchos de los intelectuales griegos de época clásica sufrieron esta acusación, aunque en la mayoría de los casos encerrasen motivos políticos¹³⁷ (Anaxágoras, Sócrates, Aristóteles, Teofrasto o Demades).

El ostracismo fue un sistema empleado por las *póleis* griegas para evitar la reinstauración de la tiranía, un mecanismo formal en manos del pueblo ateniense para asegurarse el control del poder¹³⁸. Todo ciudadano, independientemente de su cuna y sus logros, podía ser desterrado

coordinate geografiche» (p. 4); HARLEY, J. B., y WOODWARD, D., *The History of Cartography: Cartography in prehistoric, ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, University of Chicago Press 1987, p. 152.

136 LLOYD, G. E. R., *Las aspiraciones de la curiosidad. La comprensión del mundo en la antigüedad*, Madrid, Siglo XXI 2008, p. 1-26, donde el autor contrapone los modelos historiográficos chino y heleno, concluyendo que el primero dependía por completo de la autoridad estatal.

137 BAUMAN, R. A., *Political trials in ancient Greece*, Nueva York, Routledge 1990: «*The charge of asebeia is always the instrument of a particular socio-economic group for the protection of Athenian society according to that group's definition of society*» (p. 126).

138 Cf. THOMSEN, R., *The origin of ostracism: A synthesis*, Copenhage 1972; FORSDYKE, S., *Exile, ostracism and democracy: the politics of expulsion in ancient Greece*, Princeton 2005, p. 282.

para asegurar la supervivencia del sistema político (Ejemplos: Hiparco, Temístocles, Aristides, Hipérbolo). Era un sistema político que se sustentaba en la tradición, por lo que cuestionarla era hacer lo propio con el estado. El que progresistas y conservadores dispusieran de la misma herramienta podía equilibrar la represión, pero siendo el pueblo quien tenía la última palabra, era más fácil que se identificase a los enemigos de la democracia con los de la tradición.

Toda cultura construye su identidad por oposición a los otros, los bárbaros (βάρβαροι). En el caso de los griegos, los bárbaros por excelencia eran los persas. Para protegerse de la antítesis del heleno se creó la acusación de filomedismo. No obstante, este cargo no se habría fundado si no hubiese existido un interés ambivalente por lo medo en la sociedad griega¹³⁹. Las biografías helenizadas de personajes persas como Ciro, revelan a la vez curiosidad por lo ajeno y la necesidad de traducirlas a sus parámetros mentales, ya fuese por incapacidad para entender los datos de otra forma o por temor a ser acusados de filomedismo.

La noción del bárbaro es, sin duda alguna, el gran impedimento para el desarrollo de la etnografía griega. Ningún autor, por diverso que fuese su pensamiento, consiguió escapar de esta lacra, como en la actualidad ningún intelectual puede hacerlo del nacionalismo. Al fin y al cabo el concepto de bárbaro se apoya en la exaltación de aquellos que no lo son. Resultaba igualmente difícil conocer otras culturas, como criticar la propia, más después de haberla exaltado por encima de las otras. La alteridad lleva implícita un fuerte etnocentrismo que niega todo lo que se le oponga.

El destino quiso que en estas circunstancias tan complejas la mente griega alcanzase uno de los hallazgos más importantes de la antigüedad, la esfericidad. El descubrimiento no adquiere las dimensiones revolucionarias que tiene, porque se niegan a renunciar al concepto de límites, *peirata*. De haber llevado a sus últimas consecuencias la esfericidad de la tierra, habría supuesto negar el concepto de centro/periferia, ahora más fortalecido que nunca con la llegada de los bárbaros; habrían tenido que negar la existencia del Océano y prácticamente toda la concepción geográfica instaurada por la tradición homérica. Irrumpe, por lo tanto, como un cambio, no como una ruptura, es una revolución frustrada y socialmente aceptada con el tiempo. Había que dar un gran impulso para romper con la tradición, pero las élites intelectuales del período no estaban preparadas para darlo. Comenzaban a descubrir que el hecho de que más personas participaran de la tradición implicaba tener que vencer el inmovilismo de más mentes. La progresiva imposición de la cultura escrita frente a la oral provocó, en un primer momento, la revisión de la tradición cuando estaba en manos de unas pocas personas, pero cuando la democracia provocó que se extendieran entre el pueblo unas bases elementales culturales para que pudieran participar en la misma¹⁴⁰, hizo que resultase mucho más difícil divergir de los criterios y costumbres comúnmente asumidos, puesto que ahora no sólo eran más los que conocían la tradición, sino que también las divergencias quedaban recogidas en una sociedad que era cada vez más literata y menos oral, y los instrumentos de la represión eran cada vez mayores, lo que aumentaba sustancialmente los peligros para los innovadores.

139 HALL, J. M., *Hellenicity: between ethnicity and culture*, Chicago 2002; GARCÍA SÁNCHEZ, M., «Los bárbaros y el Bárbaro: identidad griega y alteridad persa», *Faventia* 29 (1) 2007, p. 33-49; GARCÍA SÁNCHEZ, M., *Gran Rey de Persia: formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, Universitat de Barcelona 2009, p. 39-53, señala que el medismo provocó muchas veces un sentimiento contradictorio entre la simpatía o el desprecio.

140 Las leyes eran recogidas por escrito y expuestas ante la población para que todos pudieran conocer sus derechos. El propio ostracismo conllevaba que los ciudadanos supieran escribir correctamente el nombre del condenado. Cf. GOODY, J., y WATT, I., «Las consecuencias de la cultura escrita», en *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa 2003, p. 53.

Es en este contexto en el que surge la utopía, casi como si fuese una confesión del intelectual griego ante su imposibilidad por cambiar el mundo real.

La filosofía fue de entre todas las disciplinas la que más revitalizó la geografía y la que más combatió la tradición. La geografía matemática iniciada por Eudoxo fue la gran aportación de la época clásica a la helenística. Sin embargo, en lo referente a la etnografía, la contribución es siempre escasa independientemente del campo de estudio. Es curioso que la mayor aportación de la escuela del Liceo a la geografía sea el estudio del mundo animal y vegetal, como sintieran que todo estaba dicho sobre el espacio y el hombre. Aunque también es una forma de control. Categorizar y dar nombre a los elementos que componen la naturaleza y el mundo, es una de las maneras más fáciles y útiles de controlar la realidad, pero para realizar un inventario se tiene que tener la certeza de que el material del que se dispone es un exponente de casi la totalidad del objeto de trabajo. El mundo era cada vez más pequeño en las mentes de los griegos.

En este estado de cosas la religión y la geografía continuaron sin transformarse, mientras la sociedad lo hacía. Si la tragedia es el género por excelencia de la sociedad democrática ateniense, la comedia, sobre todo la de Menandro, es un claro indicador de que las inquietudes y los gustos del público ateniense han cambiado. El arte de Escopas y Praxíteles también representan un cambio frente Fidiás. Los instrumentos de represión y silencio (*asebeía*, ostracismo y filomedismo) son una prueba de que había voces dentro de las ciudades estado que exigían reformas. El caso más sintomático fue Platón, que intentó transformar toda su ciudad estado mediante la construcción de una sociedad ideal. Resulta llamativo que Platón expulse de la misma a Homero y no se conforme con atacarlo intelectualmente de manera más categórica, como si supiera que no puede ser vencido. En sí mismo este acto es una confesión de un miembro de las élites, ante su imposibilidad para superar o adecuar la tradición que ha heredado a las exigencias de su tiempo. La expulsión del máximo representante de la tradición pone de manifiesto el querer y no poder que experimenta el corazón de Platón. Él mismo recupera medidas propias de la sociedad que combatía como la imposición de la *homodoxía* (doctrina común) y la creación de instituciones represoras (Consejo Nocturno; *Sophronisterion*) que eliminen a las personas que disientan, en pos de la cohesión social.

La tradición y la ciencia evolucionan en este enfrentamiento entre comunidad e individuo, siendo incapaces de llenar el vacío dogmático que exigen las realidades sociales. Ante esto, legisladores y reformadores optan por la *homónoia* (concordia), anteponiéndola a cualquier intento de reforma o transformación que recuerde a las violentas luchas sociales del siglo V¹⁴¹. La *patrios demokrateia* («la democracia de los mayores») de los conservadores o la *República* (*Politeía*) de Platón no son más que soluciones de compromiso que posponen hacer frente al problema. Al igual que Platón, con Homero lo único que hacen es expulsarlo. El resultado será que la sociedad seguirá cambiando a un ritmo mayor que la tradición, provocando un distanciamiento insalvable entre el hombre y los medios de los que dispone para hacer frente a los problemas de su existencia. Cuando Alejandro de Macedonia conquiste el Imperio Persa, lo único que hará será extenderlo.

141 Cf. MOSSE, Cl., «El pensamiento político frente a la crisis de la polis», en *El mundo griego y el oriente. II. El siglo IV y la época helenística*, Madrid, Akal 1998, 171ss.

5. GEÓGRAFOS Y GEOGRAFÍA EN EL IMPERIALISMO MACEDONIO: AUTOPSIA VS TRADICIÓN

«Que Alejandro se contente con llevar sus conquistas hasta allí donde el mundo se contenta con tener luz. Dentro de los límites de estas tierras Hércules se hizo merecedor del cielo. El mar permanece inmóvil y cual masa inerte de la naturaleza parece desvanecerse en sus confines; hay formas desconocidas y espantosas, monstruos enormes incluso para el Océano, a los cuales alimenta esta vasta inmensidad; la luz queda velada por una densa niebla y el día se ve interrumpido por las tinieblas; el mar mismo es pesado y fijo, y no hay estrellas o son desconocidas. El mundo es tuyo, Alejandro. Al final de todo, el Océano; al final del Océano, nada» (SÉNECA, Suasoria 1).

«...experiencias propias de la expedición de Alejandro: tormentas, sequías, ríos profundos, cimas sin aves, espectáculos prodigiosos de fieras, formas salvajes de vida, cambios de poderes y dobles traiciones» (PLUTARCO, Moralia 327C).

Una de las mayores paradojas existentes en la historiografía moderna que investiga la geografía griega, y la antigua en general, es considerar la expedición de Alejandro de Macedonia como vital para la ampliación del conocimiento del mundo¹ y, al mismo tiempo, pensar que los historiadores que le acompañaron se limitaron a seguir la tradición en sus obras². Si la innovación no está presente en los hombres que escribieron sobre las nuevas tierras ¿dónde debe buscarse? La paradoja se hace todavía mayor cuando leemos que Alejandro Magno fue el explorador

1 D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002, p. 88; ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005, p. 55; GUZMÁN, C., y PÉREZ MOLINA, M. P., «Alejandro Magno: asuntos científicos», en *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 803-816; p. 803.

2 PÉDECH, P., «Le paysage dans les historiens d'Alexandre», *QS* 3, 1977, p. 119-131; BUNBURY, E. H., *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, I, Nueva York, 1879, p. 574; PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960, p. 13; ALBADALEJO VIVERO, M., *op. cit.*, p. 56.

responsable de dicha revolución³, pese a no haber escrito nada en su vida. Las enseñanzas de Aristóteles habrían sido las responsables de que el joven macedonio tuviese dicha inclinación por la ciencia⁴. No obstante, la ascendencia de Aristóteles sobre el más célebre de sus alumnos ha sido ampliamente sobrevalorada por una parte de la historiografía moderna, especialmente la alemana. Para estos autores vincular al maestro que conquistó el mundo del espíritu y al discípulo que sometió al gigante persa es una tentación demasiado grande⁵.

En sí mismo Alejandro fue una contradicción como viajero y como geógrafo, pues al contrario que otros griegos, como Odiseo, ni extraña su hogar ni desea volver a casa. Su naturaleza queda definida por su avance continuo, no busca el camino de regreso. De igual modo, su faceta como geógrafo está truncada, pues si el geógrafo se define por lo que ve, debe de recordarse que la contemplación de Alejandro quedó interrumpida por la rebelión de sus tropas. Es un geógrafo que ve mientras conquista, y puesto que no pudo conquistarlo todo, no pudo verlo todo. Siglos después sus admiradores intentaron resolver este contratiempo modificando el espacio o haciéndole traspasar las fronteras divinas y humanas⁶. Ahora bien, el deber de un historiador es escuchar los hechos y no los corazones: ¿Fue realmente Alejandro de Macedonia el responsable de algún avance en el conocimiento del espacio? Es una pregunta que es necesario plantearse, antes que darla por respondida.

ALEJANDRO GEÓGRAFO (356-323 a.C.)

Uno de los elementos que sustentan esta interpretación es un texto de Plinio el Viejo donde se dice que Alejandro encargó a Aristóteles la redacción de su *Historia de los animales* y que, además, enviaba las criaturas que encontraba a su maestro, lo que habría posibilitado que realizase la disección de un elefante:

3 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 263-264; BENOIST-MÉCHIN, J., *Alexandre le Grand ou le rêve dépassé*, Lausana 1964, p. 148; DILKE O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 59; BODSON, L., «Alexander the Great and the scientific exploration of the oriental part of his empire. An overview of the background, trends and results», *AncSoc* 22, 1991, p. 129; AERTS, W. J., «Alexander the Great and Ancient Travel Stories», en MARTELS, Z. von (ed.), *Travel Fact and Travel Fiction. Studies on Fiction, Literary Tradition, Scholarly Discovery and Observation in Travel Writing*, Leiden-Nueva York-Colonia 1994, p. 31; STARK, F., *La ruta de Alejandro*, Barcelona 2000, p. 21.

4 FULLER, J. F. C., *The generalship of Alexander the Great*, Londres 1958, p. 57; FOX, R. L., *Alexander the Great*, Londres 1973, p. 47; SCULLARD, H. H., *The elephant in the greek and roman world*, Cambridge 1974, p. 50; RITTI, T., «Las exploraciones geográficas», en BIANCHI BANDINELLI, R., (Ed.) *Historia y civilización de los griegos*, IX, Barcelona 1983, p. 164; FAURE, P., *Alexandre*, París 1985, p. 174; BOSWORTH, A. B., *Alejandro Magno*, Cambridge 1996, p. 27, muestra alguna duda al respecto; FISCHER-FABIAN, S., *Alexander: der Traum von Frieden der Völker*, Lübbe 1994, p. 44; CARATINI, R., *Alejandro Magno*, Barcelona 2000, p. 75; STONEMAN, R., *Alexander the Great*, Londres, Lancaster Pamphlets 1997, p. 14; GUZMÁN GUERRA, A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Alejandro Magno de la Historia al mito*, Madrid, Alianza 1997, p. 49-50; GEHRKE, H. J., *Alejandro Magno*, Madrid 2001, p. 25; ALVAR, J., «Alejandro, explorador y hombre de ciencia», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 84. Cf. THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 124, se muestra más escéptico sobre la contribución de Alejandro a la geografía.

5 HEGEL, W., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza 1989, p. 488; DROYSEN, J. G., *Alejandro Magno*, Méjico, FCE 1988, p. 64; WILAMOWITZ-MOELLENDORF, U. V., *Aristoteles und Athen*, I, Berlín 1883, p. 335-339; p. 337; JAEGER, W., *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, Méjico, FCE 1993, p. 141-145.

6 En la leyenda del Pseudo-Calístenes puede encontrarse a un joven Alejandro que movido por su curiosidad, cruza los cielos en un carro tirado por grifos (II 41) o se adentra en el océano en una urna de cristal (II 38).

«El rey Alejandro, inflamado con el deseo de conocer la naturaleza de los animales y dado el encargo a Aristóteles, primera autoridad en todas las ciencias, que la escribiese, mandó que le obedeciesen algunos millares de hombres por todas partes de Asia y Grecia. Así de los que vivían de pesca y caza de animales terrestres, ganados y colmenas; además de estanques de peces y jaulas de aves, de manera que de ningún caso se le escapara nada. Con estas investigaciones escribió aquellos excelentísimos cincuenta libros de animales» (PLINIO, NH VIII 17.44).

Aunque, curiosamente, en otra parte de su *Historia natural*, Plinio dice con rotundidad que los macedonios no dieron nombre a muchas de las nuevas especies de árboles que se encontraron⁷, (lo que entraría en contradicción con el análisis sistemático del que se nos hablaba con anterioridad), son muchos los historiadores que han dado crédito a este texto. El apoyo de Alejandro no habría sido solamente económico⁸, sino que además habría enviado a Aristóteles las especies más asombrosas que se encontró en sus viajes, lo que permitió al filósofo realizar la disección de un elefante indio (Cf. *Supra*. p. 111-112). Incluso la leyenda dice que habría mantenido un intercambio postal con su maestro, *Epistola Alexandri ad Aristotelem*, en el que le explicaba las distintas criaturas que poblaban la indómita India⁹. Pero, en realidad, no existen pruebas que sostengan una idea semejante, y no parece concebible que Alejandro continuara sus relaciones con su maestro mandándole en paquetes las especies más exóticas de la India tras su distanciamiento por la muerte de su sobrino, Calístenes¹⁰. Además, el hecho de que las únicas fuentes que defienden la ayuda de Alejandro al Estagirita estén cercanas a la leyenda de Alejandro resta todavía más credibilidad a esta afirmación¹¹, que sorprendentemente es apoyada por varios investigadores¹². Es más, en la actualidad son mayoría los expertos que piensan que la *Historia de los animales* vio la luz antes de la conquista de Asia, durante la estancia de Aristóteles en Asia Menor¹³, antes incluso de que llegase a Macedonia y conociese a su celeberrimo alumno.

Igualmente, entre la historiografía actual existe una idea muy extendida: la expedición alejandrina se hizo acompañar por un grupo de personas que recogían todos los datos de interés científico en un archivo¹⁴. Al parecer esto se produjo no sólo por deseo explícito del rey, sino que además se preocupó de encontrar tiempo para coordinar sus esfuerzos:

«Ni la declaración que hace Patrocles parece ser falsa, en la que cuenta que los hombres que acompañaron a Alejandro recogieron los detalles sobre la expedición

7 PLINIO, NH XII 25: «Genera arborum Macedones narravere maiore ex parte sine nominibus».

8 ATENEO IX 398e, mantiene que la *Historia Animalium* de Aristóteles fue financiada por Alejandro con 800 talentos, lo que es una verdadera exageración.

9 Cf. ROMM, J. S., «Alexander, biologist. Oriental monstrosities and the *Epistola Alexandri ad Aristotelem*», en *Postmodernism across the ages*, Syracuse University Press 1993: «We should nevertheless bear in mind that it was part of a much larger epistolary tradition focused on the scientific partnership of Alexander and Aristotle» (p. 39).

10 CHROUST, A. H., «Aristotle and Callisthenes of Olynthus», *CF* 20, 1966, p. 35. Cf. ROMM, J. S., «Aristotle's elephant and the myth of Alexander's scientific patronage», *AJPh* 110, 1989, p. 566-575, niega que Alejandro financiase las investigaciones de historia natural de Aristóteles.

11 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, 108ss.

12 Principalmente JAEGER, W., *op. cit.*, 1993, p. 378-379.

13 LEE, H. D. P., «Place-names and the Date of Aristotle's Biological Works», *CQ* 42, 1948, p. 61, destaca que la mayor parte de las descripciones autópticas de Aristóteles hacen referencia a su estancia en Aso y Mitilene; GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega. Vol.6 Introducción a Aristóteles*, Madrid, Gredos 1993, p. 43-44.

14 WIEMER, H.-U., *Alexander der Grosse*, Múnich, C.H.Beck 2005, p. 178.

deprisa y corriendo, pero que, en cambio, el propio Alejandro se mostraba muy preciso, dado que los autores mejor documentados habían escrito para él un informe sobre la totalidad del territorio; y afirma Patrocles que el informe le fue entregado después a él por Jenocles, el tesoro» (ESTRABON II 1.6).

Se le ha dado demasiada credibilidad a este texto de Estrabón¹⁵. En primer lugar ¿es fiable un autor que no acompañó en su viaje a Alejandro Magno hasta el extremo de hacernos suponer la existencia de algo, que nuestras demás fuentes no mencionan? ¿Por qué unos autores tan proliferos con todas las excelencias culturales de su mecenas se muestran tan silenciosos en una cuestión tan importante como sería la existencia de un archivo real y la participación personal del propio rey en su elaboración? Estrabón tiene que desmentir que la noticia fuese falsa, y su fe en ésta proviene seguramente del hecho que su fuente sea Patrocles. Un autor que se ganó la confianza del geógrafo de Amasia por compartir su opinión sobre el mar Caspio, es decir, que era un golfo del Océano.

Además, no debe ni sobredimensionarse ni exagerarse el contenido del archivo de Babilonia. Hay que tener presente que la obra de los bematistas no fue ajena a los mismos temas exóticos que los demás geógrafos del mundo antiguo (Cf. *Infra*. p. 129-130). No obstante, resulta difícil sostener que en el archivo de Babilonia pudiese guardarse toda la información que los macedonios recogieron en sus viajes, cuando sabemos que buena parte de la misma se quemó en el incendio de la tienda de Éumenes de Cardia (PLUTARCO, *Éumenes* 2.2-3).

En cierto modo, estas opiniones derivan de uno de esos extraños libros que por su calidad pueden seguir teniendo vigencia en nuestros días pese a ser centenarios, hablamos del *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903 de Hugo Bretzl. En esta obra se mantenía que los macedonios habían sido acompañados por un grupo de científicos que envió la información recogida durante el viaje a la escuela peripatética. Serían estos datos los que habrían permitido a Teofrasto escribir su *Historia de las plantas* (Cf. *Supra*. p. 118-119). Las ideas de Bretzl influyeron en Pfister¹⁶, quien llegó a defender la existencia de un archivo en Babilonia, donde toda la información recogida era depositada, y un segundo archivo en el Liceo.

En parte los historiadores del XIX y principios del XX tuvieron un ejemplo relativamente reciente a sus días en el que poder inspirarse, el cuerpo de científicos que había acompañado a Napoleón en Egipto. Si un conquistador se había hecho acompañar por sabios, ¿por qué no también el otro¹⁷? Nuestro punto de vista, es que no existió tal grupo de «científicos», al menos no dedicados exclusivamente a una tarea puramente intelectual. Su participación se debió a una variada serie de motivos que vamos a analizar a continuación.

En este grupo se encontraban ingenieros, médicos, poetas, historiadores y filósofos. Cada uno de los cuales desarrollaba un cometido concreto conforme los planes del rey. Pero de entre todos destaca un contingente conocido como los bematistas (PLINIO VI 61-62. Cf. PLINIO VI

15 ROMM, J. S., *op. cit.*, 1992, p. 97-99, cree que puede tratarse de un artificio para aumentar la credibilidad de su historia y diferenciarse de los otros autores, puesto que al derivar la información de Patrocles del archivo real, que había sido recogida con la participación de Alejandro, su historia es heredera del mismísimo macedonio; FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 174-175.

16 PFISTER, F., «Das Alexanderarchiv und die hellenistisch-römische Wissenschaft», *Historia* 10, 1961, p. 30-67.

17 RUESTRA RODRÍGUEZ, J. L., *La concepción geográfica de C. C. Tácito*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid 1985: «Se puede decir que sus campañas por el aporte y caudal de datos que suministrará a la ciencia griega, sobre todo en su campo geográfico, serán tan fructíferas, como las que, siglos más tarde con sus campañas en Egipto, realizará otro gran hombre que quiso emularle, en la creación de otro Imperio Universal; Napoleón Bonaparte» (p. 48).

44-4; ESTRABÓN XV 2.8). Todo ejército que se precie debe contar con un grupo de expertos que desempeñen las funciones propias de la logística militar. De esta tarea se habrían encargado los bematistas, que, como su nombre indica, eran los encargados de medir las distancias, en número de pasos, que el cuerpo principal del ejército recorría cada día¹⁸.

Diogneto¹⁹, Betón²⁰ y Filónides²¹ habrían sido los autores de una obra conjunta sobre las mediciones del imperio de Alejandro. No hay un título común para ésta, lo que ha sido considerado por algunos expertos como una evidencia de su carácter puramente científico. Estrabón cita la obra como Ἀστυατικοὶ Σταθμοὶ (XV 2.8) o Ἀναγραφή σταθμῶν (II 1.7; 1.8; XV 1.11), mientras que Ateneo (X 442b) lo titula Σταθμοὶ τῆς Ἀλεξάνδρου πορείας, de la que se habrían conservado algunos fragmentos en Plinio, Megástenes y Eratóstenes (ESTRABÓN XV 723), y en la que se debió haber registrado las distancias entre los distintos lugares del imperio macedonio. El que añadiesen en su informe datos sobre el clima, las fuentes de agua, los recursos alimenticios o costumbres locales son hipótesis razonables, pero no tenemos evidencias de que fuese así, puesto que no se ha conservado ningún ejemplo de ello en los textos, salvo en Amintas²² cuya presencia, como miembro de los bematistas, no es segura. Y aunque así fuese, no es necesario suponer que actuasen con una finalidad puramente científica: 1) Estas informaciones podían ser útiles para el abastecimiento de cuerpos de tropas que se movían en territorios poco conocidos²³. 2) Un conocimiento detallado del terreno significaba un dominio mayor del mismo, pues sabiendo cuáles eran las fuentes de riqueza de cada satrapía se tenía una idea más clara de los impuestos que se les podían imponer a sus súbditos o de los recursos de los que se disponían. Conquistar un territorio implicaba conocerlo. Resultando, por tanto, que la labor de los bematistas tenía, ante todo, una finalidad militar y administrativa.

Nos sorprende también que la obra de Diogneto y Betón se califique de informe puramente metrológico²⁴, cuando sabemos que contenían historias como las de los *opistodáctilos*, hombres

18 PEARSON, L., «The diary and the letters of Alexander the Great», *Historia* 3, 1954-5, p. 439-443; PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960, p. 261, opina que los bematistas eran simplemente exploradores y rastreadores con algún conocimiento básico de geografía; PÉDECH, P., «L'expédition d'Alexandre et la science grecque», en Μέγας Αλέξανδρος: 2300 χρόνια από τον θάνατον του, Tesalónica 1980, p. 152; FRASER, P. M., *Cities of Alexander the Great*, Oxford Clarendon Press 1996, p. 78; AUBERGER, J., *Les historiens d'Alexandre*, París, Les belles lettres 2001, 2ª edición 2005, p. 40-61; BATTISTINI, O., «Bématistes», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont 2004, p. 594. Cf. HESQUIO, βηματίζει.

19 BERVE, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, II, Múnich 1926, nº 271, p. 143. Cf. HIGINO, *Astronómica poética* II 30.

20 BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 198, p. 99-100. Cf. PLINIO VI 69.

21 No aparece como βηματιστής sino como ήμεροδρομός en una inscripción hallada en Olimpia (*Sylloge* III 303; *TOD GHI* 188) lo que se considera un sinónimo. Como equivalente deben entenderse también las palabras de PLINIO VI 61: «*itinerum mensores*». Es identificado también con un Filónides que habría medido las distancias entre Sición y Elis (PLINIO II 181); Chipre (PLINIO V 129) y con otro personaje del mismo nombre honrado por la liga aquea (SEG XIV 375). Cf. BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 800, p. 392; TZIFOPOULOS, I. Z., «Hemerodromoi» and Cretan «Dromeis»: athletes or military personnel? The case of the Cretan Philonides», *Nikephoros* 11, 1998, p. 137-170; CHANIOTIS, A., *War in the hellenistic world*, Oxford 2005, p. 48, quien lo relaciona con los célebres corredores de larga distancia cretenses.

22 Algunas fuentes hablan de un tal Amintas, que habría acompañado a Alejandro, como autor de los *Stathmoi* (ELIANO V 14; XVII 17; ATENEO II 67a; XI 500 d; XII 529 c), no obstante, no suele ser incluido entre los miembros de los bematistas. Cf. BERVE, H., *op. cit.*, I Múnich 1926, p. 51.

23 ENGELS, D. W., «Alexander's intelligence system», *CQ* 30, 1980, p. 328.

24 BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 198, p. 99.

salvajes que tenían los pies del revés y que morían si respiraban otro aire que no fuese el suyo (PLINIO VII 11).

Nuestro desconcierto aumenta cuando comprobamos que Megástenes contó una historia similar²⁵. La pregunta que surge entonces en nuestras mentes es: ¿Megástenes utilizó a los bematistas o fueron Diogneto y Betón quienes leyeron la obra del embajador seléucida? Si se adopta la primera posibilidad, Eratóstenes podría no haber usado directamente a Betón y Diogneto, sino a través de Megástenes. En el caso de que se aceptase la segunda, significaría que su obra debe datarse durante las guerras de los diádocos y, por lo tanto, las distancias habrían estado sometidas a las mismas manipulaciones y distorsiones que circularon en este período y al mismo amor por detalles fabulosos y ficticios, como prueba la historia de los *opistodáctilos*.

Otros integrantes de la expedición como médicos, ingenieros, artilleros, filósofos, poetas, habrían desempeñado distintos roles en la corte del macedonio, como sanadores, inteligencia militar o como propagadores de la nueva política religiosa de su rey²⁶. No hay que olvidar que la presencia de estos intelectuales habría ayudado a reforzar la imagen de Alejandro como campeón del helenismo²⁷.

En la misma línea podemos encontrarnos a un rey que actúa en ocasiones más por impulsos que por reflexión, como los primitivos héroes de la *Ilíada*. Es lo que ocurre con el conocido *póthos*²⁸ de Alejandro. Al igual que a los antiguos héroes, cuando fuerzas divinas se apoderaban de ellos nublándoles momentáneamente la razón, Alejandro se veía empujado a realizar acciones repentinas que llamaban poderosamente la atención de sus contemporáneos: siente deseos irrefrenables de ver el Danubio (ARRIANO I 3.6), de visitar Gordión (ARRIANO II 3.1), de fundar Alejandría (ARRIANO III 1.5), de tomar la Roca de Aornos (ARRIANO IV 28.4), de llegar al monte Meros (ARRIANO V 2.5), de navegar por los ríos Tigris y Éufrates (ARRIANO VII 1.1), de entrevistarse con los gimnosofistas (ARRIANO VII 2.2), de ver el mar (ARRIANO VII 16.2) y de bordear la franja costera que va desde la desembocadura del Indo hasta el Golfo Pérsico (ARRIANO, *Índica* 20.1).

Sin embargo, en muchos de estos episodios, puede encontrarse otra explicación además del deseo irracional de un explorador: El cruce del Danubio estuvo relacionado con la necesidad de asegurar la frontera norte antes de invadir Asia y de realizar sacrificios a Heracles²⁹. El nudo

25 Cf. PLINIO VII 22; AULO GELIO IX 4.6.

26 Cf. MOLINA MARÍN, A. I., *Geógrafos y geografía en la empresa de Alejandro Magno*, Murcia 2007, p. 445-448.

27 FLOWER, M. A., «Alexander and Panhellenism», en *Alexander the Great in fact and fiction*, Oxford 2000, p. 96-135; ROISMAN, J., «Honor in Alexander's campaign», en *Brill's companion to Alexander the Great*, Brill 2003, p. 279-321.

28 Una excelente introducción sobre el *póthos* puede consultarse en SEIBERT, J., *Alexander der Grosse*, Darmstadt 1972, p. 183-186 y p. 299-300 y en la introducción del I volumen de la *Anábasis* de Arriano, Madrid, Gredos 1982, p. 58-61. Son clásicos los estudios de EHRENBERG, V., «Pothos», en *Alexander and the Greeks*, II, Basil Blackwell 1938, p. 52-61; MÉAUTIS, G., «Recherches sur l' époque d' Alexandre», *REA* 44, 1942, p. 300-308; CASTIGLIONI, L., «Decisa Forficibus VII: XLIII», *RIL* 83, 1950, p. 41-45; MONTGOMERY, H., *Gedanke und Tat. Zur Erzählungstechnik bei Herodot, Thukydides, Xenophon und Arrian*, Estocolmo 1965, p. 162-233; GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d' Alexandre (336-270av. J.C.)*. I. *Les origines politiques*, Nancy 1978, p. 173-174; GUZMÁN GUERRA, A., «El Póthos de Alejandro y el diccionario griego-español», en *ATHLON. Saturata Grammatica In Honorem Francisci R. Adrados*, Madrid, Gredos 1984, p. 199-204.

29 BOSWORTH, A. B., *A historical commentary on Arrian's history of Alexander. Vol I: Commentary on books I-III*, Oxford Clarendon Press 1980, p. 57.

gordiano se explica a partir de la leyenda del rey Midas que tenía gran importancia en Macedonia³⁰. El oráculo de Siwah fue el cenit en la deificación de Alejandro³¹. La expedición en busca de las fuentes del Nilo pudo ser en realidad una campaña militar para asegurar la frontera con Nubia³². La invasión de la India y la toma de la Roca Aornos se deben a su emulación de Diónisos y Hércules³³. Las exploraciones que se emprendieron poco antes de su muerte, tenían como objetivo último obtener información para las futuras conquistas de Arabia y el Caspio (Cf. *Infra*. p. 158-159).

Por último, encontramos en nuestras fuentes algunos casos, como el de las fuentes del Nilo, en los que el propio Alejandro Magno aparece cuestionándose algunos de los problemas geográficos que más intrigaron a los griegos (ARRIANO VI 1.2-3; ESTRABÓN XV 1.25). La cuestión es tratada por Arriano y Estrabón, cuya fuente común es Nearco. Llama poderosamente la atención el hecho de que ambos autores digan que Alejandro llegó, personalmente, a la conclusión de que el Nilo y el Indo eran el mismo río, simplemente a partir de las similitudes que presentaban en su diversidad biológica³⁴, «las habas»³⁵ y en su desembocadura³⁶. Resulta llamativo que un alumno de Aristóteles tuviese que devanarse la sesera para concebir algo que su maestro le podría haber dicho (Cf. ARISTÓTELES, *fr.* 248). Es muy probable que Nearco hubiese querido adornar su narración, presentando al rey como el descubridor de este dato.

Pero volvemos a encontrarnos ante una situación idéntica cuando los macedonios se preguntan si el mar Caspio era un mar interior o un golfo del océano³⁷. Hay una diferencia entre esta historia y la anterior, pues se especifica que Alejandro se hizo acompañar «de lo más selecto de sus fuerzas» (τῆς ἀκραισιότατης δυνάμεως), lo que indica que entre los soldados también debía de encontrarse la cúpula del ejército. No es, por tanto, una mera curiosidad del monarca, sino una cuestión de estado. ¿Y cómo podía ser una decisión política el saber si el Caspio era un golfo o un mar interior? El rey macedonio era el general de sus tropas y, en consecuencia, tenía la última palabra sobre la ruta y la orografía de las tierras donde se adentraban, por lo que es natural que aparezca en la discusión sobre el Nilo o el Caspio.

El papel de Alejandro como conductor de hombres queda reflejado en este texto, donde sus hombres temen que no podrán regresar si el macedonio muere por sus heridas:

30 FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Midas and the oracle at Gordium», *CPh* 56, 1961, p. 160-168.

31 EDMUNDS, L., «The religiosity of Alexander», *GRBS* 12, 1971, p. 363-391; p. 379; BOSWORTH, A. B., «Alexander and Ammon», en *Greece and the Eastern Mediterranean Ancient in History and Prehistory* (studies presented to Fritz Schachermeyr), ed. K. Kinzl, Berlín 1977, p. 67; FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Zeus Ammon and the conquest of Asia», *TAPA* 121, 1991, p. 199-214; p. 205-206.

32 BURSTEIN, S. M., «Alexander, Callisthenes and the sources the Nile», *GRBS* 17, 1976, p. 144.

33 BOSWORTH, A. B., *Alexander and the East. The tragedy of triumph*, Oxford 1996, 98ss.

34 Escílax de Carianda había dicho con anterioridad que el Nilo era el único río en el que habitaban los cocodrilos (HERÓDOTO IV 44). Sobre el conocimiento de Escílax por los geógrafos de Alejandro. Cf. *Supra*. p. 87-88.

35 Lo que las fuentes llaman habas es la flor de loto, una planta que los griegos consideraban autóctona del Nilo, pero que en realidad fue importada por los persas de la India. Cf. BOSWORTH, A. B., «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi: Orient-Occident* 3, 1993, p. 414-415. El loto ya había sido descrito por HERÓDOTO II 92.

36 Las fuentes comparan frecuentemente el delta del Indo con el del Nilo: ESTRABÓN XV 1.13; XV 1.33.

37 PLUTARCO, *Alex* 44.1-3. Cf. GONZÁLEZ PONCE, F. J., «(Alex, 44,1) como error en el conocimiento geográfico de Plutarco», en *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas: actas del III Simposio Internacional sobre Plutarco*, Oviedo 1994, p. 671-680. Defiende que este error se debería a la aceptación de la opinión tradicional vigente en su época como reflejo de la concepción hodológica del espacio, es decir, una concepción unidimensional, en la cual el espacio es una simple línea que une dos puntos, el de partida y el de llegada.

«Veían como cosa incierta el regreso a casa sanos y salvos, rodeados como se hallaban ahora por tantos pueblos belicosos que les cerraban el paso, de los cuales, unos aún no les estaban sometidos, es más parecían estar dispuestos a luchar bravamente por defender su libertad; y otros, a buen seguro, en seguida se sublevarían, al desaparecer con Alejandro el miedo que éste provocaba en ellos. Aún más, creían que se hallaban ahora en medio de ríos infranqueables, y en suma, sin Alejandro todo se les hacía dificultades insolubles e irremediables» (ARRIANO VI 12.2).

Alejandro era el guía de su pueblo, tarea que le correspondía en su faceta de rey y general, y, en consecuencia, también era el encargado de conocer el espacio por el que debía conducir a sus hombres³⁸. Pero esto no implica que tenga que ser comparado con un explorador, ni mucho menos con un geógrafo como defienden algunos investigadores. Y si tuvo que interrogarse por algunas cuestiones geográficas fue debido a la estrecha relación existente entre el expansionismo bélico y el conocimiento del espacio. Una realidad, que por el principio de la autopsia, convertía a cualquier general preocupado por conocer el terreno donde se movían sus tropas en un verdadero experto frente al geógrafo de gabinete.

LOS GEÓGRAFOS DE ALEJANDRO

Bajo esta denominación agrupamos a los hombres que escribieron sobre los acontecimientos de la campaña asiática y que, probablemente, conocieron directamente al conquistador macedonio: Calístenes, Onesicrito, Nearco, Ptolomeo, Cares de Mitilene, Efipo de Olinto, Clitarco, Aristóbulo, Policlito, Megástenes o Jerónimo de Cardia. A excepción de Calístenes, ninguno de los historiadores de Alejandro recibió el encargo de escribir una historia oficial de la campaña. La razón se encuentra en que no eran hombres versados en las letras. Pero, entonces ¿por qué comenzaron a escribir, tantos y tantos relatos en tan pocos años? No hay una única razón. La epopeya alejandrina abrió nuevos horizontes a los griegos, y por primera vez las provincias orientales del Imperio Persa eran vistas por los ojos de los occidentales. Se trataba de tierras como la India, Arabia o Etiopía que siempre habían despertado una gran pasión en los corazones de los helenos. Ahora tenían la oportunidad de escuchar los relatos de hombres que habían estado allí. No hay que olvidar que el ser testigo ocular de los acontecimientos era lo que realmente acreditaba a un historiador para escribir sobre algo, antes que su propia habilidad con la pluma. No obstante, el ver y el saber en griego antiguo son un mismo verbo³⁹. La «autopsia» era el principio de autoridad por excelencia y todavía sigue pesando mucho en la historiografía moderna.

Concedores de la curiosidad que despertaban las tierras a las que habían llegado, pudieron haberse envalentonado a hacer sus primeros pinitos literarios. Pero la expedición de los macedonios no fue solamente diferente del resto por haber llegado a tierras inexploradas. Los griegos eran conscientes de estar viviendo tiempos nuevos. No hay fuentes que reflejen qué impresión les causó la destrucción del imperio aqueménida por Alejandro Magno, pero no pudo ser muy diferente al asombro que todavía sigue despertando en nosotros⁴⁰. Una evidencia es que trans-

38 JACOB, Ch., «Alexandre et la maîtrise de l'espace. L'art du voyage dans l'Anabase d'Arrien», *QS* 34, 1991, p. 5-40; ha expuesto muy convincentemente esta faceta de Alejandro como conductor de hombres.

39 VERNANT, J-P., *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1991, p. 22.

40 Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 164, nos muestra su sorpresa por la victoria sobre Darío o porque: «Alejandro se había desplazado casi más allá de la Osa y de toda tierra habitada».

curridos casi 2400 años se discutan aún los detalles de la conquista. Estos escritores noveles habrían querido por una parte hablar de la figura de su rey con el que compartieron diversos grados de familiaridad y, además, mostrar su papel en la consecución de la empresa. Era una manera de cubrirse de gloria entre sus compatriotas.

Otro motivo que apuntamos se encuentra en la propia naturaleza del mundo helenístico. Muerto el conquistador y finalizadas las primeras guerras entre los diádocos se establecieron nuevos estados, cuyos gobernantes tomaron la corona tras la muerte de Alejandro IV (309 a.C.). Carentes de legitimidad, dependían en buena medida de sus éxitos militares y del apoyo de sus tropas. Los nuevos monarcas paliaron sus escasos derechos al trono de dos maneras, la primera fue una participación activa en las batallas, la segunda la propaganda, que fue un instrumento de enorme valor para acrecentar los derechos sucesorios de los generales y menoscabar los de sus rivales. Alejandro les había mostrado en vida cuán útil podía resultar rodearse de hombres de letras. El controlar la opinión pública podía ser sumamente provechoso si se quería minar la autoridad de generales demasiado poderosos (Parmenión), presentar a sus enemigos como cobardes (Darío) o justificar injustificables asesinatos (Clito). Reyes como Ptolomeo emplearon con éxito la propaganda para asentar su poder aumentando sus lazos con la casa real macedonia⁴¹. Otros como Seleuco (APIANO, *Sobre Siria* 56) o Lisímaco (JUSTINO XV 4.2-7) se hicieron coronar por el propio Alejandro. También se empleó para acusarse mutuamente de haber envenenado al rey. La inesperada muerte del monarca levantó de inmediato sospechas sobre su causa⁴².

Otra peculiaridad, que ya hemos apuntado, fue que no se trataba de «profesionales», es decir que si los comparamos con Calístenes, eran por completo ajenos a estas lides. Esto es relativamente cierto, Aristóbulo era un «ingeniero», Nearco un «navegante», Onesícrito un «timonel», Ptolomeo un «militar» y Megástenes un «embajador». No obstante, el que una persona que no entrase dentro de la definición de intelectual puro escribiese sobre los acontecimientos de los que había sido testigo, no solamente no era raro, sino que era lo normal en el mundo antiguo. Tucídides era un «militar», y está considerado como uno de los historiadores más grandes de todos los tiempos. Reducir nuestras fuentes a un rol o un mero oficio es un craso error. Era muy común en el mundo antiguo, y sobre todo en época helenística, que un mismo personaje desempeñase distintas funciones a lo largo de su existencia: el mercenario que llegaba a viejo se convertía en granjero, algunos reyes como los de Esparta podían luchar eventualmente como mercenarios, los esclavos encabezar rebeliones (Andrisko) o los sabios luchar en los asedios de las ciudades (Arquímedes). El que Nearco sea recordado por su periplo o Aristóbulo por haberse encargado de la reconstrucción de la tumba de Ciro, tiene una razón muy simple, que ellos querían que se les recordase por ese motivo. De igual modo, Ptolomeo en su historia no destacó sus cualidades como faraón, sino como soldado (Cf. ARRIANO IV 24.3-4). Lo cierto es que nos enfrentamos a personajes muy complejos, con muchas apariencias. Por consiguiente, no debemos infravalorar los conocimientos de nuestras fuentes ni sobreestimarlos al dotarlos de cierta veracidad propia de quienes están relacionados con los oficios que actualmente se consideran más próximos a las ciencias exactas y, por lo tanto, más veraces.

41 Cf. COLLINS, N. I., «The Various Fathers of Ptolemy I», *Mnemosyne* 50, 1997, p. 436-476.

42 BOSWORTH, A. B., «The death of Alexander the Great. Rumour and propaganda», *CQ* 21, 1971, p. 112-136; quien considera que pudo ser envenenado; Cf. ENGELS, D. W., «A note on Alexander's death», *CPh* 73, 1978, p. 224-228, defiende muerte por malaria, enfermedad que Alejandro ya habría sufrido en Cilicia en Septiembre de 333 a.C., (p. 225) y que es habitual en recién llegados a regiones endémicas de esta enfermedad y en individuos castigados por la malnutrición, excesivo calor, fatiga o alcoholismo (p. 227).

Podría creerse, también, que estos autores no encajarían en un estudio de la geografía griega, pero una idea como ésta es errónea en el momento que se decide deslindar la geografía de las otras áreas del conocimiento (Cf. *Supra*. p. 18-32). Como hemos visto, un literato como Cicerón podía discutir con su amigo Ático sobre la conveniencia de escribir un tratado de geografía, porque creía que era lo propio de alguien como él⁴³. Un «geógrafo» como Estrabón no fue ajeno a las obras «históricas»⁴⁴. En otras palabras, como se viene diciendo recientemente, la geografía en la antigüedad no estaba desligada de la literatura⁴⁵. Esto implicaba, en muchas ocasiones, que se debían seguir las pautas marcadas por la costumbre, si no se quería desentonar con la tradición. Una tradición que, como hemos visto a lo largo de este estudio, tuvo un peso desmedido en toda la historia de la civilización griega. Un historiador no era brillante por su ingenio o por la exactitud de sus datos, lo era ante todo por las fuentes de las que hacía gala y por demostrar que conocía las historias que se habían dicho sobre el tema del que debatía, tanto si las creía como si no. Recuérdense las palabras de Q. Curcio (IX 1.34): «*La verdad es que yo transcribo más cosas que las que en realidad creo, pues ni puedo afirmar cosas de las que dudo ni pasar por alto las que me han sido transmitidas*»; Plinio (VI 194-5): «*Reliqua deserta, dein fabula*» («*El resto son desiertos y después hay tierras legendarias*»); Estrabón (XVII 3.3).

En este sentido, debe reconsiderarse el anterior juicio de valor sobre nuestras fuentes por uno más positivo, puesto que su esfuerzo por conocer el legado literario griego fue considerable. Es más, no contentos con ello, intentaron resolver problemas geográficos que habían intrigado las mentes de los hombres más ilustres de Grecia antes de su viaje a Asia, como el origen de las crecidas del Nilo o la existencia de un mar interior en el Caspio. Su forma de teorizar se apoya en las similitudes faunísticas que existían entre un punto geográfico y otro, un modo de raciocinio propio de los seguidores de Aristóteles⁴⁶, que pudieron haber adquirido durante el transcurso de la campaña. Si Ctesias era heredero de los geógrafos jonios, los «geógrafos» de Alejandro Magno lo son de la sofística y del emergente espíritu científico que nacerá con Aristóteles y sus seguidores⁴⁷. Pero, por si esto no bastase, desafían algunas creencias de gran vigor entre sus compatriotas, aunque muy pocas, dando las suyas propias, como en lo concerniente a las habilidades para la natación del elefante (ESTRABÓN XV 1.43).

Nunca debe olvidarse que nuestras fuentes eran autores griegos que escribían para griegos, que si hubiesen reproducido literalmente concepciones sobre el judaísmo, las epopeyas hindúes o las religiones orientales serían para nosotros prototipos de la antropología moderna, pero para los suyos unos pésimos escritores. Puede concluirse que escribieron de la única forma que se lo permitían sus categorías mentales.

Si no dibujaron mapas de la tierra se debió a que era algo propio de especialistas, y no del gran público, a quien iban dirigidas sus obras⁴⁸. Comprender un mapa requería una capacidad de abstracción que no todos los griegos podían tener. Además, nuestros autores, como seguidores

43 CICERÓN, *Cartas a Ático* II 4.3; II 6.1; II 7.1.

44 ENGELS, J., «Die Geschichte des Alexanderzuges und das Bild Alexanders des Grossen in Strabons Geographika. Zur interpretation der Augusteischen kulturgeographie Strabons als quelle seiner historischen auffassungen», en W. Will (ed.), *Alexander der Grosse: Eine Welteroberung und ihr Hintergrund*, Bonn 1996, p. 131.

45 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 3; DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 91.

46 GEUS, K.L., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 242.

47 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 96.

48 Cf. POLIBIO III 36-38, recomendaba no hacer demasiado farragosas las descripciones geográficas para que el lector no se perdiese en su lectura.

de la forma de historiar de Heródoto, podrían haber compartido su desprecio por los antiguos mapas de la tierra de los jonios, como el de Hecateo de Mileto. Es incluso muy probable que entre los miembros de la expedición circulase un epítome de las *Historias* de Heródoto, encargado a Teopompo por Filipo II, lo que justificaría su apego por el historiador de Halicarnaso⁴⁹. Su ausencia respondería tanto a cuestiones ideológicas como a las carencias de su formación.

Sin embargo, la valoración que tuvo la posteridad de los geógrafos de Alejandro fue muy negativa. Por un lado, autores como Eratóstenes les acusaron de haber alterado la geografía de Asia para enaltecer a su rey, y Estrabón los nombra entre los mayores fabuladores que han escrito sobre la India (ESTRABÓN II 1.9). Pero Estrabón, como todos los autores antiguos que los criticaron, se vio obligado a utilizarlos al ser la única fuente disponible para describir esa zona de Asia, y, como él mismo dice, por no ser falsas todas las cosas que contaban: «*Sin embargo, algunas de las cosas que cuenta son verosímiles y dignas de mención, por lo que no hay que pasarlas por alto incluso aunque no se les dé crédito*»⁵⁰.

Pero nosotros tenemos una concepción muy distinta de la de Estrabón sobre lo que debe o no debe ser tenido en cuenta. Por lo que hay que tener muy presente que muchos aspectos tratados en las obras de los geógrafos de Alejandro no han llegado hasta nosotros, simplemente, porque autores del Imperio Romano las consideraron carentes de todo interés.

El orden en que escribieron es muy difícil de recrear en su totalidad. El primero en hacerlo fue Calístenes, cuya obra cubrió el período comprendido hasta el 328-7 a.C. Si como se piensa, parte de la misma fue publicada periódicamente en Grecia, su influencia sobre la primera generación de historiadores debió de ser enorme. Al existir un relato oficial del evento, era más difícil para los que continuasen su labor divergir de lo dicho por el historiador de Olinto. Algo semejante a lo que les ocurrió a los historiadores romanos cuando querían hablar de la guerra civil o de las guerras de las Galias, tenían que acudir a la obra de Julio César. Por lo tanto, fue Calístenes de Olinto quien tuvo una mayor incidencia sobre un público más amplio. No sólo habría sido el historiador oficial de la campaña, sino también el geógrafo, puesto que, ante la ausencia de una separación clara entre ambas disciplinas, pudo desempeñar a la vez ambas funciones⁵¹.

Poco después debe situarse a Onesícrito de Astipalea. Sus escritos utópicos sobre la India son igualmente imposibles de datar con seguridad, pero al ser utilizado por Nearco, Megástenes, Aristóbulo y Clitarco, debió de ser de los primeros en redactar su libro.

Mayor problema presentan las dataciones de Aristóbulo, Clitarco y Ptolomeo. Ha sido defendido desde Droysen⁵² por los investigadores germanos que el orden debía de ser Clitarco, Ptolomeo y Aristóbulo. Eduard Schwartz y Jacoby, en sus artículos en la *Realencyclopaedie*, siguieron este modelo. Berve, Wenger y Schachermeyer también sostuvieron la misma opinión⁵³, que no fue modificada hasta que W. W. Tarn defendió el orden Aristóbulo, Ptolomeo y Clitarco⁵⁴. Tiene sentido que Aristóbulo escribiese antes que Ptolomeo, pues de lo contrario no se habría valido de Calístenes para los relatos militares, sino de un experto general como lo fue el hijo de Lago.

49 FLOWER, M. A., *Theopompus of Chios. History and Rhetoric in the Fourth Century BC*, Oxford 1997, p. 161.

50 Onesícrito es calificado como «*el piloto mayor de las maravillas*» (ESTRABÓN XV 1.28).

51 Cf. VAN PAASSEN, C., *op. cit.*, p. 267, quien afirma que no había un geógrafo oficial; AMIGUES, S., «La science aimable Théophraste», *CRAI* 4, 2001, p. 1656, lo llama el «secretario científico» de la expedición.

52 *Geschichte des Hellenismus*, II, Gotha 1877, p. 389-394.

53 BERVE, B., *op. cit.*, II, Múnich 1926, p. 65; WENGER, F., *Die Alexandergeschichte des Aristobul von Kassandria. Quellenkritische Untersuchungen zur Alexandergeschichte*, Diss. Würzburg 1914.

54 TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948, p. 1-133.

En la batalla del Hidaspes se muestra su discordancia sobre dichos temas (ARRIANO V 14.3-5).

Sin embargo, a nuestro entender, la cronología dada por Tarn en lo concerniente a Clitarco es errónea. Jacoby da una cronología alta 310-300 a.C., mientras que Tarn opta por una más tardía, 280-70 a.C. Difícilmente habría dicho este historiador que Ptolomeo fue uno de los salvadores de Alejandro, si el futuro faraón hubiera afirmado anteriormente que en realidad se encontraba en otro lugar (Q. CURCIO IX 5.21; ARRIANO VI 11.8). Lo más razonable es que escribiese antes de que lo hiciese Ptolomeo de Egipto. Dicho todo esto, quedaría por dilucidar en qué orden escribieron Aristóbulo y Clitarco. Desconocemos si realmente Clitarco participó en la expedición macedonia, pero es una opinión muy extendida entre la crítica moderna que no fue así⁵⁵. En tal caso, ¿por qué debería Aristóbulo de Casandrea seguir a un autor que no fue testigo presencial de los hechos que relata? Tal vez porque sí acompañó a los macedonios o porque en el momento que escribió Aristóbulo, la obra de Clitarco había configurado decisivamente la tradición sobre Alejandro.

Otro autor de gran importancia que resulta difícil de datar es Megástenes. Su obra supone un antes y un después en la historiografía de la India. Ésta dejará de ser la tierra del Indo, para convertirse en la del Ganges. Megástenes tuvo que escribir después de que lo hiciese Onesícrito, pues es evidente que conocía la obra del filósofo de Astipalea. Se ha situado normalmente como *terminum post quem* la firma del tratado de paz entre el imperio seléucida y el imperio maurya, aunque recientemente Bosworth ha sostenido que pudo hacerlo en vida del rey Poros⁵⁶. Luego la aparición de su libro debió de producirse entre finales del siglo IV y la primera década del siglo III a.C. No obstante, no debemos presuponer, como hizo Tarn, que todo autor que conociese el Ganges debía de haber escrito con posterioridad a Megástenes. Puesto que es muy posible que los macedonios, aunque no alcanzasen el río sagrado hindú, hubiesen escuchado la existencia del mismo. El éxito de la obra de Megástenes queda atestiguado al haber sido empleada por otros embajadores como Deímaco y Dionisio.

De entre los historiadores que estuvieron al servicio de Antígono Monoftalmos, el más destacado es Jerónimo de Cardia. Como sabemos que escribió al final de su larga vida, debió haber tenido la posibilidad de valerse de otros trabajos que habrían circulado durante las primeras décadas después de la muerte del conquistador macedonio⁵⁷.

Por el contrario, trabajos como los de Cares de Mitilene o Efipo de Olinto son más difíciles de datar, pero debieron de circular poco después del 323 a.C., bien sea por su carácter anecdótico (Cares) o más discutiblemente, por ser un panfleto (Efipo) contra Alejandro.

En cualquier caso, los geógrafos de Alejandro trataron temas muy diversos en sus obras que procedemos a analizar a continuación.

55 Pese a que de un texto de Diodoro (II 7.3) parezca desprenderse que fue miembro del séquito de Alejandro Magno en Asia, es opinión generalizada que permaneció en Grecia en el transcurso de la invasión de Asia. Cf. BROWN, T. S., «Clitarchus», *AJPh* 71, 1950, p. 134; HAMILTON, J. R., «Cleitarco and Aristobulus», *Historia* 10, 1961, p. 449; LEVI, M. A., *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, Rusconi 1977, p. 84; GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 av. J.C)*. I. *Les origines politiques*, Nancy 1978, p. 136; HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Madrid, Alianza 1992, p. 19; CANDAU MÓRON, J. M.; GONZÁLEZ PONCE, F. J.; CHÁVEZ REINO, A., y JIMÉNEZ SÁNCHEZ, F., «Alejandro y la historiografía helenística», *Tempus* 23, 1999, p. 67; LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 797.

56 BOSWORTH, A. B., «The Historical Setting of Megasthenes' Indica», *CPh* 91, 1996, p. 113-127.

57 Cf. HORNBLOWER, J., *Hieronymus of Cardia*, Oxford 1981.

VEGETACIÓN

Plinio (I 12.13) los nombra entre los autores que estudiaron botánica, por lo tanto, procederemos a analizar a continuación, de forma más detenida, las apariciones de la flora de Asia en los fragmentos de los geógrafos de Alejandro.

Uno de los casos más llamativos es el llamado árbol hindú de la lana (ESTRABÓN XV 1.20; 21). Heródoto (III 106) ya había hablado del árbol en su *lógos* dedicado a la India. La historia puede tener un origen en el algodón, y sería posible que los macedonios se hubiesen encontrado con esta planta en la India, pero la similitud entre los dos textos es tal que independientemente de que esta hipótesis fuese cierta, no pueden quedar dudas sobre el empleo de Heródoto por Nearco en este pasaje. Lo cierto es que esta historia tendrá un gran éxito en época imperial romana para explicar el origen de la seda⁵⁸, convirtiéndose en un *tópos* para exponer la procedencia de un tejido desconocido.

Pero la especie más célebre sobre la que probablemente hablasen nuestras fuentes es el Banyan o *Ficus Bengalensis* (ESTRABÓN XV 1.21). El hecho de que Onesícrito situase la tierra de los músicanos en el límite meridional de la India, es muy significativo, ya que lo emplazaba en las regiones más cercanas a lo que por aquel entonces se consideraba que estaban los confines del mundo, donde se concentraban normalmente todas las maravillas y los elementos sobrenaturales. Lo cual, ya de inicio nos indica ante qué tipo de texto nos enfrentamos. Por eso intentar identificar el descomunal árbol descrito por Onesícrito, con el Banyan o *Ficus Bengalensis* (Cf. DIODORO XVII 90.5; PLINIO VII 21; XII 22-23; Q. CURCIO IX 1.10) es arriesgado⁵⁹. El que Aristóbulo y Nearco mencionen la existencia de dicho árbol no es definitivo, puesto que escribieron después de Onesícrito y pudieron, como así parece que fue, describirlo conforme a los datos de su obra, aunque no sin cierto escepticismo, ya que Aristóbulo rebaja sensiblemente la cifra de jinetes a 50, por los 400 de Onesícrito. Tampoco es extraño que Teofrasto (*Historia de las plantas* IV 4.4-5) lo describa, pues utilizó sus escritos para componer su obra (Cf. *Supra*. p. 118-119).

Los arrozales de la India también habrían sido descritos por Aristóbulo (ESTRABÓN XV 1.18). Pero su descripción no es tan exacta como la de Teofrasto, puesto que dice que la planta tiene espigas (*πολύσταχυ*), mientras que el alumno de Aristóteles dice lo contrario (*Historia de las plantas* IV 4.10). A veces, se mencionan frutos de los que sólo conocemos su sabor excesivamente dulce o amargo, y que han querido ser identificados con frutas exóticas como el mango⁶⁰.

Otros fragmentos se han conservado en la obra de Teofrasto. Sabemos, aunque muchas veces no cite a sus fuentes, que el alumno de Aristóteles se valió de los trabajos de los autores que participaron en la conquista de Asia para describir la flora del continente. De Andróstenes procede la información sobre Tilos (*Historia de las plantas* IV 7.7-8). Nearco o Andróstenes, pudieran ser la fuente para la descripción de la planta marina que encontraron en su camino de regreso desde la India, el coral (*Historia de las plantas* IV 7.3). Aristóbulo debió de ser su fuente para la flora del desierto de Gedrosia, puesto que Nearco, Onesícrito y Andróstenes estaban navegando⁶¹. El que este árbol lleve el nombre de Heracles, divinidad estrechamente vinculada con la casa real de Macedonia, los Argéadas y con Alejandro, demuestra, al menos,

58 VIRGILIO, *Geórgicas* II 121; PLINIO VI 54.

59 Así lo hace BRETZL, H., *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903, p. 158-190.

60 PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 175.

61 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV 7.3; IV 7.6. Cf. ARRIANO VI 22.4-8.

que la información de Teofrasto debió proceder de un autor que participó en la expedición, y como hemos dicho antes, el único que estaba presente en esa zona era Aristóbulo.

Como pueblos mediterráneos y adoradores de Diónisos los griegos y los macedonios registraron en qué lugares se cultivaba la vid. Los historiadores de Alejandro certificaron la existencia del olivo y la vid en la India (ESTRABÓN XV 1.22), pero Teofrasto (*Historia de las plantas* IV 4.11) dice que sólo se dan en la montaña. Es probable que su fuente sea Aristóbulo, puesto que este último había dicho que sólo llovía en la montaña (ESTRABÓN XV 1.17).

La ausencia o presencia de vegetación podía ayudar a discernir o separar zonas geográficas en contacto. Hircania se convierte en una región ajena a la India porque no comparten la misma flora (ESTRABÓN XI 7.2). Policlito había dicho que los escitas del otro lado del Yaxartes pertenecían a Europa, porque fabricaban sus flechas con madera de abeto, material que no existía en Asia septentrional ni oriental. Por el contrario, para Aristóbulo, el Yaxartes no era la frontera natural entre Asia y Europa, y distinguía entre el curso del Tanais (Don) y del Yaxartes (Sir Daria. Cf. ARRIANO III 30.7). Pero para contradecir las opiniones de Policlito debió de haber escrito con posterioridad a éste y, probablemente, haber conocido los resultados del viaje de Demodamante (Cf. *Infra*. p. 163).

Finalmente, hay otras alusiones de menor importancia como las realizadas por Calístenes (PSEUDO ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 132) a las palmeras.

Las referencias a las plantas fueron frecuentes en los geógrafos de Alejandro, pero no deben sobredimensionarse y ser empleadas como una evidencia de la existencia del archivo de Babilonia. Recolectar información sobre las plantas de Asia habría sido un acto lógico para unos conquistadores que tenían que conseguir suministros para sus tropas constantemente.

FAUNA

Podemos distinguir entre aquellas especies animales que ya eran conocidas antes de la invasión de Asia, las que fueron descubiertas después y los animales fantásticos.

En el primer grupo, pocos animales despertaron tanto interés entre los griegos como el elefante. Ya hemos dicho anteriormente que algunos historiadores sostienen que los conocimientos que Aristóteles tiene del mismo se deben a los animales que, supuestamente, le fueron enviados por Alejandro. Sin embargo, la mayor parte del saber del Estagirita sobre los elefantes procede de los escritos de Ctesias de Cnido. Los geógrafos de Alejandro dedicaron un gran espacio en sus obras para comentar las características físicas de los paquidermos. En muchas ocasiones repiten lo dicho por la tradición. Pero en otras, la contradicen, como en la descripción de cómo se cazaban y domesticaban los elefantes de Megástenes⁶² y, sobre todo, a través de Nearco (ESTRABÓN XV 1.43), que rebatió las informaciones del mismísimo Aristóteles al precisar que sabían nadar, y Onesícrito de Astipalea, que se había percatado del mayor tamaño de los elefantes indios, es decir, asiáticos, respecto a los africanos⁶³. Al contrario que en anteriores casos, el mayor tamaño de los paquidermos del Asia quizás no se base en Ctesias de Cnido, sino en la propia experiencia empírica de Onesícrito⁶⁴. Es muy posible que, al observar personalmente que los elefantes asiáticos (*Elephas maximus*) eran mayores que los africanos, confirmase su

62 SCULLARD, H. H., *The Elephant in the Greek and Roman World*, Cambridge 1974, p. 48.

63 ESTRABÓN XV 1.43; PLINIO VI 81.

64 Cf. TARN, W. W., «Polybius and a Literary Commonplace», *CQ* 20, 1926, p. 98, piensa que Ctesias había sido el primero en destacar el mayor tamaño de los elefantes asiáticos.

creencia en que Ctesias tenía razón sobre el mayor grosor de los seres vivos de la India. En realidad, el elefante asiático es más pequeño que el africano, pero mucho mayor que los especímenes norteafricanos que conocieron los griegos⁶⁵. En cualquier caso, después de Onesícrito fue una opinión comúnmente aceptada que los elefantes de la India eran mayores que los que se encontraban en África⁶⁶. Los conocimientos de estos autores sobre los elefantes procedieron en gran medida del estudio del nutrido grupo de ejemplares que su rey fue acumulando como arma de guerra⁶⁷.

La serpiente también ha sido un animal que ha despertado la curiosidad del pueblo griego. Su nombre, *drakon*, viene del verbo δέркоμαι, mirar, y significaría «aquella que mira fijamente»⁶⁸. Tenía una gran importancia en la religión y en la magia⁶⁹. Onesícrito menciona la existencia de una serpiente de 80 codos y otra de 140⁷⁰. Se trata de un hecho que llamó la atención de aquellos que viajaron a la India, pero es claramente una hipérbole. Por muy cierta que sea la existencia de serpientes de gran tamaño, en la actualidad no hay ninguna que supere los 35 metros y por supuesto aún menos los 62 metros⁷¹. Además, no se trata de un testimonio directo, sino que Onesícrito se apoya en el relato de los embajadores que llegaron a la corte de Abisares, por lo tanto se trataría de un ejemplo más del mayor tamaño de cuanto crece en la India por la humedad de su clima. Es posible que la causa de que exagere tanto el tamaño de los reptiles sea que en Astipalea, su ciudad natal, no hubiese ninguno⁷². Otros geógrafos son más comedidos a la hora de hablar del tamaño de estos ofidios, pero coinciden en señalar que eran muy venenosos y que incluso recurrieron a los médicos hindúes en busca de antídoto (ESTRABÓN XV 1.45).

Las tortugas⁷³ y los lagartos⁷⁴ también despertaron la curiosidad de Policlito de Larisa. Las ballenas⁷⁵, los delfines⁷⁶, los cocodrilos⁷⁷ y los hipopótamos⁷⁸ se citan de igual modo en sus obras.

65 Cf. GOWERS, W., «African elephants and ancient authors», *African Affairs* 47, 1948, p. 173-180, cree que los elefantes de los ptolomeos pertenecían a la especie *loxodonta cyclotis*, que es más pequeña que la asiática.

66 En la batalla de Rafia los elefantes africanos de Ptolomeo salieron despavoridos al ver a los asiáticos de Antíoco. Cf. POLIBIO V 84. En época romana Juvenal (X 150) era consciente de su diferencia de tamaño: «ad Aethiopum populos aliosque elephantos». Cf. LAUGHTON, E., «Juvenal's other elephants», *CR* 6, 1956, p. 201; TRIANTAPHYLLOPOULOS, J., «Juvenal's other elephants once again», *Mnemosyne* 11, 1958, p. 159; TABOADA, H. G. H., «Polibio (5.84.5) y los elefantes de Rafia», *Habis* 26, 1995, p. 113-117, sostiene que el error se perpetuó por la superioridad bélica de los elefantes indios; CHARLES, M., «Elephants at Raphia: Reinterpreting Polybius 5.84-5», *CQ* 57, 2007, p. 306-311.

67 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 191, estima su número «entre 200 y 300».

68 FERNÁNDEZ GALIANO, M., *Manual práctico de morfología verbal griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 72.

69 Cf. VÁZQUEZ HOYS, A. M., «La serpiente en la antigüedad: ¿Genio o demonio?», en *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid, Ediciones Clásicas 1992, p. 81-134.

70 ESTRABÓN XV 1.28. Cf. ELIANO, *Naturaleza de los animales* XVI 39.

71 PÉDECH, P., «Les historiens d'Alexandre», en *Historiographia Antiqua*, Lovaina 1977: «le plus grand serpent du monde, le python, atteint seulement 10 mètres» (p. 129); VOFCHUK, R. C., «Los informes de Onesícrito, cronista de Alejandro Magno, sobre la India», *BAEO* 22, 1986: «La Pitón Molurus alcanza a medir 25 pies, esto es, aproximadamente 7m, longitud diez veces menor que la que nuestro autor les atribuye» (p. 191).

72 ANTÍGONO DE CARISTOS, *Colección de historias curiosas* 11: «En Astipalea no nacen serpientes».

73 PARADOXÓGRAFO VATICANO 9: «Policlito afirma que las tortugas nacen incluso en el Ganges, cuyo caparazón alcanza incluso los 5 medimnos».

74 ELIANO XVI 41.1.

75 ARRIANO, *Índica* 30.1-9. Cf. PAPADOPOULOS, J. K., y RUSCILLO, D., «A Ketos in Early Athens: An Archaeology of Whales and Sea Monsters in the Greek World», *AJA* 106 (2) 2002, p. 210-211.

76 ARRIANO, *Índica* 39.5.

77 Q. CURCIO IX 8; ESTRABÓN XV 1.45.

78 ESTRABÓN XV 1.13; XV 1.45.

Con anterioridad, los griegos ya habían escuchado las excelencias de los perros de la India⁷⁹, pero la invasión de dicho país les permitió a los griegos comprobar *in situ* sus cualidades, entre las que destacaba ser capaces de cazar a un león⁸⁰. Historia que fue popularizada por la obra de Onesícrito de Astipalea y no por la de Aristóbulo, como defiende Pédech⁸¹.

Una especie nueva es el loro o papagayo (ARRIANO, *Índica* 15.8.9). Arriano que escribe muchos siglos después de su fuente, no puede comprender el asombro que le produce algo que en su tiempo había dejado de tenerlo. Es una prueba palpable de que, como la mayoría de los historiadores de época antigua, Arriano sólo destaca aquellos datos de sus fuentes que considera dignos de mención, es decir, que se salen de lo común. Sabemos que dicho animal estuvo presente en el desfile de Ptolomeo II Filadelfo⁸² y que se llegó a convertir en una de las mascotas predilectas de la aristocracia romana⁸³. Los persas también lo conocían a pesar de las pocas menciones que se han conservado⁸⁴ y Aristóteles (*Historia de los Animales* 597b) lo menciona siguiendo el testimonio de Ctesias. El escaso interés de Arriano también se extiende a los monos y orangutanes que encontraron en la India⁸⁵.

Un animal nuevo para el mundo griego, salvo que se acepte que la marticora era un precedente de dicha especie, es el tigre⁸⁶. Si quienes defienden que la marticora y el tigre eran el mismo animal tuviesen razón, habría que decir, de cualquier forma, que se produjo un gran progreso en el conocimiento de esta criatura, pues ahora no resultaba tan fantástica como la marticora. El rinoceronte es, probablemente, el animal con cabeza de ciervo y un solo cuerno del que habla Megástenes (ESTRABÓN XV 1.56).

Los animales fantásticos también estuvieron presentes: «*otros animales desconocidos a las demás naciones*» (Q. CURCIO VIII 9). Las hormigas buscadoras de oro, de las que ya había hablado Heródoto, aparecen en los fragmentos de Nearco y Megástenes⁸⁷. Las serpientes y los escorpiones halados (ESTRABÓN XV 1.37) son otras de las criaturas fantásticas que podemos conocer gracias a la pluma de Megástenes.

Un buen ejemplo de la trascendencia de estos autores es que el bestiaro que crearon se prolongó en el tiempo mucho más que sus propias obras. Los viajeros medievales que visitaron la corte del Gran Khan ilustrarían sus libros con las mismas criaturas.

OROGRAFÍA

La orografía de Asia fue siempre muy mal conocida por los griegos. Heródoto (IV 36ss) describía las grandes extensiones del interior como llanuras, mientras que Hecateo hablaba de las grandes montañas del mar de Hircania y del territorio de los corasmios (*frs.*, 291-92a JA-

79 HERÓDOTO VII 187.1; Ctesias = FOCIO, *Cosas de la India* 10; JENOFONTE, *Cineg.* 9.1.

80 ESTRABÓN XV 1.31; PLINIO VIII 149-150; ELIANO IV 19; VIII 1; DIODORO XVII 92.1-3; Q. CURCIO IX 1.31-34.

81 PÉDECH, P., *Historiens compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, París 1984, p. 398. Cf. MOLINA MARÍN, A. I., *op. cit.*, 2007, p. 199, el que tenga un origen en Ctesias y sea conocido por Jenofonte, fuentes de Onesícrito, da más fuerza a nuestro criterio.

82 Cf. RICE, E. E., *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus*, Oxford 1983.

83 BIGWOOD, J. M., «Ctesias Parrot», *CQ* 43 (1) 1993, p. 323; WOTKE, F., «Papagei», *RE* 18, 1949, col. 927.

84 SCHMIDT, E., *Persepolis*, II, Chicago 1957, p. 88.

85 DIODORO XVII 90.1-3; ESTRABÓN XV 1.37; 56.

86 ARRIANO, *Índica* 15.1; ESTRABÓN XV 1.37.

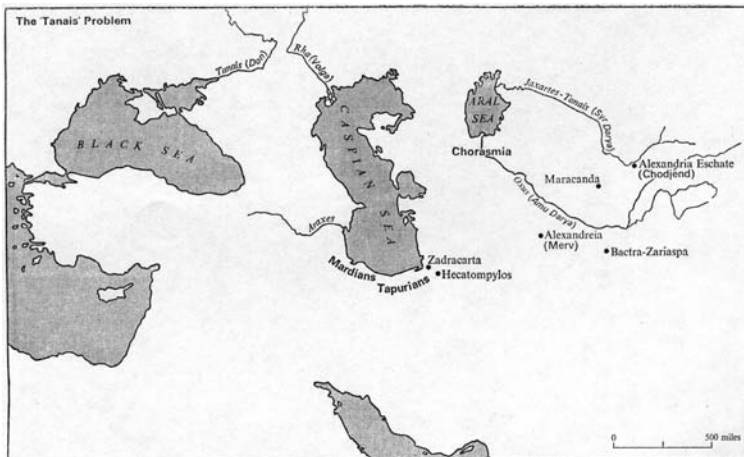
87 ESTRABÓN II 1.9; XV 1.44; ARRIANO, *Índica* 15.4.

COBY). La enorme extensión de Asia no ayudaba en modo alguno a resolver este problema. La orografía del continente fue adquiriendo progresivamente una mayor importancia, siendo una clara evidencia de ello el que Aristóteles convirtiese al Parnaso (Himalaya) en uno de los puntos más orientales del continente. En opinión de Aristóteles, el Parnaso estaba situado simétricamente en la misma línea equinoccial donde se localizaba el Cáucaso⁸⁸. Los geógrafos de Alejandro llevaron este razonamiento a sus últimas consecuencias, para concebir una única cadena montañosa que atravesaba toda Asia. Para los bematistas, y la mayor parte de los que fueron miembros de la expedición, existía una masa continua de montañas que, comenzando en el Tauro, llegaba hasta la India y recibía el nombre de Cáucaso⁸⁹.

Para los macedonios, por lo tanto, el Cáucaso y el Himalaya serían la misma cordillera⁹⁰, lo cual habría explicado por qué pudieron pensar que la gruta donde fue encadenado Prometeo estaba en las cercanías de la India (ESTRABÓN XV 1.8-9). Dicearco hizo coincidir esta cordillera continua del Tauro al Himalaya con su *diáphragma*, el eje de simetría que desde las Columnas de Hércules llegaba hasta India, y que, más tarde, sería retomado por Eratóstenes y, a través de él, por Estrabón (II 5.31-2; XI 1.2-7; 12. 1-5). Esta teoría de los bematistas fue un error, pero, seguramente sin proponérselo, consiguieron establecer uno de los ejes de los mapas del mundo antiguo y sin dicho error los mapas de época helenística habrían sido muy diferentes. En cualquier caso, el Cáucaso seguiría siendo una frontera entre el Mediterráneo y Asia en el Imperio Romano⁹¹.

HIDROGRAFÍA: EL MAR CASPIO Y EL PROBLEMA DEL TANAIS

La naturaleza del mar Caspio fue también un problema muy debatido entre los griegos (fig. 23).



23. El problema del Tanais. Procedencia Hamilton (1971).

88 PRONTERA, Fr., «Sobre la delineación de Asia en la geografía helenística», en *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia*, Málaga 2003, p. 74.

89 ARRIANO III 28. 5-7; DIODORO XVIII 5.2.

90 ARRIANO V 3.1-4; ESTRABÓN XI 5.5. Cf. RAMIN, J., *Mythologie et géographie*, París 1979, p. 51-54.

91 GIARDINA, A., «Roma e il Caucaso», en *Il Caucaso: cerniera fra culture dal Mediterraneo alla Persia*, Espoleto 1996, p. 85-141; p. 85-89, señala que para los griegos siempre fue un espacio propio de los confines, donde se ubicaba la expedición de los Argonautas y el titán Prometeo.

Salvo algún que otro autor (Heródoto y Aristóteles) la mayoría defendía que era un golfo del océano, opinión que se hizo mayoritaria tras el viaje de Patrocles (ESTRABÓN II 1.2; 1.17). Pero, anteriormente, algunos de los geógrafos de Alejandro habían contemplado la posibilidad de que fuese un mar interior (ESTRABÓN XI 7.4). Fue Policlito de Larisa quien defendió con mayor ahínco esta teoría. El razonamiento de Policlito era muy sencillo. Se creía que el Tanais (Don) era el río que fluía hasta la laguna Meótide (mar Azov), como aparentemente desembocaba en el mar Caspio, la laguna Meótide y el Caspio debían de ser el mismo mar interior y el Tanais y el Yaxartes el mismo río⁹². En buena medida, la causa de que el tesalio pensase esto se debió a que, como todos los geógrafos de su tiempo, desconocía la existencia del mar Aral, donde realmente desemboca el Sir Daria (Yaxartes).

Al igual que otros geógrafos al servicio de los macedonios, la fauna le sirve como un elemento útil para ubicar accidentes geográficos distintos y dar una base empírica a sus teorías. De este modo, la existencia de serpientes en ese lugar se utiliza para constatar que es un mar interior, pues éstas no podrían habitar aguas saladas.

La razón que explicaría la teoría de Policlito habría estado, tanto para Eratóstenes como para Estrabón, en el interés de los historiadores de Alejandro en alterar el espacio geográfico para convertirlo en señor de toda Asia (ESTRABÓN XI 7.4). Es la φιλοτιμία, el amor por la gloria y no la φιλοσοφία, el amor por el saber, lo que habría incentivado las especulaciones de estos geógrafos, en opinión de los autores helenísticos.

Ahora bien, el razonamiento que siguió Policlito para identificar la laguna Meótide con el Caspio no habría sido completamente nuevo, pues Aristóteles había dicho con anterioridad que un brazo del Araxes (Yaxartes) desembocaba en el mar Caspio (*Meteorológicas* 350a 25), donde los macedonios creían que hacía lo propio el Tanais. El filósofo de Estagira llegaba a sugerir que el Caspio estaba comunicado subterráneamente con el mar Negro (*Meteorológicas* 351a 9-11). Lo que Aristóteles entendía como brazos distintos de un mismo río, Policlito lo reducía a un único curso de agua, y si el filósofo sugería que ambos lagos podían estar comunicados, Policlito decía que eran el mismo. La circunstancia de que la palabra que utilizan en la zona los indígenas para decir agua sea *tana*, puede haber sacado de dudas por completo a los macedonios, y haberles llevado a identificar definitivamente el Tanais con el Yaxartes.

Sin embargo, Estrabón no da crédito a los argumentos de Policlito, sólo se molesta en rebatir uno de ellos, la inexistencia del abeto en Asia, puesto que sabía que Aristóbulo lo contradecía. Razonamientos de mayor peso, como la existencia de vida animal en agua dulce, no tienen ninguna validez, tal es la confianza que tiene Estrabón en Patrocles. Pero la argumentación de Policlito es correcta, la salinidad normal de los océanos es de un 34,3%; la del mar Negro es de un 18,6% y la del Caspio en algunas zonas es de un 10%. Algo semejante ocurre en el mar Aral en las desembocaduras del Sir Daria y el Amur Daria, donde la salinidad es muy baja⁹³. Sería, por tanto, posible que Policlito estuviese confundiendo el mar Aral con el Caspio de forma no intencionada.

En cuanto a los ríos, parece provenir de la pluma de Megástenes la que sería una creencia generalizada en época romana: el Ganges era el río más grande del mundo⁹⁴. No debe pensarse,

92 Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 153-154.

93 DAFFINÀ, P., «Aral, Caspio, Tanais», *RSO* 43, 1968, p. 363-378; HAMILTON, J. R., «Alexander and the Aral», *CQ* 21, 1971, p. 111; BOSWORTH, A. B., *A historical commentary on Arrian's history of Alexander*, I, Oxford 1980, p. 378.

94 ARRIANO, *Índica* 4.1-7; POMPONIO MELA III 68.

como Tarn, que los macedonios no pudieron conocer la existencia del río antes de que, se publicase la obra del embajador en la corte de Pataliputra. Pero lo que sí es cierto es que a partir de la misma, el Ganges fue más conocido en el mundo antiguo e incluso pasó a ser uno de los ríos que marcaban la frontera del Paraíso⁹⁵.

LAS FUENTES DEL NILO

Pero sin lugar a dudas, el mayor debate geográfico de toda la antigüedad fue el origen de las fuentes del Nilo⁹⁶. Desde Tales de Mileto hasta el mismísimo Aristóteles el problema fue ampliamente debatido. El hecho de que estos autores se enfrentasen a este enigma refleja que pueden ser llamados geógrafos con toda justicia.

Es más, existe la posibilidad de que se realizase una expedición a Etiopía con el único objetivo de conocer las fuentes del Nilo (Q. CURCIO RUFO IV 8.3). Aunque lo más probable es que, como en anteriores casos, tuviese un fin bélico (Cf. *Supra*. p. 130-131). Dicha expedición tuvo cierta credibilidad en el Imperio Romano (LUCANO, *Farsalia* X 272-75). Pero en la actualidad la crítica no cree mucho en ella⁹⁷.

En cualquier caso, lo cierto es que Calístenes atribuyó el origen de las crecidas del Nilo a las lluvias⁹⁸. Nearco no podía permanecer ajeno a esta problemática si quería que su obra estuviese a la altura de Heródoto, un autor que había estudiado detenidamente el asunto (HERÓDOTO II 22). Es más, el que Calístenes hubiese tratado seguramente la cuestión en su obra, podría haberle alentado a seguir su ejemplo intentando dar una respuesta a la controversia. Durante su estancia en la India tuvo la oportunidad de comprobar *in situ* la existencia de los monzones. Las lluvias veraniegas debieron de sorprender muchísimo a un pueblo como el heleno acostumbrado a su escasez durante la estación de verano. Siguiendo la comparación que se establecía entre el Nilo y el Indo, Nearco concluyó que la causa debía de encontrarse en estas lluvias⁹⁹.

Este razonamiento no era en absoluto ingenuo. La concepción griega del mundo quedaba marcada por la climatología. Las zonas septentrionales estaban definidas por un frío intenso y las meridionales por un calor insoportable. Por lo tanto, si la India compartía algunas características climáticas con Etiopía, como el calor, era muy probable que también se produjesen dichas lluvias en el sur. Además, como hemos visto anteriormente, para los griegos los etíopes eran un pueblo limítrofe con la India.

«Lo mismo afirma Nearco, aunque discrepa en lo concerniente a las lluvias veraniegas, pues sostiene que la llanura recibe lluvia en verano y permanece seca en invierno. En cambio, concuerdan ambos (Nearco y Aristóbulo) por lo que toca a

95 DARIAN, S. G., «The Ganges and the rivers of Eden», *EA* 31, 1977, p. 42-54; KARTTUNEN, K., «The Country of Fabulous Beasts and Naked Philosophers. India in Classical and Medieval Literature», *Arctos* 21, 1987, p. 48.

96 La cantidad de menciones en la literatura griega al río Nilo es ingente. Todavía en el Imperio Romano Estrabón (I 2.22) no podía ocultar su asombro y admiración por esta cuestión.

97 PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 403, lo considera una «tradición legendaria»; PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 31; CARY, M., y WARMINGTON, E., *Les Explorateurs de l'antiquité*, París 1932, p. 245, también dudan de su veracidad; THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 136, una historia poco fiable; BOSWORTH, A. B., «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi: Orient-Occident* 3, 1993, p. 407-424; p. 418.

98 En Juan de Lido (*De mens.*, IV 68) se conserva un fragmento de Calístenes donde se mencionan las fuentes del Nilo (F 12a).

99 ESTRABÓN XV 1.25.

las avenidas de los ríos; refiere Nearco que, cuando estaban acampados cerca del Acesines, la crecida los obligó a trasladar el campamento a un lugar más elevado, cosa que sucedió en el solsticio de verano» (ESTRABÓN XV 1.18).

Lo sorprendente es que Aristóbulo, conociendo la existencia de los monzones, no llegue a la misma conclusión:

«Según Aristóbulo, sólo llueve y nieva en las montañas y el piedemonte, mientras que la llanura se libra tanto de lluvias como de nevadas y únicamente se anega con la avenida de los ríos» (ESTRABÓN XV 1.17).

Tal vez se deba a que Aristóbulo estuvo en regiones distintas del país y a que defiende que las grandes masas nubosas no podían atravesar la barrera del Cáucaso (ARRIANO VI 25.4), que, en sus propias palabras, era la mayor cadena montañosa de Asia (ARRIANO III 28. 5-8). Siguiendo la máxima aristotélica que situaba el nacimiento de los grandes ríos en las grandes montañas, Aristóbulo hace lo propio con los ríos de la India. Situando su lugar de nacimiento en el Cáucaso, explica la causa de las crecidas de los ríos hindúes por el deshielo, una teoría similar a la que Anaxágoras había dado para explicar las inundaciones del Nilo (HERÓDOTO II 22). Por lo que no es descartable que creyese lo mismo para el río egipcio. Aunque no hay que olvidar que negaba que ambos ríos compartiesen la misma fauna (ESTRABÓN XV 1.45) lo que indicaría que veía diferencias entre ellos.

La similitud climática y de fauna entre ambos ríos provocó que los macedonios, como ya hemos dicho, pensasen que el Nilo y el Indo eran el mismo curso fluvial. Un error del que se percataron cuando exploraron el Indo (ARRIANO VI 1.5).

Sin embargo, al contrario de lo que nos dicen nuestras fuentes, si la identificación entre ambos ríos ya era común antes de la conquista del Imperio Persa (Cf. ARISTÓTELES, *fr.* 248), debería verse como un logro más de los geógrafos de Alejandro el haber descubierto que no era así.

SEÍSMOS

Los terremotos constituyen un fenómeno que ha despertado siempre la curiosidad del hombre. Cada cultura desarrolló su propia teoría para explicarlos, cada cual más original. Los chinos consideraban que los terremotos eran un signo de cambios políticos, por lo que, desde muy antiguo, se realizaron registros periódicos de los mismos. Los griegos se movieron entre las explicaciones míticas que situaban el origen de los seísmos en el tridente de Posidón (HOMERO, *Ilíada* VII 445; XIII 231; XIII 554; XIV 150; XIV 384; XV 41; XX 13; *Odisea* V 282; VII 271; IX 283; XIII 159) o en la concurrencia de los muertos (PITÁGORAS = ARISTÓTELES, *fr.* 196). A partir de los presocráticos se hizo una mayor incidencia en la humedad y en el viento. Tales (SÉNECA, *QN* III 14) y Anaxímenes (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 365b) de Mileto vieron su origen en el elemento húmedo.

Calístenes siguió a su maestro, Aristóteles, en su explicación de los orígenes de los seísmos¹⁰⁰, como queda reflejado en Séneca (*QN* VI 23.4), donde se dice que, como otros muchos

100 HINE, H. M., «Seismology and vulcanology in antiquity», en *Science and mathematics in ancient Greek culture*, Oxford 2002, p. 63.

griegos, quedó impresionado por la desaparición de las ciudades de Bura y Hélice en la costa Aquea¹⁰¹. El *spiritus* (*pnéuma* «viento» «hálito») entraría en la tierra a través de las aberturas de la misma y provocaría los terremotos. Estas ciudades, al estar muy cerca del mar y tener un suelo poroso, eran más proclives a sufrir los efectos devastadores de los mismos (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 366a).

Por el contrario, la explicación de Aristóbulo sobre los orígenes de los terremotos está tomada de las teorías de Anaxágoras, Anaxímenes de Mileto y Demócrito de Abdera, que veían en la humedad del suelo provocada por las lluvias el origen de los seísmos (ESTRABÓN XV 1.19).

Aristóteles y Calístenes de Olinto entendían que la combinación de dos elementos como el vapor húmedo y el viento seco, que conformaban el *pnéuma*, era lo que causaba los terremotos (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 365b). Al acumularse las masas de aire en el interior de la tierra, que entraban por los orificios de la misma, se producían los seísmos cuando los vientos salían. Este fenómeno era muy frecuente en los terrenos porosos como la India (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 366b). Aunque Aristóbulo no se adhiere a la visión de Aristóteles es probable que conociese la teoría de Anaxímenes a través del Estagirita, que también lo cita en su obra. La razón de que se aleje de las opiniones del filósofo debe de haber estado en su propia experiencia personal en la India, que le obligó a conciliar la tradición con los nuevos saberes. La contemplación de los monzones debe de haberle hecho hacer un mayor hincapié en el elemento húmedo frente al vaporoso.

UTOPIÁS

La utopía era un género que había tenido un gran desarrollo en el siglo IV a.C. con obras como el *Critias* y el *Timeo* de Platón, donde se describe la Atlántida. Poco después, Teopompo, en sus *Filípicas*, había hablado de los meropianos y los hiperbóreos, pueblos que vivían en la Edad de Oro, o de los ensebes, que no necesitaban trabajar, porque la fertilidad de su tierra les proporcionaba todo lo necesario para su subsistencia. El clima ayudaba a que sus habitantes no conociesen la enfermedad, y cuando morían lo hacían con la misma felicidad con la que habían vivido.

Los geógrafos de Alejandro también se valieron de este recurso para describir algunas de las sociedades que se encontraron en la India. Al parecer, Onesícrito (ESTRABÓN XV 1.34) no fue ajeno a esta tendencia y creó su propio paraíso en la tierra en la India, el reino de los músicos¹⁰².

La descripción que hace Onesícrito de esta sociedad puede relacionarse con las características propias que tenían las islas maravillosas, la humanidad durante la Edad de Oro y la tierra de los bienaventurados: una larga vida¹⁰³, buen clima, fertilidad del suelo, ausencia de crímenes o de conflictos sociales¹⁰⁴. Pero buena parte de la fuente de la cual bebe este texto es la descripción que Jenofonte hace del Imperio Persa en el inicio de su *Ciropedia* (I 2.2-16). En ambos sitios se trasladan costumbres espartanas que eran admiradas por los intelectuales helenos, y muy

101 ESTRABÓN I 3.10; 3.18; OVIDIO XV 293-4.

102 BROWN, T. S., *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Ángeles 1949, p. 60-77; relaciona a los músicos de Onesícrito con la Atlántida de Platón, los persas de la *Ciropedia*, la Mérope de Teopompo o la Panquea de Evémero; FERGUSON, J., *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, p. 122.

103 Ctesias había dicho con anterioridad que los indios vivían 130 años. Cf. FOCIO, *Biblioteca* 32.

104 Cf. KARTTUNEN, K., «Expedition to the end of the world», *So* 64, 1988, p. 178.

especialmente por Jenofonte, a pueblos extranjeros. Las comidas en común¹⁰⁵, la ausencia de moneda, el empleo de un tipo especial de esclavos o el desprecio por las artes nos recuerdan inevitablemente a la sociedad lacedemonia. El que se empleen exclusivamente jóvenes para realizar las funciones de los esclavos se debería a la ausencia de los mismos en la tierra de los músicos, mientras que Megástenes¹⁰⁶ traslada su ausencia a la India entera¹⁰⁷, lo que al ser un error histórico es una clara evidencia del empleo, por parte de Megástenes, de la obra de Onesícrito. Jenofonte ya había reflejado en su *Ciropedia* (III 2.25-30) la rectitud de la nación India, lo cual era un rasgo muy común entre los pueblos que habitaban los confines del mundo (Cf. *Ilíada* XIII 6, los abios).

Un lugar donde abundan las drogas y los tintes de todo tipo tan raros en Grecia, así como las vides tan escasas en la India (ESTRABÓN XV 1.22). Pero, a diferencia de Jenofonte, Onesícrito estaba imbuido por la filosofía cínica, y algunas de sus enseñanzas pueden rastrearse también en este mundo ideal de la India; tales como la carencia de leyes o la falta del cultivo de las ciencias salvo la medicina, lo que llevaba a los habitantes del país de los músicos a un estado primigenio.

Megástenes siguió los pasos de Onesícrito en la India y volvió a describir el país con los rasgos característicos de las sociedades utópicas, como su fertilidad¹⁰⁸. Desde esta perspectiva, tenemos que juzgar los testimonios de las costumbres indias que se han conservado. En ocasiones descubrimos que Megástenes se contradice, pues primero niega que los indios posean escritura alguna (ESTRABÓN XV 1.53) para posteriormente informarnos de que los sabios hindúes tenían su propia grafía (ESTRABÓN XV 1.39). Nearco, al igual que Onesícrito de Astipalea, afirma que los indios carecen de leyes, pero únicamente de las escritas. De esta forma, matizaba el idealismo propio de un pueblo que a causa de su rectitud no precisaba de un *corpus* legal. Pero esto no significaba que los indios desconociesen la escritura como creía Megástenes. Nearco debe de haber visto algunas muestras de su alfabeto, pues dice que los indios escribían cartas (ESTRABÓN XV 1.67).

En otros casos, las exageraciones saltan por sí mismas, como cuando Megástenes nos dice que en la corte de Chandragupta residían 400.000 personas (ESTRABÓN XV 1.53). Es también, una invención la división en siete castas de la sociedad india (ESTRABÓN XV 1.39: «ἐπὶ ἑπτὰ μέρη»; ARRIANO, *Índica* 11-12: «ἐπὶ ἑνεα»»; Cf. PLINIO VI 66): sabios; labradores, pastores y cazadores; artesanos y comerciantes; soldados; inspectores; consejeros y magistrados. El número 7 tenía un significado demasiado especial en la cultura griega como para que su sola mención no nos ponga en guardia ante una más que probable *interpretatio graeca*. Por mucho que Majumdar o Dahlquist insistan en que se basan en elementos de la sociedad hindú antigua¹⁰⁹, es más creíble que, como en otras tantas ocasiones hacen los geógrafos de Alejandro, se inspiren en el *lógos* egipcio de las *Historias* de Heródoto¹¹⁰.

105 Existe una diferencia entre las *συσσιτία* espartanas y los ágapes de los que nos habla Onesícrito, los primeros estaban financiados con aportaciones de ciudadanos, mientras que en India la financiación era pública.

106 Megástenes no habría sido ajeno a la utopía. Cf. ZAMBRINI, A., «*Gli Indiká di Megastene*», *ASNP* 12, 1982, p. 71-149; ZAMBRINI, A., «Idealizzazione di una terra: Etnografia e propaganda negli Indika di Megastene», en *Forme di contatto e processi di trasformazioni nelle società antiche*, Scuola Normale Superiore, Pisa-Roma 1983, p. 1105-1118; ZAMBRINI, A., «*Gli Indiká di Megastene*», II, *ASNP* 15, 1985, p. 781-853.

107 ESTRABÓN XV 1.54. Cf. BROWN, T. S., *op. cit.*, p. 156-157.

108 ESTRABÓN XV 1.20.

109 MAJUMDAR, R. C., «The Indika of Megasthenes», *JAOS* 78, 1958, p. 273-276; DAHLQUIST, A., *Megasthenes and indian religion. A study in motives and types*, Estocolmo 1962.

110 HERÓDOTO II 164.1. Cf. VOFCHUK, R., «Las costumbres y creencias filosófico-religiosas de la India según las informaciones de Nearco de Creta», *BAEO* 18, 1982, p. 289.

Esta tendencia a localizar utopías es propia de la sociedad y la época de nuestros geógrafos y, por lo tanto, no podría criticárseles por no poder escapar a las costumbres y creencias de su época.

LOS GIMNOSOFISTAS

Una de las mayores herencias que los geógrafos de Alejandro legaron a la posteridad fue la imagen de los sabios hindúes. A partir de ese momento la fama de la sabiduría de los *gimnosofistas*¹¹¹ (los sabios desnudos) fue tan grande que se vinculó a muchos filósofos griegos con ellos¹¹². Los principales relatos sobre los gimnosofistas proceden de Onesícrito, Nearco, Aristóbulo y Megástenes. La descripción de Onesícrito (ESTRABÓN XV 1.63-65) ha sido más que comentada en los últimos años. Se discute muchísimo si las costumbres de los sabios hindúes son reales¹¹³ o una traslación del pensamiento cínico¹¹⁴.

Una primera similitud la encontramos en el discurso de Cálano, a una Edad de Oro que, en efecto, se encuentra perfectamente atestiguada en la cultura griega en obras como la de Hesíodo, pero también en muchas culturas del mundo antiguo. El discurso de Dándamis (o Mándanis) es mucho más rico y largo. La sentencia «*la mejor doctrina es aquella que suprime el dolor y el placer del alma*» podría ser tomada por un dicho budista o de la filosofía hindú, pero el hecho de que el placer sea considerado un bien, y no un mal, es sospechoso, pues el budismo no distingue entre el dolor y el placer¹¹⁵. Pero la supresión del dolor mediante el ejercicio sí se encuentra presente en el pensamiento cínico. El elogio a Alejandro por parte de Dándamis es igualmente revelador y levanta la sospecha de que todo este episodio se haya reelaborado para presentar al macedonio como un verdadero filósofo en armas o un admirador de la cultura griega. Impresión que se ve reforzada con otros fragmentos de Onesícrito en los que hace decir al rey: «*Atenienses, podríais creer ahora a qué peligros me arriesgo por gozar de buena fama entre vosotros*» (PLUTARCO, *Alex* 60.6). La aparición de tres filósofos griegos como Pitágoras, Sócrates o el propio Diógenes aumenta la sensación de que el texto ha sido alterado por Onesícrito. Finalmente, la acusación de Dándamis a los filósofos griegos de anteponer la ley a la naturaleza, recuerda la larga disputa de los pensadores helenos entre *phýsis* y *nómos*. Lo sorprendente es que Diógenes aparezca entre ellos, siendo un elemento contrario al régimen de la *pólis* griega. Si el texto es un elogio a las figuras de su rey y de su maestro, ¿por qué no es excluido de esta lista? Tal vez, simplemente sea una argucia para aumentar la credibilidad de su relato.

111 MUCKENSTURM-POULLE, C., «L'espace des gymnosophistes», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 113-124, destaca que dicho término no está atestiguado hasta el siglo I a.C., y que fue utilizado para designar a sabios indios no siempre fácilmente diferenciables.

112 SAYRE, F., *Diogenes of Sinope: A Study of Greek Cynicism*, Baltimore 1938, p. 40; FLINTOFF, E., «Pyrrho and India», *Phronesis* 25, 1980, p. 105.

113 STONEMAN, R., «Who are the Brahmins?», *CQ* 44, 1994, p. 509, aspectos como el vegetarianismo no serían propios de la filosofía cínica, pero sí de los brahmanes de la India; STONEMAN, R., «Naked Philosophers», *JHS* 115, 1995: «*Onesicritus' account does preserve recognisable Indian doctrine*» (p. 104); BOSWORTH, A. B., «A Tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction*, Oxford 2000, p. 44; VOFCHUK, R. C., *op. cit.*, 1986, p. 195.

114 BROWN, T. S., *op. cit.*, p. 41; PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 99; PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 106; OLIVER SEGURA, J. P., «Diálogo del rey Alejandro con el brahmán Dándamis», en *Heterodoxos, reformadores y marginados en la antigüedad clásica*, Sevilla 1991, p. 111; ALBADALEJO VIVERO, M., «Elementos utópicos en la India descrita por Onesícrito», *Polis* 15, 2003, p. 13.

115 PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 109.

Lo dicho hasta ahora evidencia elementos de origen helénico y cínico en el diálogo entre Onesícrito y los gimnosofistas, pero no certifica que el encuentro fuese alterado o transmutado intencionadamente. Aunque lo lógico es que fuese así, al ser más fácil para el autor relacionar la filosofía de los brahmanes con un pensamiento que él conocía y con el que había ciertos puntos de contacto. Lo significativo es que el de Astipalea, como sus compañeros, intentara comprender con su mentalidad de griego los nuevos horizontes que se abrían ante sus ojos. Todo ello se vio reforzado porque Onesícrito, por muy miembro que fuese de la escuela cínica, no dejaba de ser un griego que escribía para un público griego, que tenía interés en aquellas viejas cuestiones que les eran conocidas. Pero al retrotraer a la India, el fin del mundo, las doctrinas de la escuela cínica, también aumentaban su prestigio entre sus posibles lectores¹¹⁶.

Aristóbulo refleja mejor que los anteriores la influencia de los sabios entre la población (ESTRABÓN XV 1.61). Nearco es el primero de los compañeros del rey que distingue entre las distintas clases de sabios hindúes. Aquellos que servían a los monarcas indios como consejeros y los que se dedicaban al estudio de la naturaleza. Una división que es considerada correcta.

Megástenes precisa aún más la distinción de Nearco cuando nos da los nombres de esos dos grupos: «*a unos los llama brahmanes y a otros sarmanes*» (ESTRABÓN XV 1.59). Los primeros serían los ascetas que se encontraron Alejandro y sus compañeros, que practican la abstinencia y no hacían partícipes de sus enseñanzas a las mujeres. Los segundos serían médicos y consejeros de los reyes (ESTRABÓN XV 1.60). Esta distinción queda confirmada en la célebre inscripción del rey budista Asoka¹¹⁷.

LA ALTERACIÓN DEL ESPACIO

Ya hemos dicho que autores como Eratóstenes y Estrabón criticaron la *kolakeía* (adulación) de los historiadores de Alejandro por enaltecer la gloria de su rey. De ser esto cierto deberíamos entender que se hizo con el beneplácito del macedonio, el mismo macedonio que actualmente sigue recibiendo elogios de investigadores de todo el mundo por haber ayudado desinteresadamente a acrecentar el conocimiento del espacio geográfico que se tenía en su época.

La primera acusación sería haber pensado que el mar Negro y el Caspio eran un mismo mar interior. Pero es muy posible que este error no fuese intencionado. La segunda acusación es el haber suprimido el Cáucaso Pónico adrede. Esto fue lo que hizo Clitarco. Lo cual le obligó a reestructurar buena parte del espacio geográfico conocido hasta ese momento teniendo que juntar pueblos que vivían mucho más lejos de lo que lo estaban en su obra. El error queda atestiguado en dos pasajes de Estrabón:

«Los que han reducido el istmo tanto como Clitarco, que dice que está inundado por uno y otro mar, ni siquiera deberían ser mencionados» (XI 1.5).

«Clitarco dice que Talestris, partiendo desde las Puertas Caspias y el Termodonte, fue a encontrarse con Alejandro, pero resulta que desde el territorio caspio al Termodonte hay más de seis mil estadios» (XI 5.4).

116 ALBADALEJO VIVERO, M., *op. cit.*, Polis 15, 2003, p. 14.

117 DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 95.

Al parecer, fue Clitarco quien habría reducido la distancia que separaba el mar Caspio del mar Negro hasta crear un istmo muy estrecho, lo cual explicaría cómo pudieron las amazonas acudir al encuentro del rey en Hircania (Q. CURCIO VI 5.24-25). Clitarco, por tanto, escribe una geografía literaria adaptada a su creencia en el dominio universal de Alejandro¹¹⁸.

El istmo quedaba temporalmente inundado por las aguas, de tal modo que el Caspio y el Euxino pasaban a formar un único mar¹¹⁹. Era una manera muy original de complacer a quienes, como Policlito de Larisa, pensaban que ambos mares estaban comunicados; y solucionar el paso de las amazonas a Hircania. No es sorprendente, por tanto, que algunos historiadores le atribuyan la invención de esta entrevista que tuvo lugar en las proximidades del mar Caspio¹²⁰. Encuentro del que, si bien no se duda que fue ficticio, ha sido reinterpretado recientemente por varios historiadores¹²¹.

La consecuencia de todo esto es que los pueblos que moraban la orilla del Ponto Euxino son trasladados al mar Caspio (Q. CURCIO VI 4.16-18). No son únicamente los pueblos colindantes al Ponto Euxino los que se ven afectados, lo mismo les ocurre a las altas satrapías (Aracosis, Media y Bactriana). Según se deduce de las fuentes, Clitarco habría pensado que la satrapía de Aracosis se encontraba junto al mar Negro (Q. CURCIO VII 3.4.) cuando realmente ocupa la región del actual Afganistán. El error se ve confirmado cuando dice que los vientos del Ponto Euxino alcanzan los desiertos de arena de la Bactriana¹²².

Este continuo desplazamiento de los pueblos de Asia al norte, tiene varias consecuencias: 1) La disminución de la luz solar; 2) Los montes Ripeos, que marcaban la tradicional frontera septentrional del mundo, desaparecen¹²³, ocupando su lugar la zona al norte de Parapamísadas; 3) El aumento de las bajas temperaturas.

La naturaleza inhabitable de esta zona (Q. CURCIO VII 3.7) es confirmada por el historiador latino: «*Viven en las zonas más próximas al Septentrión; a partir de allí se extienden bosques impenetrables y amplias regiones desérticas. Por el contrario, las zonas situadas hacia el Tanais y Bactro no son hostiles a un asentamiento humano*»¹²⁴. Tal era el frío que soportaban los soldados macedonios, que tuvieron que pagar cantidades astronómicas por la comida y cuando no pudieron comprarla tuvieron que comerse las bestias de carga (Q. CURCIO RUFO VII 4.24-25).

Clitarco, independientemente de si participó en la destrucción del Imperio Persa, escribió después de la muerte de Alejandro. Por lo que no se pueden achacar los errores geográficos que se detectan en su obra al macedonio directamente. Sin embargo, la geografía literaria de Clitarco habría nacido intentando conciliar la obra de Policlito de Larisa con una idea muy extendida

118 GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre. I. Les origines politiques*, Nancy 1978, 159ss.

119 Q. CURCIO VI 4.19.

120 HAMMOND, N. G. L., *op. cit.*, p. 19.

121 Recientemente el encuentro de Alejandro con las amazonas ha sido considerado como un símbolo de la política racial del macedonio. El hijo nacido de la unión de la amazona y de Alejandro venía a significar la fusión entre los griegos y los asiáticos. DAUMAS, M., «Alexandre et la reine des Amazones», *REA* 94, 1992, p. 347-354; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «Entre mito e historia: Alejandro y la reina de las Amazonas», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 171-198.

122 Q. CURCIO VII 4.27-28.

123 Aunque Heródoto no los menciona en su obra, un contemporáneo suyo como el geógrafo Damastes de Sigeo (*fr.* 1) sí lo hizo. Siguen siendo el límite septentrional en el tratado hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares* 19.8 y en Aristóteles, *Meteorológicas* 350b.

124 Q. CURCIO VII 7.4.

en la Alejandría de Ptolomeo I Soter y Ptolomeo II Filadelfo, que Alejandro de Macedonia conquistó todo el mundo¹²⁵. Es la leyenda de Alejandro Magno, que los Ptolomeos esparcen al mundo en aras de consolidar su poder, la que provoca el error de Clitarco.

Dos de los mayores errores geográficos que los geógrafos de Alejandro legaron a la posteridad «podrían» haberse producido sin la voluntad del monarca. No obstante, al principio de la campaña, y estando vivo el rey, pueden observarse alteraciones del espacio igualmente interesantes. El hecho de que se encuentren en los fragmentos de Calístenes, la máquina de propaganda real¹²⁶, no puede suscitar duda alguna de que se produjeron con el consentimiento del monarca. Así, observamos desde el inicio de la campaña asiática cómo una serie de pueblos de Asia Menor (fig. 24) sufre alteraciones en sus nombres, o en su ubicación, con la intención de hacerlos coincidir con los pueblos más famosos de la *Iliada*, de la que el rey era un ferviente lector¹²⁷.

Cuando Calístenes, según Estrabón (XIII 1.13), describe el lugar en el que se produjo la batalla de Gránico, lo ubica en una llanura llamada Adrastea, junto al santuario de Némesis. El propio Estrabón tiene que admitir que la llanura no se encuentra en Zelea, sino en Cízico. Dos ciudades de la Tróade, Tebas y Lirneso, con un claro protagonismo en la *Iliada*, son trasladadas a Panfilia en un nuevo texto de Calístenes citado por Estrabón (XIV 4.1). Podría decirse que es el geógrafo de Amasia quien cometió el error de ubicarlas en Cilicia, pero Q. Curcio (III 4.10) también comete la misma equivocación, luego deben compartir una misma fuente, Calístenes.



24. Satrapías de Asia Menor en tiempos de Antígono el Tuerto. Procedente de Billows (1990).

125 Algunos contemporáneos del macedonio habían expresado un pensamiento parecido (Demades = PLUTARCO, *Foción* 22; HIPÉRIDES, *Epitafio* 20) y era una demanda muy común de los faraones egipcios el tener un dominio universal, siendo un claro ejemplo de ello Sesostris (MANETÓN, *Fr.* 35-36; *Fr.* 50). Según Libanio (*Descripciones* 27) la estatua del fundador de Alejandría se encontraba sobre un zócalo con la imagen de la tierra que descansaba sobre cuatro columnas que simbolizaban los cuatro puntos cardinales. Esto queda reflejado en la leyenda del Pseudo-Calístenes donde Alejandro es llamado *kosmokrator* (PSEUDO CALÍSTENES I 34. 2-4).

126 DEVINE, A. M., «Alexander's Propaganda Machine: Callisthenes as the Ultimate Source for Arrian, *Anabasis* 1-3», en *Ventures into Greek History*, Oxford 1994, p. 89-102.

127 ESTRABÓN XIII 1.27; PLUTARCO, *Alex* 26.1-4. Cf. SANZ MORALES, M., «Sobre la existencia de una recensión de la *Iliada* debida a Aristóteles», *Minerva* 3, 1991, p. 57-80.

Todos estos lugares tenían relación con los héroes troyanos con los que Alejandro estaba emparentado a través de su madre, Olímpíade. La casa real del Épiro decía orgullosamente que procedía de Moloso, hijo de Pirro y de Andrómaca, por lo que el macedonio tenía derecho por partida doble a gobernar estas tierras. Por un lado, al ser descendiente de uno de los conquistadores de Asia, Aquiles, por otro, por estar emparentado con uno de los antiguos reyes del Asia Menor, Eetión, el padre de Andrómaca. En la persona del joven conquistador macedonio, troyanos y griegos quedaban unidos y reconciliados.

Con el beneplácito de Alejandro, Calístenes resituaba lugares con una clara importancia en el imaginario griego para acrecentar los méritos de la conquista. Los macedonios, de este modo, podían presumir de haber estado en el lugar donde fue encerrado Tifón¹²⁸, como más tarde haber descubierto la gruta donde había estado prisionero el titán Prometeo. Un rey al que le gustaba rivalizar con los héroes de la leyenda debía de moverse en un escenario a medio camino entre el mito y la realidad. ¿Qué importancia podía tener alterar el espacio geográfico si con ello se acrecentaba la gloria del monarca?

Un nuevo problema se le presenta al sobrino de Aristóteles cuando tiene que situar pueblos, como los caucones, que Homero (*Iliada* X 429; XX 329) no precisaba dónde habitaban.

«Respecto a los caucones, de quienes los historiadores dicen que habitaban la costa contigua a los mariandinos hasta el río Partenio y que tenían la ciudad de Tíeo, unos autores afirman que son escitas, otros que son gentes macedonias y otros que pelasgas... Calístenes incluso añadió estos versos en el Diácosmo, poniendo detrás de Cromna, Egíalo y los elevados Eritinos, los versos a los caucones conducía por su parte el hijo intachable de Policles, éstos habitaban en gloriosas casas a orillas del río Partenio.

Pues dice que desde Heraclea y la tierra de los mariandinos hasta la de los leucosirios a quienes nosotros llamamos capadocios, se extendían el pueblo de los caucones, en los alrededores de Tíeo, hasta el río Partenio y el de los éneos, que ocupan Cítoro, a continuación detrás del Partenio, y que todavía hoy hay algunos cauconites a orillas del Partenio¹²⁹».

Aquí nos encontramos con un procedimiento contrario al que anteriormente había empleado en Panfilia. Si antes legitimaba el derecho de su señor sobre estas tierras destacando su vinculación con sus antepasados, ahora demuestra cuán unidos estaban con los invasores, al considerarlos un pueblo macedonio. El nombre de Policles es poco común entre los griegos, en cambio sí esta atestiguado en Macedonia¹³⁰. Lo mismo ocurre cuando sitúa el origen de la riqueza de Cadmo y Midas en el Pangeo y el Bermión (ESTRABÓN XIV 5.28), importantes lugares de Macedonia.

Estrabón (XIV 5.28. Cf. XIII 1.45) reconoce que Calístenes realizó algunas falsificaciones, como la ocurrida con el pueblo de los halizones, que aparecen mencionados por Homero (*Iliada* II 856) en el catálogo de los pueblos troyanos.

128 La alusión a Tifón no es casual pues también es mencionada por Homero en la *Iliada* II 781-3. Aunque el lugar donde fue encerrado Zeus se situaba cerca de Cilicia, no ocurría lo mismo con el caso de Tifón, que era generalmente situado en el Etna (APOLODORO I 6.3). Cf. ESTRABÓN XIII 4.6.

129 ESTRABÓN XII 3.5. Sobre dicho texto cf. BURSTEIN, S. M., «Fragment 53 of Callisthenes and the Text of Iliad 2. 850-55», *CPh* 71 (4) 1976, p. 339-341.

130 Entre los miembros del ejército macedonio hay un tal Policles que llegó a luchar contra los etolios (DIODORO XVIII 38). Cf. BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 652, p. 324-325.

Los pasajes de Estrabón en los que se mencionan la tumba de Aquiles y Patroclo¹³¹ o el puerto de los aqueos¹³² también debió de tomarlos de Calístenes. No hay, en cambio, la menor duda en lo concerniente a los léleges, que es el nombre que los griegos daban a los pueblos prehelénicos y en la epopeya homérica formaban parte de los aliados de los troyanos¹³³. En la *Ilíada* (VI 35; XX 90-2; XXI 86-8) Aquiles saqueó su capital, Pédaso. El pueblo de los léleges había sido relacionado en otras ocasiones con los carios. Calístenes volvía a hacerlo, pero no de forma casual, puesto que los carios eran aliados de los macedonios. Sobre su reina Ada, se decía incluso que había adoptado a Alejandro (PLUTARCO, *Alex* 22.8). Al aumentar la legitimidad de los carios sobre estas tierras como herederos de los léleges, indirectamente Calístenes aumentaba la autoridad de los macedonios al ser éstos sus aliados.

Como se ha podido ver los casos más claros de manipulación corresponden a autores como Calístenes y Clitarco, los padres de la denominada Vulgata. El último escribió durante el reinado de Ptolomeo I Soter y el primero fue el historiador oficial de Alejandro Magno. Al contrario que lo ocurrido con Policlito, no hay posibilidad alguna de que no haya sido intencionado. Pero lo significativo es que el primer precedente de alteración del espacio para enaltecer el ego de un monarca ocurrió con Alejandro de Macedonia, aquel a quien se elogia por haber ampliado el conocimiento del orbe.

CONCLUSIÓN

Cuando aconteció la conquista de Asia Menor por parte de los macedonios, fue presentada como una segunda toma de Troya: Alejandro desembarcó el primero como Protesilao (DIODORO XVII 17.2-3; ARRIANO I 11.5); visitó la tumba de Aquiles y Príamo (PLUTARCO, *Alex* 15.7-8; ARRIANO I 12.1-2); realizó sacrificios en honor de Anfíloco (DIODORO XIV 5.17). No fue casualidad que Calístenes trasladase algunos pueblos de la epopeya homérica para hacerlos coincidir con la ruta que tomaba el ejército. Todos los que formaban parte del ejército estaban reviviendo de manos de rey los poemas de Homero. Lo mismo ocurrió en la India. El rey estaba convencido de haber encontrado las huellas de Diónisos y Heracles. Lo hizo porque estaba predispuesto a ello, como había ocurrido ya en otras ocasiones, pero lo importante es que los macedonios no dudaron de la palabra de su monarca. No lo hicieron, no sólo porque controlase la información que entraba y salía de su campamento¹³⁴, o porque estuvieran convencidos de su divinidad, sino porque como rey macedonio, también era el máximo sacerdote y tenía la última palabra con respecto a las cuestiones religiosas.

Llegados a este punto, hay que concluir que si Alejandro tenía el monopolio de la propaganda, de la información geográfica y de las creencias religiosas, fue también el responsable de muchos de los errores que se produjeron a lo largo de la campaña, como confundir el Nilo con el Indo, el Tanais con el Yaxartes, el Caspio con el mar Azov o el Cáucaso con el Hindukush. No hay la menor duda de que muchas de las decisiones que se tomaron fueron discutidas previamente con algunos expertos o con la cúpula militar, pero la última palabra era la suya. Pero contrariamente no puede decirse que las opiniones de Alejandro fuesen impuestas en sus geógrafos, pues todos ellos, a excepción de Calístenes, escribieron después de su muerte y mantuvieron

131 ESTRABÓN XIII 1.32.

132 ESTRABÓN XIII 1.31.

133 *Ilíada* X 429; XX 96.

134 Q. CURCIO VII 2.36; DIODORO XVII 80.4.

opiniones distintas entre ellos¹³⁵. Sin embargo, cuando nuestras fuentes presentan un problema que afectaba al seno de la expedición macedonia, nos muestran al rey tomando decisiones. En el caso de la identificación del Nilo con el Indo, Nearco hizo que fuese Alejandro el que desarrollase la teoría de que eran el mismo río. Poco importa que la historia tal y como la cuenta Nearco fuese o no cierta, lo importante es que para Nearco era algo natural que deliberaciones como estas pasasen por el rey. Por lo tanto, las acusaciones de haber alterado el espacio por motivos propagandísticos o de haber llevado a Diónisos y Heracles a la India deben de atribuirse a Alejandro de Macedonia y no al grupo de escritores que plasmaron sus hazañas después de su muerte, describiendo una realidad espacial, que él alteró para sus propios fines.

La φιλοτιμία (amor por la gloria) de Alejandro no fue el único problema con el que tuvieron que enfrentarse estos autores. Fueron los primeros geógrafos que se vieron obligados contraponer la geografía literaria fijada por la tradición con el conocimiento geográfico adquirido por su propia autopsia. Sin embargo, y pese a que en determinadas cuestiones corrigieron a sus antecesores, en la mayoría de las ocasiones se mantuvieron fieles a las historias anteriores. Los motivos de este hecho pueden ser varios: 1) Escribieron para un público griego que quería escuchar las viejas historias de siempre 2) La carencia de formación de algunos de ellos hizo que su dependencia con el legado cultural fuese mayor, para demostrar que no carecían de la instrucción necesaria y obtener legitimación como escritores válidos 3) La ascendencia de Aristóteles sobre ellos, ya fuese directamente (Calístenes, Nearco, Ptolomeo) o indirectamente (Aristóbulo y Policlito) fue importante, aunque no les impidiese, en ocasiones, diferir de lo dicho por el Estagirita (Elefantes; Terremotos) 4) Dos de los autores con mayor peso en la geografía literaria, como Homero y Heródoto, fueron libros de cabecera de Alejandro Magno¹³⁶. Alejandro ensalzó a Homero, y tuvo una copia de la *Iliada* siempre con él. El escudo de Aquiles, que tomó en Troya¹³⁷, fue el único «mapa» del que verdaderamente tenemos constancia que fuese utilizado. Homero, no sólo fue el poeta de Alejandro, fue su geógrafo. En cuanto a Heródoto, es opinión común que fue conocido por los intelectuales que pululaban por la corte de Macedonia gracias a un epítome que hizo Teopompo de Quíos, por encargo del rey Filipo II (Cf. JACOBY *FGrH* 115 T 1.4; 115 F 4.2). Además, sus teorías habrían ganado peso sobre otros geógrafos al certificarse que tenía razón al defender la existencia de mares interiores o al negar que el Océano estuviese tan próximo a la India.

Pese a aportar su propia experiencia para resolver viejas cuestiones (la naturaleza de los elefantes, el origen de los terremotos y de las crecidas del Nilo, etc.), no se atrevieron a emplearla para desterrar de la geografía todos aquellos elementos sobrenaturales o fantásticos que la caracterizaban en aquel período. Ni siquiera pudieron desterrarlas a otro lugar, lejos del mundo griego, como ocurrió durante las colonizaciones, porque no había tierra nueva más al este, la India era la tierra de los confines por excelencia. La opción habría sido reinventar la tradición geográfica clásica rechazando sus viejas historias y el concepto de límite del mundo,

135 Onesícrto defendía la existencia de hipopótamos en el Indo, Aristóbulo negaba que el Yaxartes y el Tanais fuesen el mismo río, Policlito pensaba que la laguna Meótide y el Caspio eran el mismo mar interior, etc.

136 AMELING, W., «Alexander und Achilleus: Ein Bestandsaufnahme», en *Zu Alexander d. Gr. Festschrift G. Wirth*, II, Amsterdam 1988, p. 657-692; BADIÁN, E., «Greeks and Macedonians», en *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times*, Studies in the History of Art 10, Washington 1982, p. 33-51.

137 ARIANO VI 9.3; DIODORO XVII 21.2. Cf. HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Madrid, Alianza 1992: «lo que quizá tuviera para él, el mismo significado que un pedazo de la Cruz podía haber tenido para un cruzado» (p. 230).

donde se concentraba lo paranormal o pasar a formar parte de la larga cadena de los errores del pensamiento griego. En su favor habría que decir que estos seres no sólo desempeñaban un rol exótico, servían para conformar y definir la alteridad desde los más remotos tiempos del pensamiento griego, obviarlos implicaba poner en cuestionamiento todas las bases ideológicas de su cultura. Un paradigma tiene que ser sustituido por otro para dejar de tener vigencia, y en aquel momento las decadentes ciudades estado no habían generado ninguno lo suficientemente válido y fuerte. Moldear algo que no fluye en la corriente en la que discurren los hechos sociales, crear *ex nihilo*, es algo fuera del alcance de la mayoría de los intelectuales; los geógrafos de Alejandro no fueron una excepción. Obviamente lo sobrenatural no sólo no desapareció, sino que hasta pareció incrementarse, siendo la India la cuna de todas las maravillas¹³⁸.

Lo verdaderamente significativo de estos autores es que son la prueba fehaciente de que la tradición podía tener un peso mucho mayor que la autopsia en el pensamiento antiguo. Podrían haber contado las cosas tal y como ocurrieron y las vieron, pero entonces ¿quién les habría creído? La Grecia del siglo IV a.C. sumida en tantos debates inconclusos (*nómos vs phýsis*; cultura oral vs escrita; revolución vs concordia; individuo vs comunidad) todavía seguía creyendo que había una parte del conocimiento que no procedía de la experiencia, sino que era heredado, transmitido.

Su incapacidad para mutar la tradición resulta aún más llamativa si la comparamos con los recursos y las habilidades de Alejandro para el mismo propósito. El macedonio, como hemos defendido, provocó por sus deseos de gloria importantes errores en la relación entre el hombre y el espacio en los siglos sucesivos (cf. *Supra*. p. 148-152), pero, aún así, pudo alterar la tradición geográfica cuando así lo deseó en su propio beneficio. Si anteriormente el individuo tenía dificultades para conseguir alterar las creencias de una sociedad abierta, ahora observamos cómo las grandes personalidades tienen la capacidad para agilizar estas transformaciones o para ralentizarlas, puesto que, después de Alejandro, los grandes representantes estatales tuvieron los recursos para facilitar el trabajo de quienes les favorecían y de obstaculizar las investigaciones de quienes disentían de la autoridad gubernamental. Alejandro es el punto de inflexión de la dependencia del intelectual griego frente al monarca helenístico.

Estas circunstancias imposibilitaron que pudiese concebirse una forma nueva de hacer geografía. Tendremos que esperar a Eratóstenes para que la geografía científica florezca. No obstante, sí hubo un aspecto geográfico, en cierto modo, novedoso en sus obras y que es una consecuencia directa de las conquistas de Alejandro. La geografía que escribieron dejó de ser regional, ya no tenía su centro en el mundo griego, como en Tucídides, siendo sustituida por otra geografía más semejante a la de Heródoto que describía un nuevo mundo, ensanchado hasta tal punto que los viejos conceptos de centro, periferia y confines tendrían que ser reinterpretados para no ser abandonados. El siguiente paso después de este aumento de la *oikoumene* era medir el mundo, pero eso fue algo que tuvieron que intentar los geógrafos del mundo helenístico.

138 Cf. JACOB, Ch., «L'inde imaginaire des géographes alexandrins», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 61-80; 71ss, señala que pese a sus críticas Estrabón compartió la misma fascinación que los geógrafos de Alejandro por las maravillas de la India, siendo esta región un verdadero talón de Aquiles para el racionalismo geográfico de Alejandría (p. 75), pues pese a la cantidad de información que fluyó tras la expedición no acabó con la imagen tradicional de país de los confines (p. 76).